



# **DISTURBIO. HUELGA. DISTURBIO.**

**LA NUEVA ERA DE LOS LEVANTAMIENTOS**

**Joshua Clover**

traficantes de sueños







© 2016, Joshua Clover.

© 2025, de esta edición, Traficantes de Sueños.

Licencia Creative Commons: Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

© 2017, de la imagen de cubierta, Montecruz Foto.

Edición original: *Riot. Strike. Riot. The New Era of Uprisings*, Londres, Verso, 2016.

**Primera edición en castellano:** junio de 2025.

**Título:** Disturbio. Huelga. Disturbio. La nueva era de los levantamientos.

**Autor:** Joshua Clover.

**Traducción:** Anna Hernández del Blanco.

**Maquetación y diseño de cubierta:** Traficantes de Sueños.

**Traficantes de Sueños**

C/ Duque de Alba, 13. 28012, Madrid.

Tlf: 915320928. [e-mail:editorial@traficantes.net]

**Impresión:**

Cofás artes gráficas

**ISBN:** 978-84-19833-38-9

**Depósito legal:** M-10256-2025

# DISTURBIO. HUELGA. DISTURBIO

LA NUEVA ERA DE LOS LEVANTAMIENTOS

JOSHUA CLOVER

TRADUCCIÓN

ANNA HERNÁNDEZ DEL BLANCO

**prácticas c<sup>o</sup>nstituyentes**

traficantes de sueños



# ÍNDICE

|                                                 |           |
|-------------------------------------------------|-----------|
| AGRADECIMIENTOS                                 | 13        |
| INTRODUCCIÓN: UNA TEORÍA DEL DISTURBIO          | 15        |
| Disturbio-huelga-disturbio ampliado             | 20        |
| El mercado y la fábrica                         | 23        |
| Circulación-producción-circulación ampliada     | 27        |
| Disturbio y crisis                              | 30        |
| Luchas en la circulación                        | 35        |
| <b>PRIMERA PARTE: DISTURBIO</b>                 | <b>39</b> |
| I. ¿QUÉ ES UN DISTURBIO?                        | 41        |
| Economía y política                             | 44        |
| El dilema de la reproducción                    | 48        |
| II. LA EDAD DE ORO DEL DISTURBIO                | 51        |
| El mercado mundial                              | 53        |
| Disturbio y lucha de clases                     | 57        |
| III. EL VAIVÉN, O DEL DISTURBIO A LA HUELGA     | 61        |
| Destruir las máquinas                           | 64        |
| Los muchos                                      | 68        |
| <b>SEGUNDA PARTE: HUELGA</b>                    | <b>71</b> |
| IV. HUELGA CONTRA DISTURBIO                     | 73        |
| Espectáculo y disciplina                        | 76        |
| Demasiado e insuficiente                        | 79        |
| V. LA HUELGA GENERAL                            | 83        |
| Engels y Sorel                                  | 86        |
| La inversión de Rosa Luxemburg                  | 89        |
| VI. HILOS CRUZADOS, O DE LA HUELGA AL DISTURBIO | 93        |
| Lucha y beneficio                               | 95        |
| Revoluciones por minuto                         | 100       |
| El disturbio como modalidad                     | 105       |

|                                                       |            |
|-------------------------------------------------------|------------|
| <b>TERCERA PARTE: DISTURBIO AMPLIADO</b>              | <b>111</b> |
| VII. LA LARGA CRISIS                                  | 113        |
| El arco de acumulación                                | 115        |
| La espacialización de la lucha                        | 119        |
| El final del programa                                 | 123        |
| Sobredeterminación                                    | 128        |
| VIII. REBELIONES EXCEDENTARIAS                        | 131        |
| Proletarización y racialización                       | 136        |
| Una agenda para el desorden total                     | 138        |
| El disturbio público                                  | 142        |
| IX. AHORA EL DISTURBIO: LA PLAZA, LA CALLE, LA COMUNA | 147        |
| Las plazas y la alianza de clase                      | 147        |
| La calle y la brecha                                  | 152        |
| Comuna y catástrofe                                   | 156        |
| EPÍLOGO                                               | 161        |
| Punto de circulación                                  | 162        |
| Programa y materialismo                               | 164        |
| Migración, ecología, circulación                      | 167        |
| Disturbios en las rotondas                            | 170        |
| En el disturbio del presente                          | 172        |

*Para Oakland, para la comuna.*



A. Un orden violento es desorden y

B. Un gran desorden es un orden.

Ambas cosas son una. (Páginas de ilustración)

«Conocedor del caos», Wallace Stevens

Sabes cómo conseguirlo, sin dinero, jamás hay dinero, el dinero no crece en los árboles de ninguna manera, solo los blancos lo tienen, lo hacen con una máquina, para controlarte, no puedes robarle nada a un hombre blanco, él ya lo robó, te debe todo lo que quieras, incluso su vida. Todos los comercios abrirán si dices las palabras mágicas. Las palabras mágicas son: ¡contra la pared, hijo de puta, esto es un atraco! O rompe los cristales por la noche (estos son actos mágicos), rompe los cristales de día, en cualquier momento, juntos, vamos a romper los cristales, pillla la mierda de ahí dentro. No hay dinero. No hay tiempo para pagar. Solo coge lo que quieras.

«Black People!», Amiri Baraka



## AGRADECIMIENTOS

Este libro surge, al igual que muchos otros libros de teoría política, de movilizaciones políticas que, a su vez, generaron grupos de lectura, investigaciones e innumerables debates. En todas esas circunstancias diversas he agradecido la amistad, la perspicacia y la vigilancia –literal y figurada– de Ian Balfour, Ali Bektaş, Lauren Berlant, Sean Bonney, Bruno Bosteels, Shane Boyle, Sarah Brouillette, Lainie Cassel, Maya González, Virginia Jackson, Neil Larsen, Laura Martin, Phil Neel, Sianne Ngai, Will O'Connor, Simone Pinet, Nina Power, Louis-Georges Schwartz, Tim Simons, Michael Szalay, Alberto Toscano, Wendy Trevino y Derek Zika. Probablemente, me olvide de algunos. Las formulaciones iniciales fueron solicitadas por Beverly Silver, alentadas por William Sewell, y desarrolladas posteriormente en visitas al Centro de Teoría Social e Historia Comparada de Robert Brenner y al Centro de Estudios Globales Arrighi. Su publicación no habría sido posible sin el apoyo de Sebastian Budgen y la gente de Verso, David Theo Goldberg y el Instituto de Investigación de Humanidades de la Universidad de California, el Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de Warwick y la ayuda editorial de Deborah Young.

Seeta Chaganti y Carol Clover han proporcionado las condiciones para que fuera posible. Estoy especialmente en deuda con los compañeros cuyos pensamientos y actos son los nervios y tendones de este libro, entre ellos Aaron Benanav, Jasper Bernes, Chris Chen, Tim Kreiner, Colleen Lye, Annie McClanahan, Chris Nealon y Juliana Spahr. *Y cuando todo haya terminado, dame la mano para que volvamos a empezar desde el principio.*



## INTRODUCCIÓN: UNA TEORÍA DEL DISTURBIO\*

SE ACERCAN DISTURBIOS, ya están aquí, otros vienen en camino. Merecen una teoría adecuada.

Una teoría del disturbio es esencialmente una teoría de la crisis. Esto es cierto a nivel vernáculo y local, en momentos de escaparates rotos e incendios, donde el disturbio representa la expresión de una situación desesperada, el punto máximo de empobrecimiento, la crisis que afecta a una comunidad o ciudad concreta, durante unas horas o unos días. Sin embargo, solo podemos comprender el disturbio en su esencia intrínseca y estructural si, parafraseando a Frantz Fanon, somos capaces de descubrir el movimiento histórico que le da forma y contenido. Por lo tanto, es necesario profundizar para determinar en qué medida las circunstancias que configuran el disturbio son indisociables de la actual crisis sistémica del capitalismo. Además, el disturbio, como forma específica de lucha, pone de manifiesto la naturaleza de la crisis, la torna nuevamente inteligible al tiempo que ofrece una perspectiva desde la cual podemos considerar su desarrollo.

La primera relación entre disturbio y crisis es la del excedente. Esto podría parecer paradójico, puesto que tanto la crisis como el disturbio

---

\* Traducir *riot* en esta obra, nos ha despertado muchas consideraciones. La palabra inglesa *riot* (según la definición del Cambridge dictionary: *an occasion when a large number of people behave in a noisy, violent, and uncontrolled way in public, often as a protest* [acto en el que un gran número de personas se comporta de forma ruidosa, violenta e incontrolada en público, a menudo como medida de protesta]) puede traducirse en castellano de diferentes formas, principalmente como motín, disturbio y revuelta.

Dependiendo del momento histórico así como del análisis de los historiadores, estos actos de protesta en castellano se denominan de una forma u otra. Nos hemos decidido por «disturbio» —a veces, con dudas de su pertinencia histórica— primero porque la mayoría de acontecimientos que el autor pretende describir tienen como denominador común esta forma de expresión de la protesta, aunque con matices, y porque no se quería condicionar al lector con términos *a priori* más ideologizados que otros, como «revuelta». Un «disturbio» es, por supuesto, un acto político, pero también es el término más popular y comúnmente ligado a las nuevas formas de lucha en el ámbito de la circulación, cuyos protagonistas —como se irá viendo a lo largo de la obra— son las poblaciones excedentes. A lo largo del texto aparecerán también los términos «motín» o «revuelta» únicamente en aquellas citas para las cuales ya existía una traducción previa al castellano y cuyas versiones hemos decidido respetar. [N. de la T.].

suelen entenderse como resultado de la escasez, la carencia o la privación. Al mismo tiempo, el disturbio es en sí misma una experiencia del excedente. Peligro excedente, información excedente, armamento excedente. Emoción excedente. A los disturbios se les denominaba antiguamente «emociones», una conexión todavía apreciable en la palabra francesa: *émeute*. El excedente crucial en el momento del disturbio es, sencillamente, el de sus participantes, el de la población. El momento en el cual los protagonistas del disturbio desbordan la capacidad de la policía para mantener el orden, cuando la policía se repliega por primera vez, ese es el momento en que el disturbio encuentra su plenitud escapando a la siniestra continuidad de la vida cotidiana. La incesante regulación social, que había parecido ideológica, ambiental y abstracta, se revela en ese momento de excedente como una cuestión práctica, sujeta a la contestación social.

Todos estos excedentes se corresponden con transformaciones sociales más amplias, de las que estas experiencias excedentarias, ya sean emocionales o concretas, son inseparables. Estas transformaciones son las reestructuraciones materiales que responden y constituyen la crisis capitalista, en cuyo centro se encuentra el excedente tanto del capital como de la población. Y son estas transformaciones las que ponen de relieve el disturbio como una forma necesaria de lucha.

«Cualquier población tiene un repertorio limitado de acción colectiva», señala el gran historiador Charles Tilly. En su obra de 1983, Tilly capta la magnitud de una singular transformación histórica, un cambio profundo cuyas mareas terminarán extendiéndose, tarde o temprano, a lo largo de todo el mundo en vías de industrialización:

En algún momento del siglo XIX, los habitantes de la mayoría de los países occidentales abandonaron el repertorio de acción colectiva que habían estado utilizando durante aproximadamente dos siglos y adoptaron el que siguen utilizando hoy en día.<sup>1</sup>

Esta evolución es la que marcará la transición del disturbio a la huelga. Desde el pasaje señalado por Tilly, ambas tácticas han coexistido dentro del repertorio; la cuestión es saber cuál de ellas predomina para proporcionar la orientación fundamental en la incesante guerra por la supervivencia y la emancipación. En esta obra la idea según la cual los disturbios van perdiendo terreno poco a poco es un lugar común. El volumen original de 1996 de *Rioting in America* empieza así: «Los disturbios forman parte del pasado estadounidense».<sup>2</sup> Pero el pasado nunca muere. Ni siquiera es pasado.

<sup>1</sup> C. Tilly, «Speaking Your Mind Without Elections, Surveys, or Social Movements», *The Public Opinion Quarterly*, núm. 47, 1983, p. 464.

<sup>2</sup> Paul A. Gilje, *Rioting in America*, Bloomington, Indiana University Press, 1999, p. 1.

De hecho, otra transformación ya estaba en marcha: desde los años sesenta o setenta, la gran tendencia histórica se invirtió. A medida que las naciones superdesarrolladas entraban en crisis prolongadas, aunque desiguales, el disturbio volvió a ser la táctica principal en el repertorio de acción colectiva. Esto es cierto tanto en el imaginario popular como en el ámbito de los datos (en la medida en que estos se prestan a la comparación estadística). Con independencia de la perspectiva, los disturbios han alcanzado una centralidad social innegable. Las luchas obreras han quedado en su mayoría reducidas a acciones defensivas desiguales, mientras que el disturbio aparece cada vez más como la figura central del antagonismo político, un espectro que va saltando de los debates insurreccionales a los ansiosos estudios gubernamentales pasando por las brillantes portadas de las revistas. Los nombres por los que se les conoce se han convertido en hitos de referencia de nuestro tiempo. La nueva era de los disturbios tiene sus raíces en Watts, Newark, Detroit; atravesó la plaza de Tiananmén en 1989 y Los Ángeles en 1992, desbordándose en el presente globalizado de São Paulo, Gezi Park y San Lázaro. Los disturbios protorrevolucionarios de la plaza Tahrir, los casi permanentes disturbios de Exarcheia, el giro reaccionario de Euromaidán. En el núcleo crepuscular: Clichy-sous-Bois, Tottenham, Oakland, Ferguson, Baltimore. Demasiados para contarlos.

La teoría es inmanente a la lucha; a menudo tiene que apresurarse para seguir el ritmo de una realidad que avanza a trompicones. Una teoría del presente surgirá de sus confrontaciones con la vida real, en lugar de entrar en escena cargada de homilías y prescripciones anticuadas sobre cómo se debe librar la guerra contra el Estado y el capital, programas que, según se nos dice, funcionaron una vez y que ahora podrían renovarse y volverse a imponer en nuestro momento particular. El condicional es un modo precioso, pero no es el modo del materialismo histórico.

Aquí llegamos a una especie de encrucijada. Dicho en términos esquemáticos, la asociación del marco analítico de Marx con un relato leninista de la estrategia política —centrado en la organización proletaria, el partido revolucionario y el control tanto del Estado como de la producción— está profundamente asentado. El disturbio no tiene cabida en este paisaje conceptual. A menudo se piensa que el disturbio carece de carácter político, que es una irrupción espontánea que debe leerse como un síntoma a la que tal vez se concede una paternalista dosis de simpatía. Quienes ven en el disturbio el potencial de una apertura insurreccional hacia una ruptura social, proceden generalmente de tradiciones intelectuales y políticas indiferentes o incluso contrarias al control del Estado y la economía, sobre todo (aunque no exclusivamente) de algunas corrientes del anarquismo.<sup>3</sup>

---

<sup>3</sup> The Invisible Committee, *The Coming Insurrection*, Cambridge, Semiotext(e), 2009, y su continuación *To Our Friends*, trad. al inglés por Cambridge, Semiotext(e), 2015, son

Esto revela el vínculo subyacente del comunismo, tanto para los escépticos como para los partidarios, con la «organización» como tal, e incluso, con un partido de izquierdas de orden, con un sentido científico del progreso de la historia, con la modernidad por la que debemos pasar y toda su barbarie mecanizada. Por el contrario, el disturbio, y en esto coinciden también sus partidarios, representa un gran desorden.

La oposición entre huelga y disturbio viene así a representar, mediante un silogismo apenas velado, la oposición del marxismo *tout court* a otras trayectorias políticas e intelectuales, que se inscriben generalmente en tradiciones antidialécticas, cuando no directamente anticomunistas. La mayoría de los protagonistas, si no todos, han contribuido a esta división. No han faltado libros a diestro y siniestro que nos dicen, en tonos a veces melancólicos e incluso celebratorios, que la decadencia del movimiento obrero y de la secuencia revolucionaria clase-masa-partido, así como la supuesta transcendencia de cualquier teoría del valor-trabajo, significa que por fin podemos dejar el análisis de Marx y sus categorías para el siglo XX, si es que no para el XIX. Os resultará familiar. En los países donde el capitalismo tiene su origen, ya no existe una clase obrera industrial con un poder creciente o una magnitud tal que pueda constituirse en una fracción de las clases explotadas en su conjunto, y mucho menos poner sus manos sobre los engranajes de la producción. Además, la atención inicial que se concedió al obrero de fábrica inglés, así como la importancia de su trabajo en tanto específicamente productor de valor, y, por tanto, más cercano al corazón del capital, condujo inevitablemente a configurar el sujeto político como masculino y blanco. Dada la globalización del capital, que se extiende por todos los rincones de la existencia social, y los avances esenciales de las políticas anticoloniales (por resumir todo un conjunto de intervenciones cruciales y complejas), vamos a necesitar un nuevo sujeto y un nuevo desarrollo revolucionario.

Esto es sin duda una caricatura. Y a pesar de todo, tales sugerencias son en muchos aspectos instructivas, cuando no simplemente acertadas. No se trata de refutar el materialismo histórico, sino de plantearle una serie de cuestiones. El retroceso del movimiento obrero clásico en Occidente y la intensificación de una desposesión aún más profunda, no auguran el fin ni del antagonismo anticapitalista potencialmente revolucionario ni de la potencia analítica del materialismo histórico. Es más, seguiremos necesitando de este último para comprender el primero.

---

las versiones más mordaces [ed. cast.: *La insurrección que viene*, trad. por Diego Luis San Román, Logroño, Pepitas de calabaza, 2020; *A nuestros amigos*, trad. por Vicente E. Barroja, León A. Barrera y Ricardo I. Fiori, Logroño, Pepitas de calabaza, 2015].

Al fin y al cabo, el materialismo histórico es una teoría de la transformación, si es que es algo. Esto no significa que se deba respaldar cada giro o transformación en el escenario de la historia. Sin embargo, un marxismo que solo puede entender la tendencia de la realidad como un error no merece en absoluto el nombre de marxismo. El significado del disturbio ha cambiado radicalmente. No se entenderá sin nombrar las fuerzas y determinaciones según las cuales asume su nuevo papel, y por las cuales es impulsado irresistiblemente hacia el futuro, incluso cuando mira hacia atrás, hacia los siglos XVII y XVIII. Esta es, pues, la necesidad más básica: una *teorización propiamente materialista del disturbio*. Un disturbio, digamos, para comunistas.

No está claro que exista tal libro. El que más se le acerca es quizá *The Rebirth of History: Times of Riots and Uprisings* [El despertar de la historia: tiempos de disturbios y levantamientos] de Alain Badiou «Yo también soy marxista, ingenuamente, completamente y, por tanto, naturalmente, no hay necesidad de reiterarlo», insiste, mientras lo reitera, señalando que:

Creo conocer bien tanto los problemas resueltos, cuya instrucción no sirve de nada volver a empezar, como los problemas en suspenso, que exigen reflexión y experiencia, así como los problemas mal abordados, respecto de los que son necesarias rectificaciones radicales y respuestas difíciles. Todo conocimiento vivo está hecho de problemas que han sido o deben ser contruidos o reconstruidos, y no de descripciones repetitivas.<sup>4</sup>

Tras su declaración de intenciones, no aborda realmente los problemas del capital, ni utiliza las categorías que nos ha legado la crítica de la economía política. Solo nos queda la «Idea», que asume el papel que el partido ha dejado vacante, proponiendo una coordinación del espíritu revolucionario que opera a cierta distancia de los desarrollos dialécticos de las fuerzas sociales.

Badiou organiza su libro como una taxonomía de las revueltas que tuvieron lugar en torno a la Primavera Árabe. Se trata de uno de los enfoques genéricos que se entrecruzan en este tipo de estudios, dividiendo las revueltas según su estatus político, sus circunstancias o causas inmediatas, y la coherencia de sus protagonistas. Otro enfoque es el estudio sociológico de los alborotadores y sus condiciones inmediatas, junto con su pariente cercana, la fenomenología (generalmente en primera persona). También están los estudios de caso de disturbios conocidos, junto a encuestas y análisis menos atractivos. A pesar de sus lagunas, la biblioteca del disturbio

---

<sup>4</sup> Alain Badiou, *The Rebirth of History: Times of Riots and Uprisings*, trad. al inglés por Gregory Elliot, Nueva York, Verso, 2012, p. 8 [ed. cast.: *El despertar de la Historia*, trad. por Begoña Moreno-Luque, Madrid, Clave Intelectual, 2012, pp. 18-19].

es oscura y profunda; aquí solo se puede abordar una fracción. Este libro tiene otras metas que cumplir. También recurre a la teoría del valor de Marx y a la teoría de la crisis, que van de la mano, además de incluir relatos sobre cómo se vacían los núcleos urbanos, cómo sectores enteros de la economía suben y bajan, y cómo se ordena y desordena el sistema-mundo capitalista. La tradición analítica de las teorías del sistemas-mundo proporciona un marco tanto de amplitud global como de *longue durée* para pensar el acontecimiento concreto del disturbio.

Esta extensión tiene necesariamente sus límites. Es evidente que los disturbios en India y China, por poner solo dos ejemplos contemporáneos, tienen sus propias características distintivas (y su propia investigación en desarrollo). Mis afirmaciones hacen referencia, sobre todo, a las naciones occidentales de temprana industrialización, ahora en vías de desindustrialización. Estos lugares no son especialmente propensos a los disturbios; son, más bien, el terreno donde se hace visible una lógica particular, tanto del disturbio como del capital en su declive catastrófico. Las reivindicaciones son, espero, de algún modo transferibles, ya que están integradas en cambios político-económicos que, a su vez, están destinados a difundirse.

Además, así como la nueva era de los disturbios expresa las transformaciones globales del capital y es portadora de sus condiciones objetivas, también se presenta como una oportunidad para profundizar en esas transformaciones. Si este libro ofrece alguna novedad, es esta. En primer lugar, la clarificación de las definiciones de *disturbio* y *huelga*, que presentan más equívocos de lo que cabría esperar. En segundo lugar, una explicación de las razones del retorno del disturbio y de la forma que adopta actualmente. Y, en tercer lugar, una vez deducida una lógica del disturbio y su relación con las transformaciones del capital, algunas predicciones sobre el futuro de la lucha. Una teoría del presente, pues. Como mínimo la teoría debería ser capaz de determinar por qué, después de que los tribunales retiraran los cargos contra el oficial de policía que asesinó a Michael Brown en Ferguson, Misuri, se generó una oleada de disturbios en todo el país; y por qué, como por telepatía entre los desposeídos, los disturbios en una ciudad tras otra, adoptaron la forma de corte de la primera carretera que encontraron.

## Disturbio-huelga-disturbio ampliado

Este libro está ordenado más o menos cronológicamente, desde la edad de oro del disturbio hasta la época de las huelgas y viceversa, con especial atención a los momentos de transición. Pero no se trata de una crónica. Más bien, consigue elaborar una serie de conceptos y argumentos acerca del disturbio y la economía política a lo largo del texto. Construye un

modelo explicativo que permite coordinar los hechos básicos del presente, de modo que puedan dar cuenta de ellos de manera más elocuente. A medida que nos acerquemos a la actualidad, los capítulos inevitablemente entrarán en más detalles. No obstante, el conjunto será necesariamente una simplificación de las infinitas complejidades de la realidad; así son los modelos heurísticos. Al menos así se consiguen libros sucintos.

La *Riot Act* [Ley de orden público] de 1714 del rey Jorge I, que respondía en parte a los disturbios de la coronación que siguieron a su ascensión, se declara a sí misma «una ley para prevenir tanto los disturbios como las reuniones tumultuosas, y para castigar más rápida y eficazmente a los alborotadores». Desde el principio planteó la cuestión sobre el carácter contagioso de los disturbios. Se trató en gran medida de una declaración, de un discurso: prescribe el lenguaje que debe leerse para declarar ilegal una reunión (de ahí la expresión inglesa *reading the Riot Act* [reprender en voz alta o hacer una advertencia severa]). Con esta ley, el término *riot* se modifica de forma decisiva desde su antiguo significado de «desenfreno, desorden o desobediencia; vida derrochadora; libertinaje, disipación, extravagancia» e incluso «jolgorio desenfrenado, alegría o ruido» a su significado contemporáneo de «alteración violenta de la paz por una asamblea o grupo de personas; un brote de anarquía activa o desorden entre la población». El uso de Chaucer, como tantas otras veces, presagia la modernidad de la palabra. En el «Cuento del cocinero», Chaucer escribe: «*For theft and riot, they been convertible*» [Pues robo y libertinaje son intercambiables], señalando que el maestro paga el precio de la juerga del aprendiz.<sup>5</sup> Chaucer asocia la palabra a la transformación de las jerarquías sociales.

La transición del disturbio a la huelga se produce de forma desigual. La huelga surgió como fenómeno social en algún momento entre 1790 y 1842, fecha de la primera huelga de masas en Inglaterra. Como muchos cambios importantes, es tan difícil de reconocer al principio como evidente con el tiempo. Será útil identificar tanto la continuidad como la oposición, la forma en que los nuevos contenidos de las luchas surgen de las viejas formas de acción y atraviesan así periodos de ambigüedad. Lo mismo podría decirse del reciente retorno del disturbio; aún es pronto. Con el declive del movimiento obrero en Occidente, el disturbio crece, tanto de forma relativa como absoluta. Inevitablemente, hay un intervalo en el que ambas tácticas coexisten. Por un lado, parecían disputarse el liderazgo; por otro, la inestabilidad de su doble presencia durante esta segunda transición alimentó una situación revolucionaria que llegó a conocerse con el nombre generalizado y no del todo exacto de «1968». El momento

---

<sup>5</sup> Geoffrey Chaucer, *The Riverside Chaucer*, edición inglesa revisada y con notas de Larry D. Benson, Houghton Mifflin, 1987, p. 85 [«El cuento del cocinero», *Los cuentos de Canterbury*, Madrid, Cátedra, 2006].

crucial de la historia mundial fue 1973, cuando el derrumbe de los beneficios industriales anunció el comienzo de lo que debió llamarse, con razón, la larga crisis, con sus recomposiciones de clase y división global del trabajo que erosionaron progresivamente las posibilidades de organización obrera militante en Occidente. La transición se completó, en gran medida, hacia los años ochenta. Al principio, esto parecía formar parte de una clausura generalizada de las fronteras revolucionarias, como el «fin de la historia» asociado con la caída de los comunismos del siglo XX. Sin embargo, esa valoración se encuentra de nuevo abierta a debate, un debate inextricablemente ligado al resurgir de los disturbios.

Por lo tanto, *disturbio-huelga-disturbio*. Pero eso no es suficiente. Una fórmula así solo puede sugerir una simple oscilación, o peor, una reversión atávica. Esta historia tiene su atractivo, dadas las tonalidades emotivas del presente y los signos de un derrumbe civilizatorio acelerado por la catástrofe ecológica. Aun así, es solo una forma, no una teoría. No es ni explicativa ni precisa. La nueva era de los disturbios no se parece en muchos aspectos a su predecesora. Antes del siglo XIX, las dificultades generales a las que se enfrentaban los pobres para gestionar la subsistencia—incluidos no solo los disturbios del pan, sino aquellos contra los cercamientos de los campos comunales—proporcionaron las ocasiones para que estallara el antagonismo social. Entre estos sucesos cabe destacar los «disturbios contra la exportación», episodios en los que el envío de grano fuera del condado, especialmente en épocas de hambruna, se bloqueó mediante esfuerzos colectivos y coordinados. En general, se admite que esta distribución básica de las necesidades sigue existiendo hoy en día; los estudios positivistas que relacionan los precios de los alimentos con los disturbios siguen siendo habituales y, en cierto modo, convincentes, sobre todo en los países con salarios bajos. Sin embargo, ahora un disturbio no empieza en el granero sino en la comisaría, tanto de forma figurada como literalmente, incitados por el asesinato a manos de la policía de un joven de piel oscura, o como consecuencia del fracaso del aparato legal a la hora de responsabilizar adecuadamente a la policía de su propia violencia. La nueva era encuentra su paradigma en los disturbios de Los Ángeles de 1992, tras la absolución de los agentes que fueron grabados golpeando brutalmente a Rodney King tras un control de tráfico; disturbios que se extendieron a otras muchas ciudades y continuaron a lo largo de cinco días. El disturbio contemporáneo se inscribe cada vez más dentro de una lógica de racialización y tiene en el Estado, antes que en la economía, a su antagonista directo. El disturbio no solo retorna a un mundo transformado, sino que retorna transformado él mismo.

Mejor *disturbio-huelga-disturbio ampliado*. Estos términos constituyen las tres secciones del libro. A cada una de ellas le corresponde no solo

un periodo, sino también un lugar específico: para la primera era del disturbio, el mercado, pero aún más el puerto; para la era de la huelga, la fábrica; y para la nueva era del disturbio, las calles y plazas. Para cumplir con esta secuencia tripartita, este libro tendrá que explorar tanto la continuidad entre las dos épocas de disturbios como sus diferencias: la unidad de un tumulto en el mercado y los levantamientos, a menudo racializados, que parecen dirigirse contra el Estado. Este es el argumento, en su forma condensada y resumida, al que el resto del libro añadirá especificidades, digresiones, un marco político-económico y una mirada hacia el futuro.

## El mercado y la fábrica

La principal dificultad para definir el disturbio radica en su profunda asociación con la violencia; para muchos, esta asociación está tan cargada emocionalmente en un sentido u otro que resulta difícil disiparla y, en consecuencia, es difícil fijarse en otros aspectos. No cabe duda de que muchos disturbios implican violencia, quizá la gran mayoría, si se incluyen en esa categoría los daños materiales, así como las amenazas explícitas o veladas. No está del todo claro que tal inclusión sea natural o razonable. Que el daño a la propiedad sea sinónimo de violencia no es una verdad, sino la adopción de un conjunto particular de ideas sobre la propiedad, relativamente reciente, que implica identificaciones especiales de los seres humanos con la riqueza abstracta, que culminan, por ejemplo, en afirmaciones legales que definen a las empresas como «personas».

Sin embargo, este énfasis en la violencia del disturbio oculta efectivamente la violencia cotidiana, sistemática y ambiental que asola la vida de gran parte del mundo. La visión de una sociedad generalmente pacífica, que solo excepcionalmente estalla en violencia, es un imaginario accesible solo para algunos. Para otros —la mayoría— la violencia social es la norma. La retórica del disturbio violento se convierte en un dispositivo de exclusión, dirigido no tanto contra la «violencia» como a determinados grupos sociales.

Además, a lo largo de más de dos siglos, las huelgas también han implicado a menudo violencia: batallas campales entre trabajadores, por un lado, y policías, esquiroles y mercenarios, por otro, que en sus momentos álgidos parecían enfrentamientos militares. Si ampliamos la categoría, la violencia es omnipresente en las huelgas, incluso como una especie de contraviolencia defensiva. En 1968, el poeta italiano Angelo Quattrochi escribía desde Francia:

Los trabajadores pueden amenazar con destrozarse la maquinaria, y la sola amenaza puede impedir una intervención armada. Dueños de la

fábrica, la condición de su desposesión es su misma fuerza. Las máquinas, el capital, propiedad de otros y manipulado por otros, están ahora en sus manos.<sup>6</sup>

En este pasaje, Quattrocchi pretende distinguir entre la huelga parcial, para él un acontecimiento cobarde y orquestado, y la ocupación de la fábrica. Es indicativo que haya elegido hacer esta distinción en ese momento, contemplando un París en el que el disturbio y la huelga habían entrado en vívida colaboración y competencia, cada uno tratando de trascender no solo sus propios límites, sino también los del otro. Dicho esto, el siniestro servilismo de la huelga parcial es en sí mismo un desarrollo histórico peculiar. La situación real que describe, la posibilidad de que los trabajadores dispongan a su antojo de los engranajes de la producción, es la parte central de la huelga.

Pero esto es ya haber dado a entender que conocemos la diferencia entre disturbio y huelga. Si no es la violencia, ¿entonces qué es? E. P. Thompson, cuyo pensamiento es la piedra angular de este libro, proporciona algunas respuestas en «La economía “moral” de la multitud en la Inglaterra del siglo XVIII», un texto trascendental. Si estas respuestas han pasado curiosamente desapercibidas, es casi con toda seguridad porque el ensayo nunca formaliza del todo la lógica que plantea. Cuestionando las reducciones y la fuerza despolitizadora que encierra el término «disturbio del pan», elabora una visión más sistemática de la economía política del disturbio:

Se ha sugerido que el término «motín» representa un instrumento de análisis basto, torpe, para muchos de los agravios y circunstancias determinados. Es también un término impreciso para describir los movimientos populares. Si buscamos la fórmula característica de la acción directa, deberíamos tomar, no las disputas en las panaderías en las afueras de Londres, ni aun las grandes refriegas provocadas por el descontento contra los grandes molineros, sino los «levantamientos populares» (muy especialmente los de 1740, 1756, 1766, 1795 y 1800) en los cuales los mineros del carbón y del estaño, los tejedores y operarios de calcetería fueron quienes se destacaron. Lo extraordinario en estas «insurrecciones» es, en primer lugar, su disciplina y, en segundo lugar, el hecho de que exhiben un modelo de conducta cuyo origen debemos buscar unos cientos de años atrás; que más bien crece en complejidad en el siglo XVIII; que se repite, aparentemente de manera espontánea, en diferentes puntos del país y después del transcurso de muchos años tranquilos. La acción central en este modelo no es el saqueo de graneros ni el robo de grano o harina sino el acto de «fijar el precio».<sup>7</sup>

<sup>6</sup> Angelo Quattrocchi, «What Happened», en Angelo Quattrocchi y Tom Nairn (eds.), *The Beginning of the End: France, May 1968*, Nueva York, Verso, 1998, p. 49.

<sup>7</sup> E. P. Thompson, «The Moral Economy of the English Crowd in the Eighteenth Century», *Past and Present*, núm. 50, febrero de 1971, pp. 107-108 [ed. cast.: «La economía “moral”

Esta es precisamente la situación que cambiará con el nuevo siglo:

El conflicto económico de clases en la Inglaterra del siglo XIX encontró su expresión característica en el problema de los salarios; en la Inglaterra del siglo XVIII, la gente trabajadora era incitada a la acción más perentoriamente por el alza de precios». <sup>8</sup>

Thompson capta la esencia de la transformación profunda que se está produciendo, a la vez fugaz e inmanente:

Estamos llegando al final de una tradición, y la nueva apenas ha surgido. En estos años, la forma alternativa de presión económica —presión sobre los salarios— se hace más vigorosa; hay también algo más que retórica bajo el lenguaje sedicioso: organización obrera clandestina, juramentos, los oscuros United Englishmen [«Ingleses Unidos»]. En 1812 los motines tradicionales de subsistencias coincidían con el ludismo. En 1816, los trabajadores de East Anglia no solamente fijan los precios, sino que también exigen un salario mínimo y el fin del socorro Speenhamland. Se acercan estos motines a la revuelta de trabajadores, muy diferente de 1830. La antigua forma de acción subsiste en la década de 1840 e incluso más tarde, con raíces especialmente profundas en el Sudoeste. Pero en las nuevas zonas de la revolución industrial evoluciona gradualmente hacia otras formas de acción. <sup>9</sup>

Precios y salario, este es el binomio. Uno es la medida del mercado, el otro, la del mundo de la fábrica y la mina, la del trabajo agrícola una vez que han desaparecido, a sangre y fuego, la tierra comunal y la agricultura de subsistencia. R. H. Tawney plantea prácticamente lo mismo, en términos algo diferentes:

En la economía del burgo medieval, el consumo tenía para la sociedad la misma preeminencia, como árbitro indiscutible del esfuerzo económico, que la que el siglo XIX otorgaba a los beneficios. <sup>10</sup>

Pero los salarios son en sí mismos un tipo especial de precio. Recordando esto, la fórmula queda clara: en primer lugar, *el disturbio es la fijación de los precios de los bienes de mercado, mientras que la huelga es la fijación de los precios de la fuerza de trabajo*. Este es el primer nivel u horizonte de análisis necesario para comprender una historia del disturbio, que podríamos

---

de la multitud en la Inglaterra del siglo XVIII», *Tradición, revuelta y conciencia de clase*, trad. por Eva Rodríguez, Barcelona, Crítica, 1979, p. 100].

<sup>8</sup> *Ibíd.*, p. 79 [ed. cast.: p. 66].

<sup>9</sup> *Ibíd.*, pp. 128-129 [ed. cast.: pp. 124-125].

<sup>10</sup> R. H. Tawney, *Religion and the Rise of Capitalism*, Londres, Harcourt Brace, 1926, p. 33.

denominar nivel práctico. La práctica política en toda su dimensión es la de la reproducción del hogar y del individuo, de la comunidad local. Alrededor del cambio del siglo XVIII al XIX, la cuestión de la reproducción desplaza su centro de gravedad de un lugar a otro, de una lucha a otra.

Consumidor y trabajador no son dos clases opuestas, ni mucho menos sucesivas, sobra decirlo. Se trata más bien de dos funciones momentáneas dentro de la necesaria actividad colectiva para reproducir una única clase: el proletariado moderno emergente, que debe abrirse camino a través del nexo salario-mercancía. Si un momento prevalece sobre el otro, ello habla del grado de desarrollo técnico y social dentro de esa conjunción, y de la posición que ocupa el proletariado en su relación con esta. En el lugar del disturbio, quienes fijan los precios del mercado pueden ser obreros (como «los mineros del carbón y el estaño, los tejedores y trabajadores de la calcejería» de Thompson), pero este no es el hecho inmediato que los ha llevado allí. Comprendiendo esto, podemos afinar nuestras definiciones.

La huelga es una forma de acción colectiva que:

1. Lucha por fijar el precio de la fuerza de trabajo (o las condiciones del trabajo, que viene a ser lo mismo: la cantidad de miseria que se puede comprar al peso).
2. Presenta a los trabajadores que aparecen *en su función de trabajadores*.
3. Tiene lugar en el contexto de la producción capitalista, y la hace visible a través de su interrupción, mediante el sabotaje de máquinas, el cierre de fábricas, etc.

El disturbio es una forma de acción colectiva que:

1. Lucha por fijar el precio de los bienes de mercado (o su disponibilidad, que viene a ser lo mismo, ya que la cuestión es idéntica, la del acceso).
2. Implica a participantes sin más afinidad que la de su desposesión.
3. Tiene lugar en el contexto del consumo, con la interrupción de la circulación de mercancías.

Este sistema es sencillo pero potente, y suficiente para el periodo estudiado por primera vez por nuestros investigadores, hasta bien entrado el siglo XX. No obstante, plantea problemas para el presente. Las luchas características del *disturbio ampliado*, el periodo que comienza en los años sesenta junto al último florecimiento de la huelga y que continúa hasta el presente, no puede entenderse adecuadamente en el marco de la fijación de precios, ni siquiera en el sentido más amplio de Thompson. Pero tampoco puede entenderse sin él. Es aquí donde necesitaremos un segundo nivel u horizonte: el de la periodización, que tiene que ver precisamente con el grado

de desarrollo técnico y social del capital antes mencionado, en todas sus elocuentes y ambiguas ondulaciones.

### Circulación-producción-circulación ampliada

Ya hemos observado que la primera transición, *disturbio-huelga*, se corresponde tanto histórica como lógicamente con la Revolución Industrial y su extensión e intensificación de las relaciones salariales a principios del largo siglo XIX británico. La segunda transición, *huelga-disturbio ampliado*, se corresponde a su vez con el periodo de «desmoronamiento de la hegemonía» estadounidense de finales del largo siglo XX. Un ascenso y una caída. Una cierta forma en medio del desorden y el ruido de la historia que nos lleva ahora al ocaso del imperio, conocido por diversos términos como *capitalismo tardío*, *financiarización*, *posfordismo*, etc., esa dilatada letanía que se apresura a seguir el ritmo de nuestro proteico desastre. Estas dataciones se inspiran en el esquema de Giovanni Arrighi, que describe cuatro «siglos largos y ciclos sistémicos de acumulación».

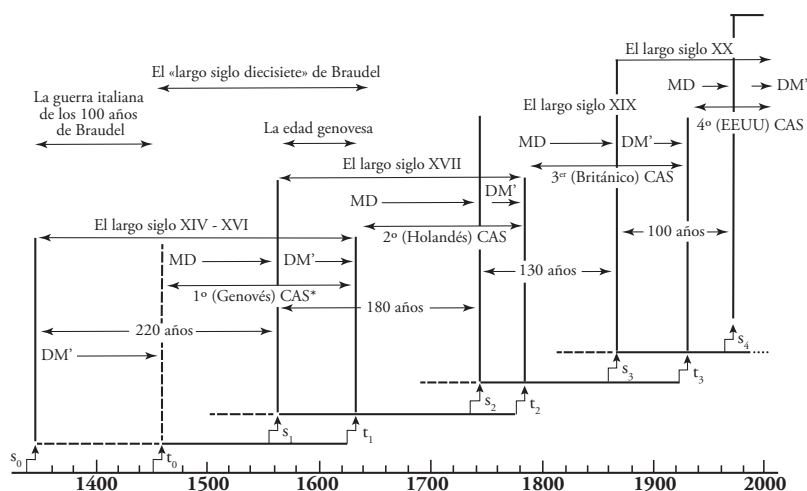
«La principal característica del perfil temporal del capitalismo histórico bosquejado en este estudio es la estructura similar que presentan todos los siglos largos», señala Arrighi.<sup>11</sup> La estructura recurrente es una secuencia tripartita que comienza con una expansión financiera dirigida originalmente por el capital mercantil; una expansión material «de toda la economía-mundo» dirigida por el capital manufacturero o, más ampliamente, industrial, en la que el capital se acumula sistémicamente, y cuando esto ha alcanzado sus límites, una expansión financiera final.

Durante esta fase, no es posible una verdadera reactivación de la acumulación, tan sólo la adopción de estrategias de postergación cada vez más desesperadas. Históricamente, en una situación así, el sector financiero de la economía dominante encuentra una potencia industrial emergente para absorber su exceso de capital, financiando así su propia sustitución. Esta nueva potencia hegemónica se formará sobre una base necesariamente ampliada, capaz de restablecer la acumulación a escala mundial, pero, al mismo tiempo, partiendo de una posición más cercana a sus propios límites de expansión, de ahí los ciclos superpuestos de Arrighi, que se amplían y aceleran a medida que avanzan, la serie de transferencias conocida como *translatio imperii*.

---

<sup>11</sup> Giovanni Arrighi, *The Long Twentieth Century: Money, Power, and the Origins of Our Times*, Londres, Verso, 1996, pp. 219-20 [ed. cast.: *El largo siglo XX*, trad. por Carlos Prieto del Campo, Madrid, Akal, 2014, p. 257].

Figura 1: Picos de los «ciclos seculares» de Braudel



\*CAS: Ciclo de acumulación sistémico.

Esta esquematización ha dado lugar a diversos estudios sobre la transición al capitalismo que a menudo se encuentran bajo el epígrafe «¿comercio o capitalismo?». Robert Brenner, Ellen Meiksins Woods y otros han argumentado que el desarrollo de extensas redes comerciales y la reorganización social que las acompañan no deben confundirse con el capitalismo propiamente dicho, y en particular con el «desarrollo incesante y sistemático de las fuerzas productivas» del capital, del que no puede decirse que comenzara mucho antes del ciclo británico y del auge industrial.<sup>12</sup> Es precisamente esta distinción la que motiva nuestra afirmación. No cabe duda de que los mercados son anteriores al capitalismo y continúan también en él; se convierten en parte constitutiva del capitalismo solo después de haber sido transformados por el nexo salario-mercancía y sometidos a las reglas de la producción de plusvalor. Esto explica la primera transición, *disturbio-huelga*.

Y, sin embargo, es difícil rebatir la conclusión de Arrighi según la cual los imperios comerciales protocapitalistas siguieron prácticamente la misma curva de desarrollo que sus versiones más exitosas. Los dos grandes imperios capitalistas, Gran Bretaña y Estados Unidos, conservaron y transformaron las formas de su desarrollo, dotándolas de nuevos contenidos. En la espiral del capital, cada ciclo presenta una fase dominada por la lógica de la producción, que aquí significa la valorización de las mercancías, generalizada

<sup>12</sup> Robert Brenner, *The Economics of Global Turbulence*, Londres, Verso, 2009, p. 13. [ed. cast.: *La economía de la turbulencia global*, trad. por Juan Mari Madariaga, Madrid, Akal, 2009, p. 117].

por Arrighi como M-D [Mercancía-Dinero]. A esta fase se superpone otra, dominada por la circulación, porque esta es la naturaleza del capital mercantil o financiero, definido por Arrighi como la realización de valor, o D-M. Esto nunca es excluyente: los dos procesos deben seguir una trayectoria combinada, o el capital dejaría totalmente de estar en movimiento (y el capital inmóvil no es en absoluto capital). Esta descripción se refiere al equilibrio de fuerzas dentro del circuito ampliado del capital.

Así pues, disponemos de una periodización que se ajusta a nuestras prácticas: *disturbio-huelga-disturbio ampliado* representa las fases de *circulación-producción-circulación*. Es cierto que el periodo que abarca el comienzo del siglo XX fue para Gran Bretaña, que en aquel momento seguía siendo la principal economía capitalista, un periodo de expansión financiera o si se prefiere centrado en la circulación. Aquí, el razonamiento del esquema basado en la superposición de Arrighi se hace evidente. Si bien Estados Unidos experimentó su propia «Gran Depresión»<sup>13</sup> correspondiente al cambio económico de Gran Bretaña a finales del siglo XIX, al mismo tiempo emprendía una considerable expansión de la producción bajo el impulso de una Segunda Revolución Industrial, capaz de contrarrestar el declive británico. Nuestra fase actual de circulación, sin embargo, muestra pocos signos de ese contrapeso sistémico. A pesar de toda la atención que se presta al papel de China como nuevo taller del mundo, por ejemplo, ya se está desprendiendo de mano de obra industrial.<sup>14</sup>

De hecho, esto señala algo único, al menos por ahora, de nuestro momento dentro del marco del sistema-mundo. El alcance en espiral de los largos siglos puede haberse quedado sin espacio para expandirse; la reforma a gran escala no parece estar sobre la mesa. Sin embargo, no deberíamos descartar con demasiada facilidad la capacidad del capital para rescatarse a sí mismo de una crisis aparentemente terminal. El capital productivo dominó, por ejemplo, desde 1784 hasta 1973. Podría volver a hacerlo. Por el momento, esto parece incierto. Lejos de avalar el ascenso de una potencia dominante, Estados Unidos en su declive (a pesar de su hipertrofiado sector financiero) está llegando al final de su trayectoria como país masivamente endeudado. Ahora es posible argumentar que, incluso a nivel global o sistémico, el capital se encuentra en una fase de circulación que no está siendo satisfecha por el aumento de la producción en otros

<sup>13</sup> El autor se refiere a La Gran Depresión de 1873 (no confundir con La Gran Depresión conocida como la crisis de 1929). Una crisis económica de alcance mundial, que tuvo un fuerte impacto en Europa y Estados Unidos, fundamentalmente tras un ciclo de crecimiento económico alimentado por la Segunda Revolución Industrial y el fin de la guerra civil estadounidense.

<sup>14</sup> Alan Freeman, «Investing in Civilisation: What the State Can Do in a Crisis», en Julie Guard y Wayne Antony (eds.) *Bailouts and Bankruptcies*, Winnipege, Fernwood, 2009.

lugares, una fase distinta que inevitablemente tendremos que denominar *circulación ampliada*.

En consecuencia, los regímenes británico y estadounidense pueden asimilarse en un único *metaciclo* que seguiría la secuencia *circulación-producción-circulación ampliada*. Una vez más, esto requiere una cierta suavización heurística de la trayectoria cambiante del sistema-mundo capitalista. Se trata de un argumento, no de una verdad absoluta. Aun así, creemos que es sugerente: es posible trazar un mapa de las tres fases de Arrighi sobre la periodización del capital de Brenner, en lo que puede verse como un «arco de acumulación», al menos en Occidente, que se eleva desde el comercio con la Revolución Industrial y desciende hacia las finanzas con la desindustrialización generalizada, sin que se vislumbre una reversión. La secuencia contemporánea *disturbio-huelga-disturbio ampliado* se convierte así en una historia del capitalismo, una exposición de su forma actual y de las contradicciones del presente.

## Disturbio y crisis

Para que el retorno del disturbio dé testimonio sobre la situación del capitalismo como tal, debe haber algo más que una simple coincidencia entre las dos secuencias. Debe existir un encadenamiento teórico. Este es el tercer y último nivel u horizonte analítico: el de la propia historia, entendida como el entrelazamiento dialéctico de las luchas experimentadas con las compulsiones del movimiento automático del capital, concebido como un movimiento real de la existencia social. ¿Qué es lo que, dentro del movimiento objetivo del capital, une el disturbio a la circulación, la huelga a la producción, y nos conduce de una a otra?

Esta cuestión ya ha recibido una respuesta preliminar: las fases dominadas por la producción material darán lugar a luchas dentro de la producción, especialmente sobre el precio de la fuerza de trabajo; las fases dominadas por la circulación verán luchas en el mercado, sobre el precio de las mercancías. Se trata de un relato sincrónico, carente de una dinámica que nos conduzca de una fase a otra; además, todavía no aborda las peculiaridades del *disturbio ampliado* y de la *circulación ampliada*. Esto requiere un rápido paso por la teoría marxiana de la crisis.<sup>15</sup>

---

<sup>15</sup> A menudo se señala que Marx no dejó una teoría completa de la crisis. Su teoría del valor en general, sin embargo, proporciona la base lógica para una teoría elaborada. Para el mejor resumen de esto, véase Anwar Shaikh, «Introduction to the History of Crisis Theories», *US Capitalism in Crisis*, Nueva York, URPE, 1978 [ed. cast.: «Introducción. Historia de las teorías de la crisis», en *Valor, acumulación y crisis. Ensayos de economía política*, trad. por Álvaro Zerda, Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1990].

El valor, para Marx, tiene tanto una existencia cualitativa como relación social como una existencia cuantitativa como valor de cambio.<sup>16</sup> El valor de cambio que conlleva una mercancía hace posible el plusvalor, la «esencia invisible del capital», valorizada en la producción y realizada como beneficio en la circulación. La circulación, que Marx se esfuerza en descifrar, nunca puede ser por sí misma la fuente de nuevo valor para el capital en su conjunto. Esta posibilidad se trata extensamente en *El capital*, en un pasaje lleno de condescendencia que termina así:

Por vueltas y revueltas que le demos, el resultado es el mismo. Si se intercambian equivalentes, no se origina plusvalor alguno, y si se intercambian no equivalentes, tampoco surge ningún plusvalor. La circulación o el intercambio de mercancías no crea ningún valor.<sup>17</sup>

Estas categorías se ven constantemente alteradas, sobre todo por los límites de la «circulación». El extraordinario desarrollo de los transportes, uno de los rasgos distintivos de nuestra época, parecería a primera vista ajustarse a esta lógica, haciendo circular los productos hacia la realización como beneficio del plusvalor valorizado en otro lugar. Por el contrario, algunos sostienen que la circulación de mercancías aumenta su valor. En su sentido más estricto, los «costes puros de circulación» podrían limitarse a las actividades que no hacen más que el intercambio en sí, la transferencia abstracta de la propiedad: ventas, contabilidad y similares. Por otra parte, la financiarización y la «globalización» (entendida como la extensión hacia los límites planetarios de las redes y procesos logísticos, coordinada por los avances en la tecnología de la información) deben entenderse como estrategias temporales y espaciales, respectivamente, para internalizar nuevos insumos de valor procedentes de otros lugares y otros tiempos. Pero esto no hace sino confirmar que la fase actual de nuestro ciclo de acumulación se define por el colapso de la producción de valor en el corazón del sistema-mundo; es por esta razón que el centro de gravedad del capital se desplaza hacia la circulación, liderado por la *troika* formada por el toyotismo, las tecnologías de la información y las finanzas.

A este respecto, los hechos prácticos resultan esclarecedores. Como señala Brenner:

<sup>16</sup> Para la parte más elocuente de esta parte de la teoría de Marx, véase I. I. Rubin, *Essays on Marx's Theory of Value*, trad. al inglés por Fredy Perlman y Milos Samardzija, Nueva York, Black Rose, 1990, pp. 120-121 [ed. cast.: *Ensayos sobre la teoría marxista del valor*, trad. por Néstor Míguez, Madrid, Dos Cuadrados, 2021, pp. 163-164].

<sup>17</sup> Karl Marx, *Capital: A Critique of Political Economy*, Vol. 1, Londres, Penguin, 1992, p. 266 [ed. cast.: *El capital*, trad. por Pedro Scaron, T. I, Vol. 1, Ciudad de México, Siglo XXI, 2022, p. 199].

Desde 1973 hasta ahora, según todos los indicadores macroeconómicos estándar, el comportamiento económico en Estados Unidos, Europa occidental y Japón se ha deteriorado, ciclo tras ciclo y década tras década, exceptuando el segundo quinquenio de la década de 1990.<sup>18</sup>

El crecimiento del PIB mundial desde los años cincuenta hasta los setenta se mantuvo por encima del 4 %; desde entonces, ha permanecido en el 3 % o menos, a veces mucho más bajo.<sup>19</sup> Incluso los mejores momentos de la larga crisis han sido, en general, peores que los malos momentos de la «edad de oro del capitalismo». Si aceptamos que el transporte puede influir tanto en la valorización como en la realización, debemos reconocer que la gran expansión del transporte mundial y la aceleración del tiempo de rotación desde los años setenta coinciden con el retroceso de la producción industrial en los principales países capitalistas. Esta marcha simultánea coincide exactamente con lo que la teoría del valor proyecta como un cambio hacia la circulación: menos producción de valor, menos beneficios sistémicos. Se mire por donde se mire, el transporte marítimo y las finanzas no parecen haber detenido el estancamiento y el declive de la rentabilidad global. Tomando prestado un término de Gilles Châtelet, podríamos llamar a esta colaboración «cibermercantilismo», similar al modo preindustrial en el que por mucho que se compre barato y se venda caro o se venda una mayor cantidad, no se consigue reactivar la expansión de un nuevo ciclo de acumulación.

No obstante, esto no implica que no hayan contribuido a los beneficios de las empresas individuales, las cuales pueden obtener ventajas competitivas al reducir sus propios costes de circulación en un juego que consiste en «empobrecer al vecino» en la era de la tecnología de la información. Del mismo modo, las empresas pueden participar en esquemas para recircular y redistribuir el valor ya existente, sacando tajada por el camino. Sin adentrarnos demasiado en el laberinto marxista, es plausible afirmar que, en el periodo mencionado, el capital, confrontado con una significativa disminución de los rendimientos en los sectores tradicionalmente productivos, busca beneficios más allá de los confines de la fábrica, especialmente en el sector FIRE (Finanzas, Seguros y Bienes Raíces), mediante las redes logísticas globales. No obstante, no encuentra ninguna alternativa duradera a la crisis que en primer lugar lo apartó de la producción. Por el contrario, encuentra una agitación cada vez más frenética, esquemas más sofisticados, burbujas más grandes y mayores quiebras.

---

<sup>18</sup> Robert Brenner, «Lo que es bueno para Goldman Sachs», prólogo a la edición española de *La economía de la turbulencia global*, Madrid, Akal, 2009. Puesto a disposición del autor en versión mecanografiada, p. 6 [ed. cast.: p. 29].

<sup>19</sup> *Ibidem*, p. 8.

En un movimiento de desesperación dialéctica, el mismo que ha enviado al capital a la esfera fratricida y de suma cero de la circulación, hace lo propio con una parte creciente de la humanidad. La crisis y el desempleo, los dos grandes temas de *El capital*, son expresiones del trágico defecto del capital: que, al buscar el beneficio, debe destruir su fuente, precipitándose hacia los límites objetivos en su implacable afán de acumulación y productividad. Los *Grundrisse* ofrecen la formulación más concisa:

El capital mismo es la contradicción en proceso, [por el hecho de] que tiende a reducir a un mínimo el tiempo de trabajo, mientras que por otra parte pone al tiempo de trabajo como única medida y fuente de la riqueza. Disminuye, pues, el tiempo de trabajo en la forma del trabajo excedente; pone por tanto, en medida creciente, el trabajo excedente como condición –*question de vie et de mort*– del necesario.<sup>20</sup>

Esta «contradicción en proceso» no es más que la propia ley del valor en movimiento, que se presenta bajo diversas formas. Se puede ver como la contradicción entre valor y precio, las medidas de la producción y la circulación, respectivamente, que resultará ser también la contradicción entre el capital en su conjunto y los capitalistas individuales. Estos últimos no se preocupan por la salud general del sistema capitalista, ni están obligados a hacerlo. Más bien se ven obligados a competir con otros capitalistas de su sector. Así, mientras que la necesidad de expandirse, de generar más valor que conduzca a la acumulación sistémica, es, desde el punto de vista del capital en su conjunto, un imperativo existencial, los capitalistas individuales no piensan en términos de valor y acumulación. Miden su existencia en términos de precio y riqueza, y se ven obligados a buscar el beneficio allí donde se encuentre, sin importarles las consecuencias para el conjunto.

Este fenómeno unitario no deja de ser una contradicción entre el plusvalor absoluto y el relativo. Las luchas intercapitalistas por optimizar todos los procesos sustituyen iterativamente la fuerza de trabajo por máquinas y formas organizativas más eficientes. Con el tiempo, esto aumenta la relación entre capital constante y variable, es decir, entre trabajo muerto y trabajo vivo, expulsando la fuente de plusvalor absoluto en su lucha por su forma relativa.

La crisis representa el desarrollo de estas contradicciones hasta el punto de ruptura. No se manifiesta como escasez de dinero, sino como excedente. El beneficio acumulado queda en barbecho, incapaz de convertirse en capital, pues ya no hay ningún incentivo para seguir invirtiendo en más

---

<sup>20</sup> Karl Marx, *Grundrisse*, Londres, Penguin Books, 1993, p. 706 [ed. cast.: *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política. «Grundrisse». Borrador 1857-1858*, Vol. 2., trad. por Pedro Scarón, Madrid, Siglo XXI, 2007, p. 229].

producción. Las fábricas cierran. Los trabajadores desplazados, en busca de salarios en otros lugares, descubren que la automatización que ahorra mano de obra se ha generalizado en las distintas ramas de la producción. La mano de obra no utilizada se amontona junto con los recursos no utilizados. Se trata de la producción de la no producción.

Aquí hemos vuelto bajo un manto algo diferente a la cuestión de clase, en la forma de lo que Marx denomina «población excedente, cuya miseria está en razón inversa a la tortura de su trabajo. Cuanto mayores sean, finalmente, las capas de la clase obrera formadas por menesterosos enfermizos y el ejército industrial de reserva, tanto mayor será el pauperismo oficial. *Esta es la ley general, absoluta, de la acumulación capitalista*».<sup>21</sup> Como señala *Endnotes* en el tratamiento más pertinente sobre esta cuestión:

Esta población excedentaria no tiene por qué estar completamente «al margen» de las relaciones sociales capitalistas. Puede que el capital no necesite a estos trabajadores, pero ellos siguen teniendo necesidad de trabajar. Por tanto, se ven obligados a prestarse a las formas más abyectas de esclavitud asalariada en forma de pequeña producción y los servicios –identificado con los mercados informales y a menudo ilegales de intercambio directo que surgen junto a los fracasos de la producción capitalista–.<sup>22</sup>

No es de sorprender que esta población excedente esté racializada en todo Occidente. La capacidad de beneficio del capital siempre ha requerido la producción y reproducción de las diferencias sociales; en los mercados de trabajo estancados, el dispositivo de las diferencias salariales desplaza el énfasis de lo cuantitativo a lo cualitativo. Paralelamente al «crecimiento sin empleo» que, desde 1980, se apoya en las teorías subyacentes del excedente creciente, la tasa de desempleo entre los negros estadounidenses se ha acercado sistemáticamente al doble de la media general, si no más, lo que ha provocado, entre otras cosas, una gran expansión del complejo industrial penitenciario para gestionar este excedente humano. El proceso de racialización está íntimamente ligado a la producción de poblaciones excedentarias, cada una de las cuales funciona para constituir a la otra de acuerdo con diversas lógicas de profunda exclusión. Como afirma Chris Chen:

El surgimiento del Estado carcelario estadounidense contra los negros a partir de la década de 1970 ejemplifica los rituales de violencia estatal y civil que refuerzan la racialización de la vida sin salario y la atribución racial de la falta de salario. Desde el punto de vista del capital, la «raza»

<sup>21</sup> Karl Marx, *Capital*, Vol. 1, p. 798 [ed. cast.: T. I, Vol. 3, p. 803].

<sup>22</sup> «Misery and Debt», *Endnotes*, núm. 2, 2010, p. 30, nota al pie 15 [ed. cast.: «Miseria y deuda», en *Endnotes*, núm. 2, Madrid, Ediciones Extáticas, 2022, p. 38].

se renueva no solo a través de las persistentes diferencias salariales racializadas, o la segregación ocupacional planteada por teorías del «mercado laboral dividido», sino a través de la racialización de las poblaciones excedentes o superfluas, desde Jartum hasta los barrios marginales de El Cairo.<sup>23</sup>

Esto opera a su vez al nivel del disturbio contemporáneo, una rebelión excedentaria que es a la vez un marcador y una marca racial. Por lo tanto, otra última distinción con respecto a la huelga, que en su forma moderna existe dentro de un marco legal (aunque a menudo lo sobrepase). Aquí empezamos a entender el tipo de trabajo ideológico que se lleva a cabo cuando se pone de relieve la naturaleza particularmente ilegal del disturbio. La ilegitimidad del *disturbio ampliado* es, entre otras cosas, la ilegitimidad del cuerpo racializado.

## Luchas en la circulación

Una población, pues, cuyo propio ser —su posibilidad de reproducción— es reorientada de la esfera de la producción a la de la circulación por la reorganización económica. No se trata de una «sociedad de consumo» en el sentido popular, «la victoria definitiva del materialismo a través del culto universal al fetiche de la mercancía».<sup>24</sup> Pero es una sociedad de consumo, al fin y al cabo: población excedente confrontada al viejo problema del consumo sin acceso directo al salario. No de forma absoluta, ni uniforme en todo el mundo, pero sí suficiente. Hablamos de tendencias. Cuando la base de la supervivencia del capital se desplaza lo suficiente hacia la circulación, y la base de la supervivencia de los empobrecidos se desplaza de la misma manera, nos encontraremos inevitablemente con el *disturbio ampliado*. Da nombre así a la reorganización social, al periodo en el que impera, así como a la forma dominante de acción colectiva que corresponde a esta situación.

Es una forma un tanto técnica de hablar de exclusión y empobrecimiento, sin duda, usando las categorías de la economía política clásica y su crítica. La virtud de este lenguaje radica en su poder para explicar la relación entre *disturbio* y *disturbio ampliado* —para revelar que el disturbio del pan y el disturbio racial, una pareja de términos poco apropiados, conservan una profunda unidad—. En resumen, la crisis señala un desplazamiento del centro de gravedad del capital hacia la circulación, tanto teórica

<sup>23</sup> Chris Chen, «The Limit Point of Capitalist Equality», *Endnotes*, núm. 3, 2013, p. 217. [ed. cast.: «El punto límite de la igualdad capitalista», en *Endnotes*, núm. 3, Madrid, Ediciones Extáticas, 2023 p. 274].

<sup>24</sup> Tom Nairn, «Why It Happened», en Angelo Quattrocchi y Tom Nairn (eds.), *The Beginning of the End: France, May 1968*, Nueva York, Verso, 1998, p. 136.

como práctica, y el disturbio debe entenderse en última instancia como una lucha en la circulación, donde la fijación de precios y la rebelión excedentaria son formas distintas, aunque vinculadas.

El nuevo proletariado, que ahora (de acuerdo con el significado original de la palabra) debe ampliarse para incluir a las poblaciones excedentarias «sin reservas», se encuentra en un mundo distinto. Ya hemos detallado algunos de los cambios. La situación puede calificarse de quiasmo de época. En 1700, la policía, tal como la conocemos, no existía; el alguacil o intendente vigilaban ocasionalmente el mercado. Al mismo tiempo, la mayoría de los productos de primera necesidad se producían localmente. En resumen, el Estado estaba lejos y la economía cerca. En 2015 la situación es otra, el Estado está cerca y la economía lejos. La producción se ha disipado, los productos se ensamblan y distribuyen a través de cadenas logísticas globales. Incluso los alimentos más básicos pueden proceder de un continente lejano. Mientras tanto, el ejército profesional permanente del Estado está siempre a mano, progresivamente militarizado, con el pretexto de hacer la guerra al terrorismo y al narcotráfico. El *disturbio ampliado* está destinado a levantarse contra el Estado; no hay forma de evitarlo.

Sin embargo, el espectacular encuentro con el Estado no debe llevarnos a pensar que el disturbio contemporáneo no tiene una forma directamente económica, más allá de su contenido político-económico subyacente. Sus dos formas visibles son la destrucción económica y el saqueo, que a menudo se suceden en una negación conjunta del intercambio y la lógica del mercado. A pesar de la apariencia universal de este aspecto del disturbio, se trata invariablemente como una desviación y una transgresión del agravio original que podría haber otorgado legitimidad al disturbio. ¿Qué reivindicación ética podría tener un robo descarado? El mismo hecho de que parezca misterioso subraya un momento de neutralización ideológica y de ignorancia histórica suprema. El saqueo no es el momento de lo falso, sino de la verdad que resuena a lo largo de siglos de disturbios: una versión de la fijación de precios en el mercado, aunque a precio cero. Es un retorno desesperado a la cuestión de la reproducción, aunque dramáticamente limitado por la estructura del capital en la que opera en primer lugar.

Si el disturbio plantea la cuestión de la reproducción, lo hace como negación. Es la inversión del destino del trabajo en la modernidad tardía. El poder histórico de los trabajadores se basaba en ser un sector productivo en crecimiento y en su capacidad para hacerse con una parte del excedente en expansión. Desde principios de los años setenta, el trabajo se ha visto reducido a negociaciones defensivas, obligado a preservar empresas capaces de pagar salarios, afirmando la dominación del capital a cambio de su propia preservación. El trabajador que aparece *como trabajador* en el periodo de crisis se enfrenta a una situación en la que «el hecho mismo de

actuar como clase aparece como una coacción externa».<sup>25</sup> Esta dinámica, que podríamos llamar la trampa de la afirmación, se ha convertido en una forma social generalizada y en un marco conceptual, la irracionalidad racional de nuestro tiempo. El propio desorden de los disturbios puede entenderse como su inmediata negación.

Estas luchas, a su vez, no pueden, sino enfrentarse al capital allí donde es más vulnerable. No es necesario dotar de conciencia a esta forma latente de conflicto con el capital. Obligados a entrar en el espacio de la circulación, el disturbio se encuentra allí donde el capital ha desplazado cada vez más sus recursos. La llegada más o menos simultánea de los disturbios a las carreteras de San Luis, Los Ángeles, Nashville y a más de una docena de ciudades distintas, constituyen un veredicto tan decisivo sobre la tesis de la circulación como cabría imaginar. Resulta fácil decir que una interrupción de este tipo es en gran medida simbólica: ¿cuánto capital se encuentra en otra parte, distribuido globalmente, resistente, desmaterializado? Los cortes de carreteras de finales de noviembre de 2014 son, no obstante, un índice de la situación real en la que se desarrollará la lucha. Además, demuestran los límites de las distintas categorías de un disturbio. Son los descendientes evidentes de los disturbios premodernos contra las exportaciones. No por ello son menos hermanos del bloqueo del puerto de Oakland en 2011 y del largo bloqueo del túnel proyectado en el Valle de Susa realizado por el movimiento anti-TAV. Reconocer esto es reconocer que el disturbio es una táctica privilegiada, en la medida en que representa la categoría más amplia que conocemos como «luchas en el ámbito de la circulación»: el disturbio, el bloqueo, la ocupación y, en un horizonte lejano, la comuna.

«Estamos llegando al final de una tradición, y la nueva apenas ha surgido», escribió Thompson sobre la transición de hace dos siglos.<sup>26</sup> Incluso la prensa burguesa vislumbra esto: en 2011, la revista *Time* sacó en portada a un alborotador de Tottenham, con chándal, mascarilla y llamas detrás, bajo el titular: la decadencia y caída de Europa (Y QUIZÁ DE OCCIDENTE).<sup>27</sup> Algo ha llegado a su fin, o debería haberlo hecho; todo el mundo puede sentirlo. Estamos en una especie de interregno. Una calma miserable, iluminada por todas partes por la sensación de fracaso y las llamas que se elevan sobre el terreno planetario de la lucha. Las canciones en la radio son las mismas, horribles, sobrecogedoras. Prometen que nada ha cambiado, pero nunca cumplen sus promesas, ¿verdad? Las fisuras en la organización social que se ha mantenido durante algún tiempo se

<sup>25</sup> Théorie Communiste, «Communization in the Present Tense», en Benjamin Noys (ed.), *Communization and its Discontents: Contestation, Critique, and Contemporary Struggles*, Nueva York, Minor Compositions, 2011, p. 41.

<sup>26</sup> E. P. Thompson, «Moral Economy», *op. cit.*, p. 128 [ed. cast.: p. 124].

<sup>27</sup> *Newsweek*, 22 de agosto de 2011.

ensanchan semanalmente. Y, sin embargo, esta inquietud persistente, esta suspensión incómoda. ¿Habrá una restauración? ¿Una catástrofe mayor? ¿Qué preferimos? Esta es la melodía de la época de los disturbios.

## PRIMERA PARTE: DISTURBIO



## I ¿QUÉ ES UN DISTURBIO?

LO QUE ESTÁ EN JUEGO en la definición de disturbio no es simplemente la posibilidad de hacer distinciones históricas que sean de utilidad, sino descifrar el significado y el potencial político de los disturbios. También es problemático para la investigación. No cabe duda de que los disturbios se caracterizan a menudo por la violencia, ya sea directa, indirecta o en forma de amenazas. Las dificultades surgen cuando ambos se ponen en relación. Si, por ejemplo, se analizan registros públicos y se selecciona *violencia* y palabras relacionadas entre los términos de búsqueda, esta catalogación tendrá un impacto significativo en los resultados. Del mismo modo, la presuposición según la cual la violencia indica que se trata de un disturbio planteará instantáneamente problemas para cualquier conceptualización útil de la actividad en cuestión.

Consideremos las confusiones que proliferan una vez que se hace la combinación, en este ejemplo en el inicio del libro de Gilje, *Rioting in America* [Disturbios en América]:

Incluso en los primeros años del siglo XIX, cuando los trabajadores estaban perfeccionando sus tácticas de huelga, la coerción era necesaria para lograr la unidad y persuadir a los propietarios de la legitimidad de las reivindicaciones obreras. Esa coerción a menudo adoptaba la forma de disturbios, ya fuera alquitrinando y emplumando a un zapatero recalcitrante en Baltimore o peleándose con los esquirols en los muelles de Nueva York. A menudo se recurría a la fuerza para hacer frente a la fuerza, y los disturbios y la violencia representan los hitos de la historia obrera estadounidense desde la década de 1830 hasta el siglo XX. Antes de 1865, la mayoría de las huelgas violentas se limitaban a partir cabezas y eran asuntos locales. Después de 1865, los disturbios adquirieron una dimensión nacional. En la gran huelga ferroviaria de 1877, los trabajadores lucharon contra los militares desde Baltimore hasta San Francisco. Las dimensiones de estas guerras obreras siguieron acaparando titulares nacionales con las batallas de Homestead en 1892, Pullman en 1894, Ludlow en 1914 y Blair Mountain, Virginia Occidental, en 1921. Si a estos grandes cataclismos se añaden

innumerables escaramuzas en las ciudades, pueblos y campos, se puede constatar que una gran parte de la historia obrera estadounidense está escrita con sangre de disturbios.<sup>1</sup>

El disturbio, sorprendentemente, es un aspecto significativo de la historia de la clase obrera. Es un complemento de la huelga, su brazo armado. O tal vez el disturbio es simplemente una subcategoría, la *huelga violenta*, que a veces se eleva a la categoría de «guerra obrera», hasta llegar a la guinda final, gramaticalmente torpe, decidida a colocar las palabras «disturbios» y «sangre» lo más cerca posible.

Como suele ocurrir, incluso con las concatenaciones más arbitrarias, hay algo de verdad en ello. Resulta sugerente el eco de la expresión «escrito en letras de sangre y fuego». La famosa descripción de Marx de la acumulación primitiva insiste en la violencia de las expropiaciones que producen las condiciones para que el capitalismo sea posible. A medida que los caballeros de la industria sustituyen a los caballeros de la espada, queda claro que la apropiación del excedente por el capital, a diferencia de todos los modos de producción anteriores, está asegurada mediante el consentimiento libremente otorgado. Pero esta doble libertad del trabajo —*de* los medios de subsistencia y *para* disponer a voluntad de sus capacidades— es precisamente lo que aseguraba la violencia originaria, que no se disuelve, sino que sublima y preserva dentro de la dominación impersonal de la relación de trabajo.

No es de extrañar, pues, que la violencia aceche el lugar de trabajo. Esta es la pizca de verdad del relato de Gilje, y el momento en el que la violencia podría haberse analizado independiente de los elementos constitutivos del disturbio. A la luz de esta distinción, habría sido posible examinar el poder ideológico de esta asociación exclusiva. Esto es precisamente lo que no se ha hecho. Es propio del pensamiento burgués, preservar la justificación moral más que la práctica del antagonismo social. Así, en su lugar, nos encontramos con la notable insistencia de que la violencia es siempre y en todos los casos un signo del disturbio, incluso cuando se trata de «peleas con esquirols», lo que es obviamente absurdo. Citando «algún precedente legal», Gilje llegará, finalmente, a su definición completa de disturbio: «Cualquier grupo de doce o más personas que intentan hacer valer inmediatamente su voluntad mediante el uso de la fuerza, fuera de los límites normales de la ley».<sup>2</sup> Un disturbio, no podemos dejar de señalar, es el anverso perfecto de un jurado.

---

<sup>1</sup> Gilje, *Rioting in America*, op. cit., p. 3.

<sup>2</sup> Ibídem, p. 4.

El disturbio es siempre, aquí en este relato y en todas partes, ilegítimo, lo cual no nos sorprendería si no fuera por la afirmación inicial según la cual este ha sido empleado «para persuadir a los propietarios de la legitimidad de las demandas obreras». A partir de ahí, los problemas de categorización no hacen más que proliferar. La consecuencia de este particular relato es reducir la huelga en su totalidad a su aspecto más mínimo y ascético, la inacción que se encuentra en un paro laboral. A pesar de los largos periodos de la historia en los que incluso la huelga o la «reunión» más modesta se han considerado ilegales, y a pesar de los innumerables ejemplos de luchas formadas por piquetes y otras formas de violencia, la huelga siempre ha sido pacífica y ha permanecido dentro de la legalidad.

A través de estos escenarios contrafácticos, nos queda un modelo de huelga sumamente restringido, tanto en términos de las acciones que se podrían comprender, como de su alcance histórico y geográfico. De hecho, la huelga contemplada aquí prácticamente no existe. Tal definición tiene también el efecto contrario de ampliar y desfigurar nuestro sentido del disturbio más allá de cualquier particularidad; se encuentra en todas las épocas y lugares, dotado de una esencia transhistórica. David Halle y Kevin Rafter ofrecen una definición más convincente, aunque quizá limitada:

«[El disturbio] implica que, al menos, un grupo ataque públicamente, y sin apenas disimulo, al menos a otro grupo, o ataque o invada ilegalmente una propiedad... de modo que sugiera que las autoridades han perdido el control... que los ataques a otro grupo o propiedad alcancen un cierto umbral de intensidad».<sup>3</sup>

Podemos contrastar esto con lo que plantea William Sewell, uno de los historiadores más destacados de la acción colectiva. Aunque se inspira en Tilly, Sewell también otorga a la violencia un lugar destacado dentro de su marco de análisis de los diferentes periodos históricos, y concluye: «Todavía es posible explicar la tesis principal de Tilly de forma más económica utilizando su tipología de violencia competitiva, reactiva y proactiva».<sup>4</sup> Sewell se diferencia de Gilje al relacionar los términos huelga / disturbio con registros de violencia en lugar de forzar la superposición de ambos marcos de análisis, lo que le permite identificar el paso de una tendencia principal a otra dentro de un repertorio de acciones sujetas a transformaciones históricas. Es decir, preserva la posibilidad de la periodización como tal, algo que Gilje desecha al ocultar la mitad de la historia. Tilly escribe:

<sup>3</sup> David Halle y Kevin Rafter, «Riots in New York and Los Angeles: 1935-2002», en David Halle (ed.), *New York and Los Angeles: Politics, Society, and Culture-A Comparative View*, Chicago, University of Chicago Press, 2003, p. 347.

<sup>4</sup> William Sewell, «Collective Violence and Collective Loyalties in France: Why the French Revolution Made a Difference», *Politics and Society*, núm. 18, 1990, p. 529.

El repertorio de acciones colectivas evoluciona de dos maneras distintas: el conjunto de medios a disposición de las personas cambia en función de las transformaciones sociales, económicas y políticas, mientras que cada medio de acción individual se adapta a los nuevos intereses y oportunidades de acción. Rastrear esa doble evolución del repertorio es una tarea fundamental de la historia social.<sup>5</sup>

La descripción del disturbio como una forma cambiante de violencia social general, que evoluciona según las circunstancias, contradice la primera parte de esta afirmación y, en consecuencia, elimina cualquier oportunidad de comprender el alcance sistemático del retorno de los disturbios.

## Economía y política

El equívoco entre disturbio y violencia ha sido una herramienta esencial para la reducción política del disturbio y su exclusión de la esfera política propiamente dicha, evaluada implícitamente bajo un modelo de autoconciencia o de ausencia de ella. Esto es lo que Thompson se propuso criticar, calificándolo de «visión espasmódica» de la historia popular:

De acuerdo con esta apreciación, rara vez puede considerarse al pueblo como agente histórico con anterioridad a la Revolución francesa. Antes de este periodo, la chusma se introduce, de manera ocasional y espasmódica, en la trama histórica en épocas de disturbios sociales repentinos. Estas irrupciones son compulsivas, más que autoconscientes o autoactivadas; son simples respuestas a estímulos económicos.<sup>6</sup>

Tales conceptualizaciones se renuevan en la ciencia positivista y cuantitativa de, por ejemplo, el New England Complex Systems Institute [Instituto de Sistemas Complejos de Nueva Inglaterra]. Su estudio de 2011, centrado en los países con salarios más bajos, traza una correlación mágica en la que los autores «identifican un umbral específico del precio de los alimentos por encima del cual las protestas son probables».<sup>7</sup> Hay desviaciones más matizadas de estas suposiciones subyacentes, que articulan las subidas insostenibles de los precios de los productos básicos con cambios económicos más amplios, como los programas de reestructuración del FMI y las relaciones comerciales forzadas, que proporcionan las condiciones para precarios

<sup>5</sup> Charles Tilly, «Getting It Together in Burgundy, 1675-1975», *Theory and Society*, núm. 4 (4), 1977, p. 493.

<sup>6</sup> E. P. Thompson, «Moral Economy», *op. cit.*, p. 76 [ed. cast.: pp. 62-63].

<sup>7</sup> Marco Lagi, Karla Z. Bertrand y Yaneer Bar-Yam, «The Food Crises and Political Instability in North Africa and the Middle East», Cambridge, (MA), New England Complex Systems Institute, 10 de agosto de 2011, p. 1.

regímenes alimentarios. Al hacer hincapié en el carácter construido de la hambruna y la escasez, estos relatos asumen, no obstante, un mecanismo verdaderamente autónomo de estímulo y respuesta encadenados. La definición efectiva de disturbio aquí es condicional. Es simplemente lo que ocurre una vez que los precios de los alimentos alcanzan un cierto umbral, una versión del enfoque de los «historiadores del desarrollo» desestimado por Thompson que «elimina las complejidades de motivación, conducta y función; reduccionismo que, de advertirlo en el trabajo de sus colegas marxistas, les haría protestar».<sup>8</sup>

Este planteamiento encuentra, de forma un tanto perversa, su contrapunto en Alain Badiou. Este ofrece una visión abstracta y cualitativa del momento político. En muchos aspectos, su relato trasciende los límites de sus contemporáneos, intelectuales de izquierda que, enfrentados a los disturbios de Tottenham de 2011, sacaron pocas lecciones de ellos. En el mejor de los casos, nos dijeron, los disturbios fueron una manifestación de espontaneidad desafortunada, una denuncia que reactiva el motivo «espasmódico» del pensamiento social. Era un espectáculo desconcertante ver lo que una vez fue una teoría moderna presentada como un cliché, como si el debate entre Lenin y Luxemburg se hubiera zanjado de una vez por todas y sus conclusiones se hubieran validado para siempre, sin necesidad de ningún análisis real. En general, los análisis fueron aún menos benévolos. Los implicados en los disturbios eran engañados por la sociedad que tenían delante, impulsados por las compulsiones autodestructivas de la época, avatares del individualismo materialista momentáneamente desatado, quizá aptos para escapar de arrebatos sin sentido si se les proporcionaba un programa político. Como Slavoj Žižek preguntó quejumbrosamente desde las oficinas de la *London Review of Books*: «¿Quién conseguirá dirigir la rabia de los pobres?». Es difícil no temer que un filósofo se ofrezca voluntario para ello.

Badiou, sin embargo, tiene claro que los disturbios a los que presta atención no buscan una vanguardia que los dirija, pues solo sin ella pueden afirmar la sociedad de la cual surgen. Más bien los identifica como un elemento de periodización en medio de su propia realización:

Pero puede que, como nos están diciendo algunos pueblos y situaciones en un lenguaje revolucionario aún impreciso, este periodo esté llegando a su fin y que se esté iniciando un despertar de la Historia. Debemos, por lo tanto, recordar la Idea revolucionaria, inventando, a la luz de lo que está en camino, su nueva forma.<sup>9</sup>

<sup>8</sup> E. P. Thompson, «Moral Economy», *op. cit.*, p. 78 [ed. cast.: p. 64].

<sup>9</sup> A. Badiou, *The Rebirth of History*, *op. cit.*, p. 87 [ed. cast.: p. 117].

La Idea surge del acontecimiento del disturbio, al que dota de fuerza organizativa y validez.

En este esquema, existe una cierta alternancia entre periodos en los que «la concepción revolucionaria de la acción política ha sido lo suficientemente depurada (...) haya obtenido un apoyo masivo y disciplinado» y «un periodo de intervalo [durante el cual] la idea revolucionaria del periodo precedente (...) ha caído en el olvido».<sup>10</sup> A falta de una idea ordenadora (que a menudo aparece como Idea en mayúscula), estos últimos periodos dan lugar a la expresión del desorden en la modalidad protopolítica del disturbio. Badiou ve un «asombroso parecido» entre nuestro pasado reciente y la Restauración francesa que siguió a la derrota final del espíritu republicano: «A partir de 1830 tuvo lugar un periodo de grandes revueltas, las cuales en muchas ocasiones fueron, momentáneamente o aparentemente, victoriosas (...) Estas, efectivamente, fueron revueltas, bien inmediatas, bien históricas, que caracterizaron un periodo de intervalo».<sup>11</sup>

Lo puramente económico y lo puramente político, como era de esperar, expresan cada uno, en negativo, los límites del otro. El relato de índices del New England Complex Systems Institute no puede hacer otra cosa que prestar atención a ciertas cantidades cuando se acercan a determinados niveles y anticipar el disturbio que inevitablemente llegará después. Su método parece ser relativamente preciso, al estilo de los datos objetivos, pero difícilmente puede explicar el disturbio como fenómeno social.

El relato de Badiou, por el contrario, es admirablemente explicativo, aunque impreciso. Es decir, proporciona un contexto social reconocible para el disturbio en contraposición a otras formas de acción, afirma una periodización, y está dispuesto a aceptar el disturbio como un serio testimonio sobre la transformación histórica. No obstante, hay imprecisiones en su estudio histórico, con periodizaciones un tanto arbitrarias, deducidas a partir de conjeturas sobre deseos políticos, que apuntan a una lectura global del disturbio al que no corresponde tal división histórica. Este movimiento oscilante que identifica para Francia, con fases que abarcan décadas, presenta una periodización poco convincente: si bien puede ser exacta para su propio país, tiene poca o ninguna relación con las tendencias históricas de otros lugares. Además, cualquier disturbio de cierta importancia política (una «revuelta histórica», según su tipología) parece ser un acontecimiento prácticamente indeterminado, fuera del tiempo. El análisis cuantitativo nos da demasiada causalidad; Badiou, demasiado poca.

---

<sup>10</sup> *Ibidem*, pp. 38-39 [ed. cast.: pp. 57-58].

<sup>11</sup> *Ibidem*, p. 41 [ed. cast.: p. 60].

Estos dos enfoques se presentan ante nosotros como Escila y Caribdis, los duros escollos del economicismo vulgar y el torbellino de la abstracción política. ¿Cómo navegar entre ambos, entre el disturbio como los juegos del hambre y el disturbio como emanación de una estructura transparente de sentimiento político? Sin duda, cada uno de ellos nos enseña algo, pero no lo suficiente. El énfasis en la periodización se debe principalmente a que las transformaciones fundamentales y duraderas en el repertorio de acción colectiva demuestran que la periodización es posible, bajo formas más rigurosas que las del espasmo o la oscilación, tanto a escala nacional como transnacional. Si el disturbio mira a la periodización, esta, a su vez, devuelve la mirada al disturbio a través del orificio de la cerradura dialéctica. Es difícil, quizá imposible, establecer qué es un disturbio sin periodización; con esta, el disturbio (y también la huelga) puede entenderse como un conjunto de prácticas que se enfrentan a circunstancias concretas, con o sin un imaginario relativo a la autoconciencia reflexiva de los participantes en el que se basan tantos relatos.

Thompson basa su análisis en las prácticas. En su conclusión incluye toda una serie de ellas, como el bloqueo, la expropiación, la reventa, la amenaza y la violencia real contra comerciantes y transportistas. Es a partir de ellas, en relación con un sentido consuetudinario del coste de subsistencia, de donde deduce la práctica de la fijación de precios como actividad unificadora. Thompson ha sido criticado a su vez por el peso que concede a las costumbres y al supuesto derecho a convertir en armas las costumbres de las que se apodera la multitud. Sin embargo, el caso más determinante que expone es casi indiscutible: reconocer que la situación del disturbio no es ni una simple cuestión de hambre ni de «emoción» política (como se le llamaba antes al disturbio), sino más bien de dominio del mercado. Si este era «el punto en el que los trabajadores sentían con mayor frecuencia que estaban expuestos a la explotación, era también el lugar —especialmente en distritos rurales o en distritos fabriles dispersos— donde podían llegar a organizarse con más facilidad» y, por tanto, era «un campo de batalla de la guerra de clases en la misma medida en que llegaron a serlo la fábrica y la mina durante la revolución industrial».<sup>12</sup>

Hablar de guerra de clases conlleva cierto reduccionismo. No parece del todo apropiado, al menos en el sentido ortodoxo que ha adquirido, para el mundo protoindustrial en cuestión, ni tampoco para el presente, donde la pertenencia de clase proporciona tanto un límite como una lógica para la movilización política. De igual modo, como señalamos en la introducción, «la fijación de precios de bienes en el mercado» solo describe una parte del disturbio contemporáneo. Thompson, y no solo él, apunta hacia una salida

<sup>12</sup> E. P. Thompson, «Moral Economy», *op. cit.*, pp. 134, 120 [ed. cast.: pp. 131-132, 114].

al examinar la cuestión del disturbio. Hace una pausa en su análisis para señalar: «Las iniciadoras de los motines eran, con frecuencia, las mujeres» por la razón evidente de que eran «obviamente las más involucradas en la compra y venta cara a cara, las más sensibles a la trascendencia del precio, la más experimentadas en detectar el peso escaso o la calidad inferior».<sup>13</sup>

Es razonable que los excluidos de antemano del «patriarcado del salario»<sup>14</sup> se enfrenten con mayor intensidad a la lucha en el mercado, una vez que la agricultura de subsistencia ha sido aniquilada y la cuestión fundamental de la supervivencia se ve obligada a entrar en una esfera de intercambio cada vez más amplia. Y esto nos ofrece algo más que una lógica de circulación, la esfera del consumo y el intercambio. Engendra además una lógica de la reproducción como tal.

## El dilema de la reproducción

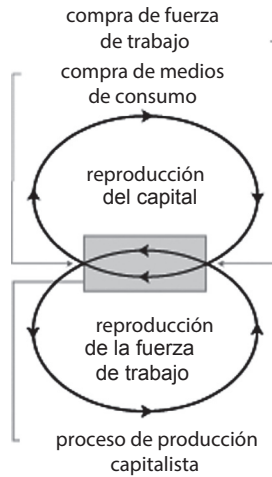
La reproducción social tiene siempre dos caras. Desde el punto de vista de los desposeídos por el capital, se trata tanto de la venta de fuerza de trabajo como de la compra de lo necesario para reproducir esa fuerza de trabajo. Desde el punto de vista del propio capital, consiste en la valorización de las mercancías en la producción y la realización de ese valor en el intercambio. Son las mismas actividades, evidentemente, vistas desde posiciones diferentes. La ilustración más clara del doble carácter de la reproducción, de su unidad contradictoria, es el llamado *doble moulinet* o, en alemán, *zwickmühle*, palabra que en inglés se traduce como *dilemma*. En la narración tradicional de este dilema, tenemos una historia del trabajo: de la fuerza de trabajo reconstituida y revendida por un salario, y del trabajo reproductivo infinitamente apropiado para este proceso, más comúnmente como «trabajo de las mujeres» no remunerado. Lo que Thompson vislumbra es que este trabajo reproductivo no solo tiene lugar en el hogar —en la cocina, el dormitorio, la habitación de los niños— sino también, en el periodo que estudia, la reproducción transita a través del mercado. Cuando el mercado parece proporcionar el principal escenario para la reproducción, las luchas por la reproducción se situarán inevitablemente allí. Al mismo tiempo, no podemos evitar percatarnos de que esta situación no se aplica a todos los sujetos por igual. Aquellos que son los últimos en entrar y los primeros en salir del salario, los que nunca han sido incluidos, los que en el mejor de los casos logran un acceso

<sup>13</sup> Ibídem, pp. 115, 116 [ed. cast.: pp. 109, 110].

<sup>14</sup> Silvia Federici, *Caliban and the Witch: Women, the Body and Primitive Accumulation*, Nueva York, Autonomedia, 2004, pp. 68, 97-100 [ed. cast.: *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación primitiva*, trad. por Verónica Hendel y Leopoldo Sebastián Touza, Madrid, Traficantes de Sueños, 2024, pp. 104; 154-157].

secundario, estarán a la cabeza de los que se encuentran luchando por la reproducción más allá del salario. En este reparto de los participantes, encontramos otra forma de ver la coyuntura de las épocas caracterizadas como *disturbio* y *disturbio ampliado*.

Figura 2: *Double moulinet*



En la Introducción, establecimos una definición tripartita de la *huelga* como la forma de acción colectiva que lucha por fijar el precio de la fuerza de trabajo, está unificada por la identidad de los trabajadores y se desarrolla en el contexto de la producción; el *disturbio* lucha por fijar los precios en el mercado, está unido por la desposesión común y se desarrolla en el contexto del consumo. La huelga y el disturbio se distinguen además como tácticas principales dentro de las categorías genéricas de las luchas por la producción y la circulación. Ahora podemos reformular y elaborar estas tácticas como un conjunto de prácticas utilizadas por las personas cuando su reproducción se ve amenazada. La huelga y el disturbio son luchas prácticas por la reproducción dentro de la producción y la circulación, respectivamente. Sus puntos fuertes son también sus puntos débiles. Hacen un uso estructurado e improvisado del terreno, pero es un terreno que no han creado ni elegido. El disturbio es una lucha en la circulación porque tanto el capital como los desposeídos se han visto empujados a buscar la reproducción allí.

Si esto parece un lenguaje algo técnico para una experiencia cargada de sensibilidad –un dramático antagonismo social cargado de peligro y furia, desesperación y un cierto placer relacional– es solo en respuesta a las descalificaciones que ya hemos visto sobre el disturbio, al introducir un razonamiento que, de entrada, no hubiera sido necesario esgrimir. El

disturbio, que comprende prácticas que se oponen a las amenazas a la reproducción social, no puede sino ser político. Esto no quiere decir que la contradicción de la reproducción pueda resolverse dentro de la circulación, como tampoco puede hacerlo solamente en la producción. De hecho, es la existencia de estas dos esferas, en su unidad y contradicción, lo que garantiza la existencia y da forma a las luchas por la reproducción. Si las grandes expansiones de la Revolución industrial proporcionan los excedentes para el desarrollo de los aparatos militares y policiales modernos, también proporcionan excedentes que pueden utilizarse para comprar la paz social. A medida que estos excedentes se diluyen y una parte cada vez mayor de la población se convierte a su vez en excedente de la economía, el Estado recurre cada vez más a la coerción como forma de gestión: el salario social del compromiso keynesiano deja paso a la ocupación policial de las comunidades excluidas.

La policía y el disturbio se presuponen mutuamente. El disturbio llega a conocerse a sí mismo a través de esta imbricación. Caminando por Hackney durante los disturbios de 2011, entre escenas de angustia y excitación, entre contenedores de basura ardiendo y los escombros de los saqueos, algunos analistas llegaron a la conclusión de que «aquí se estaba librando una lucha coherente (...) insistir en el respeto por parte de la policía, forzar el reconocimiento de un sujeto donde la cotidianidad solo ve a alguien *abjecto*».<sup>15</sup> El pasaje señala el disturbio como una relación necesaria con la estructura actual del Estado y el capital, librada por los abyectos, por los excluidos de la productividad. Pero también señala la dependencia del disturbio de su antagonista. En ese momento, la policía aparece como necesidad y como límite.

Este es el elemento dialéctico, el dilema entre necesidad y límites. El mercado, la policía, la circulación. No son situaciones en las que sea posible una superación final; son situaciones en las que las luchas comienzan y florecen, desesperadamente.

---

<sup>15</sup> «A Rising Tide Lifts all Boats» en *Endnotes*, núm. 3, 2011, p. 102 [ed. cast.: «La pleamar eleva todos los barcos», en *Endnotes*, núm. 3, Madrid, Ediciones Extáticas, 2023, p. 130].

## II LA EDAD DE ORO DEL DISTURBIO

ENTRE LOS MUCHOS LUGARES donde podría empezar la historia, cada uno de ellos marcado por la imposibilidad de llegar a un verdadero comienzo, podríamos mirar a Bristol y a King's Lynn en 1347. Por supuesto, es demasiado pronto. Estos acontecimientos son valores atípicos en el diagrama de dispersión de los acontecimientos que han logrado su lugar en las crónicas. En el mejor de los casos, son precursores. Tal vez sea mejor empezar por el siglo XVI, donde «los disturbios de subsistencia no se ceñían a una vieja tradición: los primeros eran como pequeños mamíferos peludos eclipsados por los grandes y estruendosos dinosaurios de las rebeliones campesinas, al igual que las dinásticas batallas contra los cercamientos de tierras comunales».<sup>1</sup> O por el siglo XVIII de Thompson, *locus classicus* indiscutible. Tilly, en su versión más amplia, propone el periodo 1650-1850. John Bohstedt ve un lapso de tres siglos en el que «nuestro tercer siglo, desde la década de 1740 hasta cerca de 1820, fue la edad de oro de los disturbios de subsistencia».<sup>2</sup> Thompson señala que a menudo estos se identificaban como «insurrecciones» o «levantamientos de pobres». Otros, siguiendo a Thompson, advierten contra la imposición de distinciones demasiado rígidas entre los distintos tipos de disturbios, abogando por un enfoque «que se aleje de una compartimentación de la protesta. Aunque la división de la protesta en diferentes “tipos” —por alimentos, laborales, políticos, consuetudinarias, etc.— puede resultar más ordenada, desdibuja nuestra comprensión de los vínculos que se establecen en su conjunto».<sup>3</sup>

---

<sup>1</sup> John Bohstedt, *The Politics of Provisions: Food Riots, Moral Economy, and Market Transition in England, c. 1550-1850*, Surrey, Ashgate, 2013, p. 27.

<sup>2</sup> John Bohstedt, «The Pragmatic Economy, the Politics of Provisions and the “Invention” of the Food Riot Tradition in 1740», en Adrian Randall y Charles Molesworth (eds.), *Moral Economy and Popular Protest: Crowds, Conflicts and Authority*, Nueva York, St. Martin's Press, 2000, pp. 57-59.

<sup>3</sup> Adrian Randall y Charles Molesworth, «The Moral Economy: Riots, Markets, and Social Conflict», en *Moral Economy and Popular Protest: Crowds, Conflicts and Authority*, *op. cit.*, p. 12.

Este vínculo es en sí mismo una relación: el intercambio como síntesis social. Marx observa que «la categoría económica más simple, como por ejemplo, el valor de cambio, supone la población, una población que produce en determinadas condiciones». En este sentido «se podría considerar este momento espacial –transportar el producto al mercado...– como transformación del producto *en mercancía*. La *mercancía* no es tal sino cuando está en el mercado».<sup>4</sup>

El auge de los mercados en sentido abstracto es inevitablemente desigual en el espacio y en el tiempo, siendo a menudo difícil de percibir. No obstante, el disturbio de subsistencia va de la mano del desarrollo del mercado hasta convertirse en la forma paradigmática de conflicto social. «A medida que una masa creciente de trabajadores dependía de los mercados para alimentarse, Inglaterra se volvía cada vez más vulnerable a las malas cosechas y a los disturbios por comida», señala Bohstedt.<sup>5</sup> Tilly dice sobre Francia: «Hemos observado un aumento sostenido del disturbio de subsistencia a finales del siglo XVII, al mismo tiempo que aumentaba la presión sobre las comunidades para que cedieran a las exigencias del mercado nacional sus reservas locales de grano».<sup>6</sup> Richard Price, retomando el marco de Thompson, dice: «Los disturbios por la fijación de precios y las luchas por el uso racionalizado de la tierra fueron formas características de esta confrontación entre las innovaciones en las fuerzas del mercado y la afirmación de una “economía moral” de obligaciones y responsabilidades recíprocas».<sup>7</sup>

La cuestión de una «economía moral» se apoya en gran medida en el significado de la autoconcepción de sus antagonistas. En este sentido, es representativa de gran parte del pensamiento sobre el disturbio: un dispositivo explicativo basado en la intención y la *proporción* como baluarte contra los análisis despolitizadores, que contrapone la autorreflexividad al mero reflejo. Este es Thompson en su faceta más justificativa, aunque la justificación no sea necesariamente el problema. Un historiador contrapone una «economía pragmática», argumentando que: «Si los disturbios por comida y las creencias paternalistas o de economía moral estuvieran tan arraigadas en la defensa de la tradición, como dice Thompson, esas tradiciones y creencias deberían haberse manifestado en las primeras oleadas nacionales de disturbios de 1740, 1756, 1757 y 1766».<sup>8</sup> Sin embargo, «a estas alturas estará claro que los alborotadores de 1740 estaban más interesados en apropiarse de comida que en regular los mercados».<sup>9</sup>

<sup>4</sup> Marx, *Grundrisse*, *op. cit.*, pp. 101, 534 [ed. cast.: Vol. 1, p. 22 ; Vol. 2, p. 25].

<sup>5</sup> Bohstedt, «Pragmatic Economy», *op. cit.*, p. 57.

<sup>6</sup> Tilly, «Burgundy», *op. cit.*, p. 503.

<sup>7</sup> Richard Price, *Labour in British Society: An Interpretive History*, Londres, Croom Helm, 1968, p. 29.

<sup>8</sup> Bohstedt, «Pragmatic Economy», *op. cit.*, p. 75.

<sup>9</sup> *Ibidem*, p. 67.

La oposición entre incautación de alimentos y regulación de los mercados solo existe en el terreno de la ideología. Como ambas partes parecen pasar por alto, el sentido moral de la multitud (si es que tal cosa existe) es un instrumento de las necesidades pragmáticas, no su contravención. La causa del acontecimiento está en otra parte, en la transformación social. Una vez que el mercado se generaliza y el intercambio se convierte, en términos de Alfred Sohn-Rethel, en una «segunda naturaleza puramente social» adyacente a la primera, la del uso —una vez que la propia reproducción se ve rodeada—; el precio no puede sino convertirse en el lugar del antagonismo inmediato.

Pero no debemos confiar demasiado en la magia del «precio». Insistir en esta distinción es descuidar que el cero de la incautación también es un precio; está relacionado con los fondos totales disponibles para satisfacer las necesidades básicas. En el contexto del mercado, la expropiación directa se encuentra en el mismo continuo de lucha redistributiva por la supervivencia que la exigencia de un menor coste del grano. El propio Tilly se refiere a Inglaterra, Francia y, lo que sería después, Estados Unidos:

En el periodo comprendido entre 1650 y 1850, la mayoría de las veces la gente impedía que el grano saliera de la ciudad, confiscando el cargamento o forzando la entrada de alimentos locales en el mercado a un precio inferior al que quería el propietario. Las autoridades llamaron a estas acciones disturbio de subsistencia, pero en realidad se trataba de gente corriente que hacía casi exactamente lo que las propias autoridades solían hacer en épocas de escasez: prohibir que el grano saliera de la ciudad, requisar los suministros locales y regular los precios.<sup>10</sup>

Confiscar comida *es* regular el mercado, del mismo modo que exportar comida en medio de la escasez es regular el mercado.

## El mercado mundial

Por eso empezamos en los muelles. En 1347, se producen dos disturbios notables en Inglaterra, en los puertos de la Liga Hanseática de Bristol y King's Lynn:

Una vez a bordo, la multitud, asumiendo el poder real, descargó los barcos «contra la voluntad de sus propietarios» y puso el grano a la venta «a su propio precio». Los manifestantes también incautaron y vendieron otros cargamentos de maíz que se traían a Lynn para ser comercializados y luego «bajo su autoridad» condenaron a los propietarios o transportistas a la picota, «sin proceso legal». Por último, se

---

<sup>10</sup> Tilly, «Speaking Your Mind», *op. cit.*, p. 470.

acusó a la multitud de arrestar al alcalde y a otros habitantes y de emitir proclamas casi reales.<sup>11</sup>

Esta asunción carnavalesca del poder persigue al disturbio; más de cuatro siglos después, los disturbios de Gordon dejarán grabado en el muro destruido de la prisión de Newgate: «Su Majestad, el Rey Mob».<sup>12</sup> A partir de cierto punto, no resulta fácil distinguir entre el poder de los precios y la soberanía. Sin embargo, hay otro hecho distintivo que resulta muy revelador aquí: en el puerto de Bristol, los barcos se dirigen a Gascuña, mientras que los que salen de King's Lynn van a Burdeos. El mercado mundial está en formación, un proyecto de mercantes, militares y banqueros. Los acontecimientos de Bristol y King's Lynn se producen poco después de que Inglaterra deje de pagar los cuantiosos préstamos de Florencia con los que financió la invasión de Francia; Gascuña y Burdeos son bisagras de la guerra de los Cien Años. La red comercial del Mediterráneo propaga esta volatilidad, la «gran depresión» de la década de 1340 (en la que se produjo el primer colapso bancario, que lleva a la quiebra a las grandes casas de Bardi y Peruzzi). Los disturbios de las exportaciones de 1347 solo desempeñaron un papel menor en el emergente sistema-mundo.<sup>13</sup> No obstante, se entretejen en el tapiz, tanto en la trama como en la urdimbre.

El puerto, el *entrepôt* [la bodega], incluso a escala limitada (¿qué es King's Lynn comparada con Venecia durante la Alta Edad Media o con Ámsterdam durante el siglo XVII?), es lo más parecido que tenemos a la intersección teórica entre producción y circulación en el mundo organizado. Si bien es el ajetreo del mercado local en sentido amplio, también es la síntesis de la producción y la circulación de todas las abstracciones del espacio mundial, los acuerdos comerciales, los portulanos, la ley del almirantazgo. Es el paisaje construido donde se pone de manifiesto la relación entre lo local y lo global. Fuera del puerto, es difícil conciliar las dos cosas si no se ha viajado mucho: el quehacer cívico cotidiano del ágora y la excelencia teórica del comercio oceánico. Es la distancia entre el libro de contabilidad y la ficción de aventuras. Franco Moretti observa:

<sup>11</sup> Buchanan Sharp, «The Food Riots of 1347 and the Medieval Moral Economy», *Moral Economy and Popular Protest*, op. cit., p. 35.

<sup>12</sup> *Mob* en inglés significa multitud, muchedumbre, turba [N. de la T.]

<sup>13</sup> Conviene señalar aquí que «sistema-mundo» no pretende designar la totalidad del globo y luego tratar a Europa Occidental como si pudiera desempeñar ese papel en el análisis, como tan a menudo ocurre en la imaginación occidental. Como aclara Immanuel Wallerstein: «La colocación de dicho guion intentaba señalar que se estaba haciendo referencia no a sistemas, economías o imperios de (todo) el mundo, sino sobre sistemas, economías e imperios que son un mundo (pero posiblemente y de hecho, usualmente, sin ocupar la totalidad del globo)». Immanuel Wallerstein, *World-Systems Analysis: An Introduction*, Durham, Duke University Press, 2004, pp. 16-17 [ed. cast.: *Análisis del sistema-mundo. Una introducción*, trad. por Carlos Daniel Schroeder, Madrid, Siglo XXI, 2005, p. 32].

Las aventuras alargan las novelas porque les dan más amplitud; son las grandes exploradoras del mundo de ficción: campos de batalla, océanos, castillos, cloacas, praderas, islas, suburbios, selvas, galaxias... Margaret Cohen, de quien he aprendido mucho a este respecto, lo considera un tropo de la expansión: capitalismo a la ofensiva, planetario, cruzando los océanos. Pienso que tiene razón, y sólo añadiría que la razón por la que la aventura funciona tan bien dentro de este contexto es que es muy buena imaginando la guerra.<sup>14</sup>

Desde este punto de vista, el logro de *Robinson Crusoe* es sintetizar el libro de contabilidad y la aventura, descubrir entre las verdades que ofrecerá la modernidad la unidad de ambas. Como dice Marx, «así el cambio privado genera el comercio mundial, la independencia privada una dependencia completa con respecto al llamado mercado mundial».<sup>15</sup> El aforismo de Walter Raleigh precede a esto: «Todo comercio es comercio mundial; todo comercio mundial es comercio marítimo». Una dialéctica del puesto mercantil y del mercado mundial, la imbricación de los fenómenos más locales y los más lejanos. Y paralelamente, la dialéctica del disturbio y de la guerra, King's Lynn y Calais, cada uno en un extremo de la misma madeja.

Retomando un tema anterior, poco importa que los alborotadores tengan en mente mercados mundiales, conflictos lejanos, y la cada vez más tupida red del espacio global. La práctica que abordan surge de estos mercados y participa de ellos, a pesar de todo. Los participantes no pueden dejar de contemplar estas cosas, que acechan en todos los horizontes. Thompson, al hablar de la planificación y de la paciencia pasadas por alto del disturbio en los mercados en toda su particularidad local, se siente atraído por el magnetismo de la exportación:

Por otra parte, requerían mas preparación y organización de lo que parece a primera vista; a veces, la «muchedumbre» controlaba el mercado durante varios días, a la espera de que bajaran los precios; a veces, las acciones eran precedidas por octavillas escritas a mano, incluso impresas, en la década de 1790. A veces, las mujeres controlaban la plaza del mercado, mientras partidas de hombres interceptaban grano en las carreteras, en los muelles y en los ríos; muy a menudo, la señal para la acción la daba un hombre o una mujer que llevaba una hogaza de pan en alto, decorada con cinta negra y con alguna consigna escrita.<sup>16</sup>

<sup>14</sup> Franco Moretti, «The Novel: History and Theory», *New Left Review*, núm. 52, julio y agosto de 2008, pp. 115, 124 [ed. cast: «La novela: historia y teoría», *New Left Review*, núm. 52, septiembre y octubre de 2008, pp. 104, 112].

<sup>15</sup> Marx, *Grundrisse*, op. cit., p. 159 [ed. cast.: Vol. 1, pp. 86, 87].

<sup>16</sup> E. P. Thompson, *The Making of the English Working Class*, Vintage Books, 1966, p. 65 [ed. cast.: *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Madrid, Capitán Swing, 2012, p. 88]. Continúa con una nota a pie de página de J. F. Sutton, *The Date-Book of Nottingham*,

Aquí, el sentido común de la historia de los disturbios se convierte en una narración, en la que los disturbios contra la exportación son una especie de digresión, una historia secundaria. Por último, es de suma importancia comprender que, para trazar el largo arco histórico del disturbio, estamos invirtiendo las cosas. Consideremos el siglo de las oleadas de disturbios nacionales. En 1740, la gran mayoría eran «acciones de la multitud para interrumpir el transporte de alimentos». Se agrupaban en torno a la costa y las vías fluviales: las desembocaduras del Támesis y del Severn, King's Lynn, a lo largo del Ouse e incluso del Union Canal. En los más generalizados disturbios de 1756-1757, se observa un aumento tanto de la fijación explícita de precios como de los ataques a los comerciantes, pero siguen inclinándose hacia el transporte; se agrupan de nuevo en torno a las vías fluviales y hacia las Midlands. Alrededor de 1795, el «año de culminación» del disturbio para Thompson, provocados por la hambruna y canalizados por el jacobinismo, encontramos disturbios en todo el sur de Northumberland; la fijación de precios se equipara al transporte. No había escasez de ninguno de los dos. Hacia 1800-1801, los disturbios no cesaron, extendiéndose por las Midlands y abarcando la costa sur en un último clímax antes de que el disturbio empezara a decaer en Inglaterra.<sup>17</sup> Y no solo en Inglaterra; el recorrido es muy parecido en las colonias norteamericanas, donde los alborotadores ejemplares de 1709 a 1713 atacaron barcos, en una ocasión rompiendo un timón contra la salida de un cargamento de trigo; estos acontecimientos están íntimamente ligados al emergente comercio de las Indias Occidentales.

La pauta está perfectamente clara. El disturbio contra la exportación, la intervención física en el transporte, no es ni una divergencia ni una improvisación dentro de la trayectoria del disturbio, sino más bien su origen. Estuvo ahí desde el principio, como una invención de los mercados nacionales e internacionales emergentes, como la financiación de las arcas nacionales, como la mercantilización de la agricultura y la correspondiente destrucción de la autosuficiencia comunal. Desde sus inicios, el disturbio ha sido la quintaesencia de la lucha en torno a la circulación. Incluso las sediciones más discretas y rústicas formaban parte de este contexto en expansión. Después de 1521, comenzó una expansión aún más dramática y sangrienta, la catástrofe de la colonización, la esclavitud, las rutas de las especias, lo que algunos historiadores llamarán «la primera globalización», la era mercantilista que integra la economía mundial en el lapso comprendido entre los viajes de Colón y Da Gama en un extremo y la Revolución

---

Nottingham, 1880, p. 286: «en septiembre de 1812, en Nottingham empezó una acción con varias mujeres que clavaron una hogaza de medio penique en el extremo de una caña, después de haberla listado con almagre y haberla atado una tira de crespón negro, emblemática (...) del “hambre devastadora ataviada con el hábito de la penitencia”». La bandera roja y negra es, ante todo, la bandera del pan.

<sup>17</sup> Andrew Charlesworth (ed.), *An Atlas of Rural Protest in Britain, 1548-1900*, Londres, Croom Helm, 1983, pp. 81, 84, 98, 102.

Industrial en el otro. Que esta era mercantilista coincidiera más o menos con la primera era de los disturbios no es una correlación reveladora, sino la base histórica y teórica de los disturbios.

## Disturbio y lucha de clases

En el primer florecimiento del disturbio está la semilla de su declive. Inglaterra centra la primera parte de este estudio no porque sea el primer país en el que se produjo un disturbio, sino porque fue testigo de la primera transición, *disturbio-huelga*. La lógica del disturbio es la que más contrasta. El próximo capítulo está dedicado a esta transición. Sin embargo, la dinámica subyacente de esa transición ya estaba emergiendo durante la edad de oro del disturbio. En un movimiento tanto de autorregulación como de autopropulsión con el que deberíamos estar familiarizados, esta emergencia es tanto la condición para esta edad de oro como lo que la llevará a su fin.

El desarrollo del mercado coincidió con el aumento de la presión demográfica desde finales del siglo XV en toda Europa, así como una subida simultánea del precio del grano. En estas condiciones, según el convincente relato de Brenner sobre el surgimiento del capitalismo en Inglaterra, «nos encontramos con que los señores consolidan sus tenencias y las arrendaron a grandes arrendatarios capitalistas, que a su vez las cultivaban sobre la base de trabajo asalariado y de inversiones agrícolas».<sup>18</sup> En Francia, este proceso se ve atenuado por la tendencia del Estado a proteger la propiedad campesina. El resultado fueron dos vías de desarrollo diferentes, que Ellen Meiksins Wood expuso muy bien:

La dinámica de un crecimiento autosuficiente, y la constante necesidad de mejorar la productividad del trabajo, presupuso una transformación de las relaciones de producción para precisamente generar la necesidad de esa mejora sencillamente con el fin de permitir la reproducción de los principales actores económicos: los señores y los campesinos. Las divergencias entre Inglaterra y Francia, por ejemplo, poco tuvieron que ver en un principio con cualquier tipo de diferencias en sus respectivas capacidades técnicas. Ambos países más bien se distinguían por la naturaleza de las relaciones entre señores y campesinos: uno de los casos exigía mejoras de la productividad del trabajo y el otro no, e incluso en cierto modo impedía el desarrollo de las fuerzas productivas.<sup>19</sup>

<sup>18</sup> Robert Brenner, «Agrarian Class Structure and Economic Development in Pre-Industrial Europe», *Past and Present*, núm. 70, febrero de 1976, p. 61 [ed. cast: «Estructura de clases agraria y desarrollo económico en la Europa preindustrial», *El debate Brenner*, trad. por Isabel Molll y Pualino Iradiel, Barcelona, Crítica, 1988, pp. 62, 63].

<sup>19</sup> Ellen Meiksins Wood, *The Origin of Capitalism: A Longer View*, Londres, Verso, 2002, pp. 66-67 [ed. cast.: *El origen del capitalismo. Una mirada a largo plazo*, trad. por Olga Abásolo Pozas, Madrid, Siglo XXI, 2021, p. 76].

La producción agrícola a pequeña escala podía intensificarse, y a menudo se hacía. Sin embargo, se dio de forma general mediante el aumento de la mano de obra. No se trataba en absoluto de escapar a la trampa malthusiana y, como señala Brenner, se basaba en una mayor producción de grano:

El desarrollo económico inglés, por tanto, dependió casi totalmente de la relación simbiótica entre la agricultura y la industria. En realidad fue, en última instancia, una revolución agrícola basada en el surgimiento de relaciones de clase capitalista en el campo, que permitió a Inglaterra convertirse en el primer país que experimentó la industrialización.<sup>20</sup>

Caminos diferentes conducen a luchas diferentes:

En Inglaterra, las revueltas campesinas iban dirigidas contra los señores en una lucha inútil para defender la propiedad campesina, que se iba desintegrando frente a una creciente usurpación capitalista. En Francia, el objetivo de la revuelta campesina era el abrumador sistema impositivo del Estado absolutista.<sup>21</sup>

Brenner se refiere aquí a levantamientos campesinos como la rebelión de Kett en 1549, el más importante de los disturbios del periodo contra los cercamientos comunales. Como hemos dicho, la cuestión de la subsistencia estaba vinculada con los disturbios por comida, pero el vínculo es lejano. Podríamos puntualizar esto sugiriendo que el levantamiento campesino es un pariente lejano de lo que en última instancia reconocemos como disturbio, un enfrentamiento feudal contra la reestructuración que lentamente pierde su fuerza a medida que su mundo desaparece. El disturbio sobrevive mientras que su pariente cercano ha pasado a la historia. Pero durante algún tiempo se desarrollan paralelamente.

Era de esperar. El mercado, el mundo del intercambio y el consumo, tienen una larga historia. Esto es lo que llevó a Fernand Braudel a afirmar que la economía tiene tres capas. La vida cotidiana constituye el estrato inferior sobre el que se sitúa el mercado; «al lado o mejor encima de este mantel, la zona del contra-mercado es el reino de la confusión y del derecho del más fuerte».<sup>22</sup> Sin embargo, lo que pasa por alto es el modo en que el capitalismo no es simplemente un estrato añadido, sino también una relación social que transforma el contenido del mercado que tiene ante

<sup>20</sup> Brenner, «Agrarian Class Structure», *op. cit.*, p. 68 [ed. cast.: p. 72].

<sup>21</sup> *Ibidem*, p. 70 [ed. cast.: p. 75].

<sup>22</sup> Fernand Braudel, *The Wheels of Commerce: Civilization and Capitalism, Fifteenth–Eighteenth Century*, Vol. 2, Berkeley, University of California Press, 1982, p. 230; [ed. cast.: *Los juegos del intercambio. Civilización material, economía y capitalismo, siglos XV–XVIII*, Vol. 2, trad. por Vecente Bordoy Hueso, Madrid, Alianza Editorial, 1984, p. 191].

sí, al tiempo que inicialmente preserva su forma (y hace cada vez más lo mismo con la vida cotidiana). Aquí será donde se realice el valor, tras la fórmula *comprar barato, vender caro*. El capitalismo es la interiorización del comercio, no al revés: un capitalismo ante todo mercantil, circulatorio. Y el periodo en que este proceso de interiorización está en plena ebullición —después de que comience la revolución agrícola, antes de que se consolide la Revolución Industrial— será la edad de oro del disturbio.



### III

## EL VAIVÉN, O DEL DISTURBIO A LA HUELGA

ES CIERTAMENTE IMPOSIBLE DETERMINAR el momento exacto a partir del cual la huelga reemplaza al disturbio. Cualquier afirmación de este tipo pecaría de una excesiva confianza en la claridad y precisión con que se desarrollan, se bifurcan y se transforman las formas de lucha. Peor aún, sería sugerir que una desaparece para ser sustituida por la otra. Una vez adoptadas, las tácticas, más o menos cercanas, están siempre a mano.

Asimismo, al buscar una transición, nos enfrentamos a una dificultad: el paso del disturbio a la huelga es inmanente a un cambio más profundo y complejo en la estructura del capital en plena expansión. La huelga surge del disturbio, se pasa de un modo centrado en la obtención de beneficios en el mercado a otro centrado en la extracción de plusvalor. La huelga surge en el nuevo mundo de la producción capitalista, como debe ser, desde la esfera de la circulación y aunque todavía no está completamente formada, emerge desde el mar dejando tras de sí un rastro de espuma. Los marineros británicos, estadounidenses y franceses se encontraban constantemente entre los trabajadores más combativos del siglo XVIII, rivalizando con los zapateros (los oficios que figuran con más frecuencia entre los cabecillas de los disturbios políticos desde el siglo XVII hasta la Comuna de París). La palabra inglesa *strike* [huelga] parece datar de 1768, cuando los marineros se unieron a «los artesanos y obreros de la ciudad –tejedores, sombrereros, aserradores, afiladores de vidrio y carboneros– en la lucha por mejores salarios, [y] arriaron [*strike* en inglés] sus velas, paralizando el comercio de la ciudad. “Destruían o impedían la navegación de todos los barcos en el Támesis”». <sup>1</sup>

El origen del término francés, *grève*, es aún más revelador: una etimología de dimensión épica, que comienza en la orilla de un río y termina unos siglos más tarde en el Hôtel de Ville [ayuntamiento] a unos ochenta pasos de distancia. Es una palabra antigua. En origen, se trataba de una zona

---

<sup>1</sup> Greg Grandin, *The Empire of Necessity: Slavery, Freedom, and Deception in the New World*, Nueva York, Metropolitan Books, 2014, núm. 146. La cita de autoría desconocida es de *The Economic Review*, Vol. 5, Londres, Rivington, Percival & Co., 1895, p. 216.

plana de arena y grava junto al agua, un varadero y, en consecuencia, un lugar donde los barcos descargaban la mercancía. La *grève* más funcional del Sena se convirtió, así, en el puerto principal de París.<sup>2</sup>

Una vez que la ciudad se expandió desde la isla fluvial, se situó en el margen derecho. En la época de la Alta Edad Media, el espacio abierto junto a la orilla constituyó el mercado central de la ciudad, previo a la llegada de los comerciantes a Les Halles. Allí se reunían los obreros sin oficio en busca de trabajo, cargando y descargando madera y trigo, barriles de vino y fardos de heno: la Place de Grève. El nombre duraría más de quinientos años. En 1802, la plaza pasó a llamarse Place de l'Hôtel de Ville, por su edificio principal, sede oficial municipal, lugar del golpe termidoriano y, durante un breve periodo, de la Comuna. Las primeras fotografías muestran que los comuneros levantaron allí barricadas en parte con grandes barriles de vino. Una poesía medieval. Allí donde estuvo el mercado, estará la comuna.

Pero nos estamos adelantando. Nos encontramos una vez más en el puerto, el lugar que proporciona las principales coordenadas de esta primera sección, la edad de oro del disturbio. Es inevitable, porque es práctica y lógicamente necesario, que el puerto y el mercado sean el lugar de nacimiento de la huelga. Es igualmente inevitable, por tanto, que volvamos al puerto más adelante en este libro, cuando se produzca el vaivén de la huelga al disturbio ya que este supone una enorme reserva de mano de obra no utilizada en el corazón de la maquinaria del mercado. Un lugar de miseria y oportunidades. Quizá no sea de extrañar que la Place de Grève también albergara una guillotina; el diccionario de 1835 asocia la palabra *grève* a ejecuciones. Sin embargo, aún no se mencionan las acciones de carácter obrero.

Pero el cambio ya está en marcha. El auge del capital perfecciona no pocas frases. Chateaubriand, ultraderechista y acuñador empedernido de términos, utiliza *gréviste* en 1821; por el momento, no significa del todo un huelguista, sino más bien alguien que se opone a los monárquicos. Su olfato para la política es tan agudo como siempre. A medida que los cuerpos se agolpan en la *Place*, aquellos que se convertirán en el primer ejército de

---

<sup>2</sup> Eric Hobsbawm plantea una cuestión fascinante en *The Age of Revolution: Europe 1789-1848*, Londres, Abacus, 2007, p. 265, nota 31. Escribe: «La huelga es una consecuencia tan espontánea y lógica de la existencia de la clase trabajadora que la mayor parte de los idiomas europeos tienen palabras propias casi independientes para designarla (*grève*, *strike*, *sciopero*, *zabastovka*), mientras las que designan otras instituciones son a menudo prestadas» [ed. cast.: *La era de la revolución. 1789-1848*, trad. por Felipe Ximénez de Sandoval, Barcelona, Crítica, 2011, p. 216]. Sin embargo, esta afirmación es engañosa en algunos aspectos que se analizarán en el capítulo siguiente, sobre todo por la forma en que declara la autonomía de la huelga de una tradición más antigua, como si hubiera surgido de forma autóctona de la nueva distribución proletaria.

las Jornadas de Junio, la expresión «*être en grève*» vendrá a significar «buscar trabajo». En 1848, tras un colapso económico en toda Europa, «*mettre un patron en grève*» significaba «negarse a trabajar para un patrón». El sentido moderno y la huelga moderna están aquí. La transición se ha completado.

Francia llegó algo más tarde que Inglaterra o Estados Unidos por las razones ya expuestas. Los años que van de 1848 a 1851 fueron el punto de inflexión, a pesar del carácter rocambolesco. La industrialización remodelaría profundamente toda la sociedad francesa. Antes de este pasaje, hubo muchos interrogantes, como en muchos otros lugares. En 1830, «un disturbio protagonizado por obreros textiles tuvo lugar en Roubaix; reclamaban un aumento salarial». El fiscal de Douai informó: «Rompieron los escaparates de las principales tiendas, donde acudieron en masa para pedir por escrito los acuerdos sobre el aumento». Roubaix había sido un centro textil desde finales de la Edad Media, con una organización obrera bien desarrollada. Shorter y Tilly consideran con razón (aunque de forma ambigua) que se trata de un preludio de la huelga en Francia, señalando que «a veces los obreros de una tienda abandonaban el trabajo durante un tiempo, y a veces intentaban conseguir paros en otros talleres del mismo sector», pero lo más habitual era que «el núcleo de su acción fuera una demostración de fuerza unida a la introducción de reivindicaciones colectivas sobre las condiciones de trabajo en un determinado conjunto de talleres. La legislación de la época prohibía casi cualquier tipo de acción colectiva por parte de los trabajadores».<sup>3</sup>

El fiscal carecía claramente del lenguaje para calificar lo que sucedía. Desconocía la sustancia misma del sistema social en el que estaba inmerso: la entrada en escena de la clase obrera. Estaba atascado en la forma. Se trataba, al fin y al cabo, de una muchedumbre enfurecida, aunque fueran trabajadores que se movilizaban como tales, exigiendo mejoras salariales en su lugar de trabajo. La consecuencia de este formalismo es manifiesta. «El disturbio, según el informe de mi adjunto, no parece tener connotaciones políticas», concluye nuestro cronista. Podríamos sospechar que se refería a que los acontecimientos no estaban directamente relacionados con la Revolución de Julio, acaecida dos semanas antes. Al mismo tiempo, reconocemos un sentido común en vías de convertirse en prestidigitación. Esta confusión, este peculiar hábito de nombrar, produce un efecto determinado. *Puesto que* podemos denominarlo disturbio, podemos fingir que su significado político no existe. Un espasmo más en la historia sin escribir de los empobrecidos.

---

<sup>3</sup> Todos los extractos proceden de Edward Shorter y Charles Tilly, *Strikes in France, 1830-1968*, Londres, Cambridge University Press, 1984, p. 1 [ed. cast.: *Las huelgas en Francia, 1830-1968*, Madrid, Ministerio de Empleo y Seguridad Social, 1986].

## Destruir las máquinas

«A LAS CLASES LABORIOSAS», como se decía en los folletos:

Los caballeros, hacendados, arrendatarios y otros, habiendo hecho conocer su intención de aumentar vuestros salarios satisfactoriamente; [...] apelan a vuestro buen sentido para que reflexionéis que lo más beneficioso para vuestros intereses permanentes será retornar a vuestras honestas ocupaciones usuales, y manteneros alejados de aquellas prácticas que tienden a destruir la propiedad, de la cual deben surgir los medios mismos para aumentar vuestros salarios.<sup>4</sup>

Esta publicación en particular procedía de los magistrados de Berkshire; solo dos condados ingleses dictaron más sentencias de muerte contra los participantes en el «disturbio de Swing», y ninguno encarceló a tantos. Su objetivo era calmar a los verdaderos seguidores del mítico capitán Swing durante la oleada de destrucción de máquinas iniciada en el otoño de 1830. Los disturbios de Swing se prolongaron hasta el año siguiente. En este momento, las clases trabajadoras son aún muy plurales, las fracciones liberadas por el naufragio del feudalismo estaban todavía en proceso de constituirse como «clase obrera». Para Thompson, el periodo de 1790-1832 puede considerarse el momento crucial, durante el cual tuvo lugar el episodio más duradero de los destructores de máquinas, los levantamientos luditas de 1811-1813.

Una y otra vez, Swing ataca las máquinas trilladoras. Del mismo modo, «los ataques luditas se limitaban a objetivos laborales determinados: la destrucción de telares mecánicos (Lancashire), tundidoras mecánicas (Yorkshire) y resistencia a la ruptura de la tradición en la industria de los calceteros de bastidor de las Midlands».<sup>5</sup>

Ya nos hemos topado con el engranaje que, impulsado por los avances agrarios, moverá las ruedas de la Revolución Industrial. La carrera por la productividad, fundamento mismo del desarrollo capitalista, implica la sustitución de la fuerza de trabajo por medios de producción, del trabajo vivo por trabajo muerto, del capital variable por capital constante. El aumento de la productividad tiende a aumentar los salarios, lo que a su vez conduce a nuevos avances que ahorran en mano de obra. Paralelamente, una masa de siervos fue arrojada al mercado de trabajo: el aumento de los

<sup>4</sup> Eric Hobsbawm y George Rude, *Captain Swing: A Social History of the Great English Agricultural Uprising of 1830*, Nueva York, W. W. Norton, 1968, p. 136 [ed. cast.: *Revolución industrial y revuelta agraria. El capitán Swing*, trad. por Ofelia Castillo, Madrid, S. XXI, 2009, p. 185].

<sup>5</sup> Thompson, *Working Class*, *op. cit.*, p. 484 [ed. cast.: p. 526].

costes en la producción agrícola persuadió a los empresarios a abandonar los acuerdos residuales de trabajo remunerado en especie por salarios, trasladando la inflación sobre los trabajadores. La mano de obra agraria liberada de los cercamientos devaluó esos mismos salarios, al tiempo que la industria avanzaba a marchas forzadas.

A medida que los salarios se generalizaron, el mercado empezó a perder su centralidad social. El espacio físico sujeto en parte al control comunitario dejará paso a «los misterios que rodean a un mercado “autorregulado”, por el mecanismo de los precios y por la subordinación de todos los valores comunales a los imperativos del beneficio».<sup>6</sup> En poco tiempo, «el miembro característico de la clase pobre rural era ahora un proletariado sin tierra, que dependía casi exclusivamente de su trabajo asalariado o de la Ley de Pobres para ganarse la vida».<sup>7</sup> Esta ley era un recordatorio, a la luz de las discusiones anteriores, de que el cero también era un salario, aunque habrá que complementarlo para mantener a sus beneficiarios disponibles en la reserva.

En medio de todo esto emergen el general Ludd y el capitán Swing, uno liderando incursiones contra la industria textil, el otro en el escenario de los combates agrarios. Ambos movimientos se describían a sí mismos en términos militares, y en ningún caso de forma más clara que en una carta «firmada por el general del ejército de Redressers Ned Ludd Clerk». Prestaron juramento y se aprovisionaron de armas. Fueron levantamientos populares y sostenidos en el tiempo, cuya realidad apenas puede discutirse. Su duración fue muy dispar a lo largo del tiempo y nunca tuvieron una actividad concreta. Solo en los disturbios de Swing se registraron, «incendios provocados, cartas amenazantes, panfletos y carteles “incendiarios”, “robos”, asambleas salariales, asaltos a capataces, párrocos y terratenientes, y la destrucción de diferentes tipos de maquinaria jugaron un papel importante». A pesar de toda esta diversidad de formas, el contenido era el mismo. «Detrás de estas actividades multiformes estaban los objetivos básicos de los trabajadores: conseguir un salario vital mínimo y terminar con el desempleo rural».<sup>8</sup> Los luditas no lo tenían menos claro, «sus demandas incorporaron estos puntos: un salario mínimo legal; el control de la “explotación” de las mujeres y los jóvenes; el arbitraje; el compromiso —por parte de los patronos— de encontrar trabajo para aquellos trabajadores que hubiesen perdido su puesto de trabajo debido a la maquinaria; la prohibición de la producción de ínfima calidad; y el derecho a la organización legal de *trade unions*».<sup>9</sup>

<sup>6</sup> Wood, *Origin of Capitalism*, *op. cit.*, p. 69 [ed. cast.: p. 79].

<sup>7</sup> Hobsbawm y Rude, *Captain Swing*, *op. cit.*, p. 35 [ed. cast.: p. 36].

<sup>8</sup> *Ibidem*, p. 195 [ed. cast.: p. 267].

<sup>9</sup> Thompson, «Working Class», *op. cit.*, p. 551 [ed. cast.: pp. 596-597].

No sugerimos aquí que los dos grandes episodios de la destrucción de máquinas fueran idénticos. Sus motivos eran diferentes. A pesar de su vinculación, en Gran Bretaña, los mundos agrícola e industrial estaban enfrentados; las obstinadas batallas en torno a las *Corn Laws* [Leyes de cereales] ponían de relieve los intereses opuestos del campo y la ciudad. Kirkpatrick Sale titula su estudio *Rebels Against the Future: The Luddites and Their War on the Industrial Revolution* [Rebeldes contra el futuro: Los luditas y su guerra contra la Revolución Industrial]; ¿podría decirse lo mismo de los alborotadores de Swing?<sup>10</sup> Es equívoco, aunque esté en consonancia en parte con el pensamiento de Thompson, considerar los disturbios como una defensa del pasado, de las costumbres. De nuevo nos enfrentamos a la cuestión de las prácticas, de las necesidades. Los luditas solían ser muy claros en sus demandas, afirmando su derecho e intención de «romper y destruir cualquier tipo de telar que no pague el precio regular acordado con anterioridad por los patronos y los obreros». Se adjunta una lista a este comunicado; las máquinas que no reemplacen a ningún trabajador se dejarán intactas.<sup>11</sup> Ludd y Swing compartían sin duda una sensación de estar en un terreno peligrosamente movedizo, en un mundo vital amenazado. Sin embargo, estaban unidos, en su expresión mínima, por la presión a la baja sobre los salarios y la amenaza del desempleo tecnológico. Y es aquí donde se plantea el rompecabezas de la clasificación.

Como era de esperar, las autoridades solo estaban dispuestas a categorizarlos como fuerzas insurreccionales cuando resultase necesario imponer sanciones más severas. En su mayoría, los grandes episodios de la destrucción de máquinas fueron registrados como disturbios, tanto por los analistas de la época como por los posteriores. Al fin y al cabo, las leyes dan nombres, siendo a menudo el disturbio el delito por el que se procesa a los ejércitos de Ludd y Swing (aunque pronto se aprobará un proyecto de ley específico que convertirá la destrucción de telares mecanizados en delito capital). Los magistrados de Nottingham informan de «un escandaloso espíritu de disturbios y de alborotos» durante los primeros tiempos de Ludd, estableciendo los términos para las condenas en virtud de la *Riot Act*.

Ocasionalmente, el nombre parece apropiado, por ejemplo, aplicado al robo de dinero y alimentos por la fuerza. A pesar de su variedad, los acontecimientos se asemejan formalmente al disturbio por su tono, su ímpetu y su desenfreno. Sin embargo debería ser imposible mirar esas

<sup>10</sup> Kirkpatrick Sale, *Rebels Against the Future: The Luddites and Their War on the Industrial Revolution: Lessons for the Computer Age*, Boston, Addison-Wesley, 1995.

<sup>11</sup> Conant y Darval, citado en Thompson, «Working Class», *op. cit.*, p. 535 [ed. cast.: p. 579].

reivindicaciones y no reconocer la huelga en ciernes. Solo se refieren al empleo, a la mejora de los salarios, de las condiciones de trabajo así como a una mayor protección jurídica. Si buscamos el origen de la enorme confusión entre la naturaleza subyacente de la lucha colectiva y su apariencia, no tenemos más remedio que buscar en estos acontecimientos.

Expongamos la cuestión con mayor claridad, sobre todo teniendo en cuenta que se trata de un problema de confusión. Solo en este periodo de transición histórica pueden delimitarse con claridad los contornos del disturbio y la huelga, precisamente porque solo en tales periodos pueden situarse ambos tan cerca, mezclarse y, en última instancia, clarificarse. O, dicho de otro modo, el pasaje del disturbio a la huelga se produce a través de la destrucción de máquinas. No cabe duda de que parece un retroceso, «es el último capítulo de una historia que se inicia en los siglos XIV y XV».<sup>12</sup> Pero el énfasis en la costumbre, en la lucha contra el futuro, pasa por alto esa parte de la destrucción de máquinas como invención, como anticipación. No deja de ser el primer capítulo de una política obrera de confrontación que aún no ha terminado. Solo en un periodo de transición puede surgir un híbrido tan sorprendente y novedoso, con un pie en los cercamientos y los disturbios por comida, y otro en la legislación, en las fábricas y las luchas por la jornada laboral. «Estamos llegando al fin de una tradición y la nueva apenas ha surgido», escribe Thompson.<sup>13</sup> En tales circunstancias, es inevitable que las tácticas se multipliquen a medida que la gente intente encontrar soluciones a nuevos problemas, tomando prestadas formas antiguas, del mismo modo que el capital toma sus formas del comercio hasta que el nuevo contenido está listo para aparecer.

Es precisamente la transición del mercado al taller, del precio de las mercancías al precio de la fuerza de trabajo, como eje en el que se articula la reproducción, lo que dicta el paso del disturbio a la huelga en el repertorio de la acción colectiva. De hecho, contexto y conflicto son la misma cosa, evolucionan juntos. La proximidad en el ritmo de esta doble transformación proporciona el terreno histórico para un argumento político-económico que define adecuadamente el disturbio y la huelga en su plenitud histórica; no los define en función de actividades determinadas, sino en función de las formas en que el problema de la reproducción confronta a las masas, sus posiciones dentro de las relaciones sociales existentes, los lugares a los que han sido empujados, los espacios en los que sus antagonistas deben ser visibles y pueden ser vulnerables.

<sup>12</sup> Thompson, «Working Class», *op. cit.*, p. 543 [ed. cast.: p. 588].

<sup>13</sup> Thompson, «Moral Economy», *op. cit.*, pp. 128–129 [ed. cast.: p. 124].

## Los muchos

Alzaos cual leones tras un breve sueño  
Y en tal abundancia que sea invencible.  
Librad a la tierra de vuestras cadenas,  
De ese rocío que anoche os cayera.  
Vosotros sois muchos y pocos son ellos.

Percy Bysshe Shelley,  
«La máscara de la anarquía»<sup>14</sup>

Si uno fuera en busca del hilo rojo que recorre la secuencia *disturbio-huelga-disturbio ampliado*, no habría peor guía que seguir el destino del poema de Shelley, compuesto para «un pequeño volumen de *canciones populares* totalmente políticas». <sup>15</sup> El poema narra la masacre de Peterloo de 1819, llamada así con cierta ironía por la batalla de Waterloo, que se produjo cuatro años antes. Estamos, pues, en pleno crisol thompsonian. Inglaterra está sumida en la hambruna y la depresión. El disturbio por comida, que alcanzó su punto álgido, según todos los indicios en 1800-1801, está en retirada. El fin de las guerras napoleónicas había arrojado una gran masa de cadáveres a un mercado laboral incapaz de absorberlos. La indignancia en Inglaterra se sitúa en el 15 % y la emigración en máximos históricos.

Con este telón de fondo, sesenta mil personas se reúnen en St. Peter's Field, en Manchester, para exigir reformas parlamentarias, sobre todo en relación con el sufragio. Se procede a la lectura de la *Riot Act*. En la carga de la caballería inmediatamente posterior, mueren más de una docena de manifestantes y cientos resultan heridos. La indignación moral se apodera de la nación. En Italia, Shelley compone su poema a partir de las noticias de los periódicos.

Sería difícil afirmar que Peterloo fue un disturbio en el sentido que la palabra había adquirido en los siglos anteriores. En algunos aspectos se le acerca. La gran asamblea se reúne en el ágora. En cualquier caso, se utilizan los términos y el código legal; es la categoría representativa que la gente tiene a mano. Ciertamente, en los días siguientes se produjeron concentraciones en las ciudades cercanas que podrían considerarse propiamente

<sup>14</sup> La estrofa original, *Rise, like lions after slumber / In unvanquishable number / Shake your chains to earth like dew / Which in sleep had fallen on you— / Ye are many—they are few—*, es la última del largo poema *The Many*, traducción de Conrado Santamaría y Amalia García Fuertes, disponible en: <https://escombrosconhoguera.blogspot.com/2013/08/la-mascara-de-la-anarquia-percy-bysshe.html>. [N. de T.].

<sup>15</sup> Carta a Leigh Hunt, 1 de mayo de 1820, Frederick L. Jones (ed.), *The Letters of Percy Bysshe Shelley: In Two Vols.*, Vol. 2, Oxford, Clarendon Press, 1964, p. 191.

disturbios. Pero, en general el disturbio del siglo XVIII ha llegado a su límite y ha estallado. Las masas reunidas en la plaza se inclinarán hacia la revolución o la nada, apremiada por la imposibilidad que representa la reivindicación concreta cuando incluso los llamamientos en favor de la reforma son respondidos con una violencia letal. Ahí comienza el poema. El paso del disturbio hacia la huelga ya ha comenzado. James Chandler escribe:

Todo esto viene a decir que Peterloo –como «la Revolución francesa» a una escala superior o quizás incluso el propio «Romanticismo» a una escala aún mayor– da nombre a un acontecimiento de duración indeterminada que marca una transformación importante en las prácticas de la representación literaria y política moderna, que en su momento se entendió que tenía potencial revolucionario.<sup>16</sup>

No obstante, el poema no se publicó hasta 1832, al final de nuestro primer vaivén. La estrofa final del largo poema se convierte en una especie de himno de guerra para las luchas venideras. Los cartistas, que estuvieron muy cerca de la primera huelga general, retoman la estrofa en 1842. El tiempo del trabajo había llegado. En 1911, Pauline Newman orientará también sus discursos de la organización *International Ladies' Garment Worker's Union* [Sindicato Internacional de Trabajadoras de la Confección] con frases de Shelley. Pero habrá más vaivenes. En 2010, el poema vuelve a su tierra natal cuando estudiantes y otras personas que luchan contra los fatales recortes del salario social asaltan y ocupan el número treinta de la calle Millbank, la sede del partido conservador en Londres. La última estrofa de Shelley se cita repetidamente en los días siguientes, el hilo rojo que reaparece en el largo ciclo que incluye el movimiento de las plazas, el movimiento *Occupy*, la Primavera Árabe; el retorno del disturbio.

La estrofa final añade un verso al cuarteto anterior, distanciándose del pacifismo del poema: «Vosotros sois muchos, pocos son ellos». Se podría pensar que los sonidos del primer verso, «*rise / lions / after*», evocan la sonoridad de «*riot*». Es difícil no percibir en el poema la asociación de «anarquía» con el Estado corrupto en lugar de hacerlo con sus antagonistas, como un precursor de la inversión dialéctica con la que comenzamos este libro: «Un orden violento es desorden y un gran desorden es un orden. Ambas cosas son una». Sin embargo, en el último verso, Shelley plantea una cuestión más simple, o quizá mucho más compleja e intrincada: la de *los muchos*.

Lo popular y lo político, como él mismo insistía. «Masa y poder», por citar el aforismo de Canetti. Masas, clases, chusma, multitud. Sujetos,

<sup>16</sup> James Chandler, *England in 1819: The Politics of Literary Culture and the Case of Romantic Historicism*, Chicago, University of Chicago Press, 1998, p. 18

ciudadanos, pueblo. El sentido del antagonismo social y la metamorfosis, el sentido de *lo político* (arriesgándonos a una pomposa sustancialización): esto no puede separarse del sentido de *los muchos*, y de lo que puede darles una unidad, ya sea autodeclarada o espectral. No se trata aquí de hacer un repaso de la bibliografía. En su lugar, una simple proposición: que el *disturbio* y la *huelga* han servido, entre otras cosas, como metonimias de este asunto, en un momento dado.

Esta es otra forma de delimitar lo que se entiende por repertorio de acción colectiva y de identificar en él una táctica principal. Estas tácticas, y los cambios que experimentan, son expresiones de la masa social y sus recomposiciones, que a su vez se forman y transforman a partir de unas bases materiales dadas. Dicho de otro modo, el disturbio no es un acontecimiento aislado y singular; es a la vez una fracción real y una figura de *los muchos* a los que siempre es adyacente. Es la relación interna de los muchos, exteriorizada en determinadas condiciones. Lo mismo ocurre con la huelga. Comprender las transformaciones de la secuencia *disturbio-huelga-disturbio ampliado* es ver en las transformaciones de los muchos lo que puede comprenderse en ellos.

## SEGUNDA PARTE: HUELGA



## IV HUELGA CONTRA DISTURBIO

¿QUÉ TIPO DE ALTERIDAD constituye la huelga para el disturbio? El siglo XIX se presta para delinear esta relación. Lo hace de forma desigual en Europa occidental, Gran Bretaña, Estados Unidos; de forma desigual e incierta, pero con resultados significativos.

Este libro no es una historia de la huelga ni del movimiento obrero, sino de la época en la cual la proletarización expresa la desposesión agraria, el desarrollo industrial, el aumento relativo y absoluto del acceso global al salario y la soberanía individual como modo de integración en los circuitos de acumulación. No obstante, estas son las coordenadas de referencia para el periodo en el que la edad de oro de los disturbios llegó a su fin y del cual emergió una nueva era de los disturbios: el largo lunes de este mundo en el que siempre era tiempo de trabajar y el capitalismo productivo dirigía las riendas del mundo a escala global, con toda la volatilidad que ello implicaba.

La huelga, la táctica dominante de la acción colectiva en este periodo, tendrá que ser tenida en cuenta, sobre todo porque su estatus, una vez que se convierte en la figura principal del antagonismo social, ofrece una posición desde la que reflexionar sobre el disturbio. Cada acción aclara la estructura y la dinámica de la otra; cada una revela los cambios dentro de las metamorfosis subterráneas y accidentadas del capital. Esto es cierto no solo en términos absolutos, donde se puede contrastar la verdad de cada uno de los términos, sino también en términos de las concepciones políticas del binomio y de cómo se relacionan; lo que podríamos denominar las ideologías del disturbio y la huelga.

En el capítulo anterior, propusimos una interpretación de la huelga lo más amplia posible: una lucha sobre el precio de la fuerza de trabajo y sobre el propio empleo, librada por los trabajadores en tanto que trabajadores en la esfera de la producción. Estas características podrían abstraerse y extenderse a cualquier acción orientada por ella. Esta huelga se adelanta coexistiendo con el disturbio a medida que va cobrando fuerza.

Obviamente esto es demasiado amplio. Digamos que es un ejercicio mental. Desde luego, no concuerda con las interpretaciones convencionales desarrolladas desde el siglo XIX, que proporcionan un marco mucho más estrecho en el que una táctica debe inscribirse para poder ser nombrada así. La huelga en sentido estricto suele definirse en función de una autodenominación o un autorreconocimiento, que debe ir unida a un determinado comportamiento corporal y político: ordenado, anclado en un lugar, disciplinado, legalista, caracterizado por el rechazo. En definitiva, formas de apariencia que puedan ser discernidas por un observador casual. Si un episodio no cumple o sobrepasa estas normas, se considera que no es una huelga. Pensemos en las huelgas de los yacimientos de carbón en los años 1913-1914, donde lo que comenzó como huelgas planificadas culminó en la guerra de los yacimientos de carbón de Colorado y luego en la masacre de Ludlow. O, como sucede tantas veces, los acontecimientos que no se ajustan a este modelo de huelga se suprimen de modo que la definición de *huelga* pueda conservar sus reivindicaciones. ¿Quién recuerda hoy como huelgas los levantamientos de los obreros textiles de Lyon en 1831 y 1834, que mediante barricadas y acciones de guerrilla exigían salarios, trabajo y justicia para los líderes encarcelados? Estas acciones fueron consideradas huelgas en retrospectiva. El periodo de transición fue considerablemente largo, excepto, como veremos, por el hecho de que no hubo transición alguna.

El propio Marx señaló que 1830 marcó para Francia la transición de un Estado de terratenientes a otro de capitalistas. Hobsbawm generaliza esto como el punto de inflexión de la «conciencia de la clase trabajadora» en los países donde surgieron las dos revoluciones, burguesa e industrial, una nueva situación que ciertamente «existía entre 1815 y 1848». Para él, «en Inglaterra y la Europa occidental, en general, arranca de ella el principio de aquellas décadas de crisis en el desarrollo de la nueva sociedad que concluyeron con la derrota de las revoluciones de 1848 y el gigantesco avance económico después de 1851».<sup>1</sup>

La temporalidad es compleja, pero pone de relieve el carácter tardío de la huelga en sentido estricto. Por lo general, se admite que la huelga no existió realmente hasta 1830 o, en realidad, hasta bastante tiempo después. Shorter y Tilly son, en parte, la excepción. *La huelga* no aparece en el índice de *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. En su meticuloso estudio sobre los obreros ingleses de 1750 a 1850 John Rule rara vez menciona la huelga, y dentro de este periodo la huelga no aparece de forma clara. Esta todavía se relaciona de manera ambigua con la intimidación, la destrucción de máquinas y otras actividades ajenas a la huelga —concretamente

---

<sup>1</sup> Eric Hobsbawm, *The Age of Revolution: Europe 1789-1848*, Londres, Abacus, 2007, pp. 255, 141 [ed. cast.: *La era de la revolución. 1789-1848*, Crítica, Barcelona, 2011, pp. 215, 118-119].

el conjunto de asociaciones sumarias destinadas a caracterizar la época—. Estos hechos nos hablan tanto de cómo se entendía el periodo a sí mismo como de sus historiadores. El famoso estudio de Rudé de 1730-1848 tiene bajo la entrada *Huelga* una redirección: «Ver conflictos laborales, ludismo, Londres, París».<sup>2</sup> Sin duda, todo esto es lo que hay que ver. La fuerza de la sustitución consiste en sugerir que debemos situar la huelga como un desarrollo tardío dentro de la categoría más amplia de conflicto laboral, un desarrollo que, en 1848, aún no había hecho su aparición.

Sería absurdo rebatir esta conclusión. Ciertamente, esa es la posición presentada de forma persuasiva por Shorter y Tilly:

Al centrarnos en la huelga, excluimos otras formas de conflicto y de acción colectiva (las dos no son en absoluto sinónimas) (...) Esto es conveniente, en la medida en que la huelga es una de las formas de acción más fáciles de identificar, rastrear y describir. Las otras formas de conflicto, protesta y expresión que se podrían utilizar para hacerse una idea de las orientaciones cambiantes de los trabajadores incluyen la destrucción de máquinas, el sabotaje, las peleas, las manifestaciones, la redacción de panfletos, quizá también la rotación de personal y el absentismo; todas ellas son mucho más difíciles de identificar que las huelgas. Las otras formas de acción colectiva que han empleado los trabajadores para lograr objetivos comunes incluyen la organización de partidos políticos, sociedades de apoyo mutuo, grupos conspirativos, sindicatos, mutuas y muchos otros proyectos cooperativos.<sup>3</sup>

Preservar las múltiples formas de acción colectiva y la creatividad del antagonismo es una tarea esencial. Pero aquí también encontramos dificultades, rompecabezas cualitativos que surgen más allá del ámbito de la erudición cuantitativa. Un primer indicio de estas dificultades es la tendencia a situar la aparición de la huelga en el punto de inflexión en el que se convierte en la táctica principal, en lugar de en el momento de su entrada en el escenario de la lucha. Esto tiene el efecto de sugerir una división histórica demasiado nítida entre disturbio y huelga. Además, el relato genérico en el que la huelga nace como algo parecido a una condensación del conflicto laboral, oculta —sin duda en contra de las intenciones de nuestros historiadores más brillantes— la aparición de la huelga a partir del disturbio o de las luchas en la circulación. En lugar de asociarse de forma complementaria e inscribirse en la misma genealogía, las dos tácticas se delimitan

<sup>2</sup> George Rudé, *The Crowd in History: A Study of Popular Disturbances in France and England, 1730–1848*, Londres, Lawrence and Wishart, 1984, p. 278 [ed. cast.: *La multitud en la historia. Los disturbios populares en Francia e Inglaterra, 1730-1848*, trad. por Ofelia Castillo, Madrid, Siglo XXI, 2009].

<sup>3</sup> Shorter y Tilly, *Strikes in France*, *op. cit.*, p. 4.

rígidamente, tanto por su naturaleza como por su historia, a la vez que se oponen mutuamente. Esto resultará más tarde un problema para quienes intenten comprender el retorno de los disturbios.

## Espectáculo y disciplina

La oposición de disturbio y huelga fue uno de los proyectos explícitos del siglo XIX, que continuó después en determinadas zonas. A mediados de siglo, este binomio se estableció con éxito. Consideremos la distancia entre los disturbios de Bull Ring de 1839 y la huelga de los vidrieros de Flint dos décadas más tarde. Cada uno debe ser reconocido como un modelo de su género. Los primeros comenzaron con una serie de reuniones políticas celebradas en el distrito comercial Bull Ring de Birmingham. El 4 de julio, el alcalde y los magistrados llegaron y leyeron la *Riot Act*, momento en el que la policía, enviada desde Londres, se abalanzó sobre la multitud de un modo que provocaría claras e inevitables comparaciones con Peterloo. En respuesta, se produjo un disturbio. «Se destrozaron los escaparates con ladrillos y duros terrones de azúcar que habían saqueado de la tienda de Bourne antes de incendiarla, y las vidrieras fueron golpeadas con barras de hierro que habían arrancado de una valla», provocando tantos estropicios que «el duque de Wellington llegó a comparar Birmingham con las ciudades que había visto saqueadas en el continente durante sus campañas militares». <sup>4</sup> Siguiéron otros disturbios, en Birmingham y otros lugares.

Junto al auge de la arquitectura de cristal, el destrozo de escaparates en el siglo XIX llegó a definir lo que Ian Hayward denominó el «disturbio espectacular». En una acertada comparación, Isobel Armstrong contrapone los disturbios de 1839 a la exitosa huelga de los vidrieros de Flint, iniciada, de hecho, en varias ciudades en diciembre de 1858 y que se prolongó hasta el año siguiente. La huelga, que desencadenó un amplio debate, dentro y fuera del sindicato, iba precisamente en contra de las costumbres alborotadoras de 1839 en adelante. No es de extrañar, teniendo en cuenta quienes estaban implicados: «La práctica de romper escaparates no tenía asidero entre los trabajadores del vidrio y su disciplina de huelga». <sup>5</sup> En este sentido, la idea que la huelga tiene de sí misma es paradigmática de la acción obrera moderna. La huelga es exactamente lo que no es un disturbio.

<sup>4</sup> Michael Weaver, «The Birmingham Bull Ring Riots of 1839: Variations on a Theme of Class Conflict», *Social Science Quarterly*, núm. 78 (1), marzo de 1997, pp. 146, 137.

<sup>5</sup> Isobel Armstrong, *Victorian Glassworlds: Glass Culture and the Imagination 1830-1880*, Oxford, Oxford University Press, 2008, p. 69. Armstrong también relaciona los dos sucesos a través de la curiosa casualidad de que uno de los magistrados de Birmingham de 1839, William Chance, fuera socio de una de las grandes firmas de fabricación de vidrio de Inglaterra.

Es difícil rebatir el hecho de que estos dos acontecimientos lleven un nombre acertado. La primera no es la forma *genuina* del disturbio de subsistencia, que por aquel entonces ya hacía décadas que había alcanzado su cénit y estaba en su momento de declive. Pero se acerca bastante, sobre todo en la forma en que parte del mercado, en el saqueo —que incluye la incautación de alimentos—, en los sangrientos enfrentamientos con el Estado, etc. La acción posterior sigue el modelo de la huelga en todos los aspectos. No es ningún misterio por qué querría distinguirse tan insistentemente del disturbio, dada su necesidad de reivindicar su legitimidad tanto frente a la represión estatal como para obtener el apoyo de otros sindicatos. En esta coyuntura, la clara demarcación entre huelga y disturbio, e incluso su contraposición, se *ha hecho* realidad.

Esto podría entenderse como *la ideología de la acción colectiva* consolidada en esta época, en la que el disturbio y la huelga adquieren una dimensión de contraposición política e incluso de cierto antagonismo. El argumento aquí es que esta oposición es posible precisamente porque las dos acciones se han definido enteramente según sus formas de aparición, las cuales se considera que proporcionan un conocimiento claro de su política y de su contenido social. Walter Benjamin señala: «Lo característico de las formas técnicas (en contraposición a las formas artísticas) es que su progreso y su éxito son proporcionales a la *transparencia* de su contenido social (de ahí la arquitectura de cristal)».<sup>6</sup> Producción industrial, progreso, arquitectura de cristal. Ese era el mundo de la huelga. La ideología de la acción colectiva se aferra a esta idea de transparencia: que asomándose a la superficie permite ver directamente lo más profundo, tener acceso inmediato al contenido social. La huelga se convierte en huelga al *formalizarse* frente al disturbio. Es el orden mismo, la ventana inquebrantable. El disturbio, que ahora se define como lo opuesto a la huelga, debe encontrar igualmente su contenido en su forma. Pero esto tiene consecuencias paradójicas. Su forma es desordenada; el desorden se convierte en su contenido. Nadie sabe lo que quiere el disturbio. Solo quiere su propio desorden, su brillante opacidad. Destellos y fragmentos de cristales rotos.

El propósito no es sugerir que bajo esta ideología hay una verdad contraria; no es así como funciona la ideología. No pretendemos sugerir que el disturbio y la huelga son una misma cosa, ni siquiera que estén próximos. La división entre disturbio y huelga es necesaria e incluso obvia, y se basa en las transformaciones materiales de la economía política de la época. Por el contrario, queremos llamar la atención sobre lo que se puede perder cuando se colocan en una oposición rígida y estática. Al olvidar la

---

<sup>6</sup> Walter Benjamin, *The Arcades Project*, trad. al inglés por Howard Eiland y Kevin McLaughlin, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 2002, p. 465 [ed. cast.: *Libro de los pasajes*, trad. por Isidro Herrera y Luis Fernández, Madrid, Akal, 2005, p. 467].

historia por la que la huelga surge del disturbio perdemos el propio proceso de transformación y, en su lugar, nos quedamos con sus resultados como algo dado. Esto presenta límites para una periodización adecuada en el marco de la historia del capital. El «capitalismo» no es algo homogéneo. Tampoco es un fenómeno lineal, una situación sincrónica que sigue discretamente a otra. Fredric Jameson, en la metodología literaria que marcó su época, insiste (a otra escala): «Lo sincrónico es el “concepto” de modo de producción; el momento de la coexistencia histórica de varios modos de producción no es sincrónico en este sentido, sino que está abierto a la historia de forma dialéctica».<sup>7</sup> Es precisamente esta sincronización —la del disturbio con una fase del desarrollo capitalista, la de la huelga con otra fase y una ruptura entre ambas— la que opaca esta situación. Si nuestra cronología sugiere que la era del disturbio termina antes de que comience la de la huelga, no podemos dar cuenta plenamente de la evolución del equilibrio dentro del propio capital, las evoluciones perpetuamente inducidas por la dinámica autodestructiva del valor.

Armstrong se esfuerza por superar este límite, por salvar la enorme brecha que se abre entre el disturbio y la huelga. De los disturbios anteriores extrae lo que denomina «los tres principios cardinales de la gramática de los cristales rotos: la acción colectiva, el cuerpo como propiedad y el rechazo de la abstracción», elementos que resurgen más tarde en la huelga.<sup>8</sup> Se trata de una lectura sutil y perspicaz sobre cuestiones cruciales, como el rechazo de lo que denomina el código de honor de las ventanas rotas, en el que «el escaparate roto es un acto de violencia no formal, un cierto *estilo* de delito sin contenido».<sup>9</sup>

Y, sin embargo, la gramática de Armstrong conserva un cierto formalismo, un cierto enfoque discursivo, al igual que la idea de Hayward del disturbio espectacular, que, en primera instancia, podría entenderse como una réplica al nuevo espectáculo de la modernidad urbana e industrial. El contenido social tanto del disturbio como de la huelga no puede limitarse a los principios de sus participantes, sus afectos y creencias. ¿Cuál es entonces el contenido social de la huelga? Es doble. Como se ha señalado, es el antagonismo del trabajo frente el capital en su intento por fijar el precio de la fuerza de trabajo (frente al precio cero del desempleo). Pero el contenido social de la huelga es también *la propia productividad*, y esto es lo más importante. No es el «capitalismo» en un sentido abstracto o general del que depende la huelga. Tampoco puede reducirse a las miserias

<sup>7</sup> Fredric Jameson, *The Political Unconscious: Narrative as Socially Symbolic Act*, Ithaca, Cornell University, 2014, p. 95.

<sup>8</sup> Armstrong, *Victorian Glassworlds*, *op.cit.*, p. 73.

<sup>9</sup> *Ibidem*, p. 65.

particulares de la vida mecanizada del industrialismo, aunque nadie dude de que constituyen un estímulo brutal. Se trata más bien del conjunto de transformaciones ligadas al pasaje del capital comercial al capital industrial, que empujan a las masas hacia los nuevos sectores productivos y que impulsan al capital a concentrarse también allí, del mismo modo que las masas se vieron empujadas hacia el mercado para su subsistencia en un proceso global desigual.

Un hecho evidente, aunque a menudo ignorado, es que la eficacia de una huelga parcial, organizada en torno a una demanda, coincide, en gran medida, no con la fragilidad del capital, sino con su vitalidad, cuando el circuito salario-mercancía está produciendo plusvalor y acumulación. Cuando la producción no crece, el capitalista tiene menos interés en preservar su continuidad por lo que puede esforzarse por sobrevivir a los huelguistas. «Pero afirmar que un patrón *puede* sobrevivir a sus trabajadores en huelga», señala John Rule sobre las primeras huelgas inglesas, «no significa que siempre le interese hacerlo. No querrá renunciar a los elevados beneficios derivados de aumentar la producción en un mercado en alza. En tales condiciones, era más racional ceder que resistirse a las demandas».<sup>10</sup>

## Demasiado e insuficiente

De ahí la categoría de las luchas en la producción, cuyo arquetipo es la huelga. La huelga representa la forma de acción colectiva propia de la fase productiva del capital. Surge antes que esta, se pone a prueba ante el mundo, pero solo puede realizarse plenamente durante el periodo de acumulación del capital. Esta fase no llega de manera puntual o autónoma una vez que el capital comercial o el capital centrado en la circulación se ha agotado, sino que emerge de ella y permanece estrechamente vinculada a ella. Producción y circulación están enredadas en una clásica relación dialéctica: ambas se oponen y se constituyen mutuamente; su contradicción (la contradicción entre valor y precio) las mantiene en un movimiento conjunto. El origen de la huelga radica en la transformación que conduce a los cuerpos y al capital hacia la esfera de la producción. No todos los cuerpos ni todos los capitales, pero sí a partir de cierto umbral. La huelga surge de la circulación, pero solo se convierte en la táctica principal cuando sobrepasa ese umbral, cuando una transformación cuantitativa en la estructura económica se convierte en cualitativa. En resumen, podríamos expresarlo así: la huelga emerge cuando el lugar de la reproducción

---

<sup>10</sup> John Rule, *The Labouring Classes in Early Industrial England, 1750-1850*, Londres, Addison Wesley Longman, 1986, p. 261.

proletaria se desplaza al salario, convirtiéndose así en el punto nodal del propio circuito de reproducción del capital.

La depuración y autonomización de la huelga en el siglo XIX es, por tanto, unilateral; mantiene únicamente la oposición entre producción y circulación, sin lograr su unidad. En la dialéctica entre continuidad y ruptura, la contraposición entre la huelga y el disturbio es necesaria pero insuficiente, inclinándose demasiado hacia la ruptura, la discontinuidad y la oposición formal. Será crucial reconocer los momentos en los cuales esa continuidad, ahora velada por el cambio histórico, se hace visible.

Podríamos remontarnos a 1839 simplemente para conectar con la heterogeneidad del momento. Las reuniones políticas que inspiraron la violencia son, naturalmente, reuniones cartistas. Abanderados de *los muchos* de Shelley, son la organización obrera más avanzada de Gran Bretaña. Su periódico, *The North Star*, publica «To The People» [Al pueblo] —el pasaje de *La máscara de la anarquía* que incluye el famoso verso— en abril de 1839. En mayo publica un poema de «E. H. (A Factory Girl of Stalybridge) [Una chica de la fábrica de Stalybridge]», y en junio un poema anónimo, «Lines by a Factory Operative» [Versos de un operario de fábrica]. Este era el número que acababa de aparecer, cuando estallaron los disturbios de Bull Ring.<sup>11</sup>

El movimiento obrero organizado ya está en marcha. Como dice Eric Hobsbawm:

En Inglaterra, los intentos de reunir a todos los trabajadores en sociedades generales de obreros, es decir en entidades que superaran el aislamiento local de los grupos particulares de obreros llevándolos a una solidaridad nacional hasta quizá universal de la clase trabajadora, empezó en 1818 y prosiguió con febril intensidad entre 1829 y 1834.<sup>12</sup>

Así pues, no es tan fácil hacerse una idea de lo que estaba en juego políticamente en Bull Ring. Esta incertidumbre palidecerá frente a los acontecimientos de tres años más tarde, quizá los más inciertos de toda Gran Bretaña en el siglo XIX. El misterio puede resumirse en una sola frase: «El vértice de espontánea combustión social en Inglaterra se alcanzó en la huelga general, no planeada, de los cartistas, que estalló en el verano de 1842 (la llamada “conspiración de los tapones”)».<sup>13</sup>

<sup>11</sup> Mike Sanders, *The Poetry of Chartism: Aesthetic, Politics, History*, Cambridge, Cambridge University Press, 2009, p. 233.

<sup>12</sup> Hobsbawm, *Age of Revolution*, *op. cit.*, p. 255 [ed. cast.: p. 215].

<sup>13</sup> *Ibidem*, p. 208 [ed. cast.: p. 174]. Los *Plug Riots*, también conocidos como la huelga general de 1842, deben su nombre a un peculiar acto de sabotaje: los obreros hacían que

«Espontánea», «no planeada». Nos gustaría subrayar estas palabras; sabemos demasiado bien que se refiere al disturbio. El movimiento comenzó con los mineros de Staffordshire y se extendió a las fábricas, molinos y minas de toda Gran Bretaña, llegando a reunir a más de un millón de trabajadores. Presenta a la perfección las características básicas de la huelga obrera: adopta la forma de rechazo al trabajo. Tras tres años de recesión industrial, sus principales reivindicaciones, aprobadas en el transcurso de las acciones, se referían a la duración de la jornada laboral y a la restauración de los salarios a los niveles de 1820, así como a la reducción de los alquileres. Hobsbawm sigue insistiendo sin embargo, en que es demasiada huelga e insuficiente al mismo tiempo: «La huelga general resultó inaplicable bajo el cartismo, excepto (en 1842) en alguna ocasión relativa a tumultos espontáneos engendrados por el hambre».<sup>14</sup> Aquí, parece deseoso de reconocer que la huelga y el disturbio podrían presentar una continuidad, al tiempo que intenta preservar una idea de la huelga pura como algo distinto. Es un embrollo. Pero en ese embrollo reside la verdad de las cosas.

Tales confusiones son el resultado inevitable de permitir que la forma se imponga con demasiada facilidad sobre el contenido. También son indicativos de la coexistencia de tensiones, como señala Jameson, dentro de la espiral diacrónica del capital. Estos momentos hacen posible considerar otras formas de coexistencia, otras metamorfosis dentro del capital y, por ende, en sus formas de acción colectiva. Dado que este libro se enfoca en explorar una metamorfosis complementaria en el presente, esto es particularmente sugerente.

---

los molinos dejaran de funcionar retirando algunos pernos o «tapones» [*plugs* en inglés] de las calderas, impidiendo que el vapor se acumulara. [N. de la T.].

<sup>14</sup> *Ibidem*, pp. 256-257 [ed. cast.: p. 216].



## V LA HUELGA GENERAL

ESTA IDEOLOGÍA DE LA ACCIÓN COLECTIVA, en la que disturbio y huelga se sitúan en una oposición fija, fue sustituida más tarde por una oposición comparable, a un nivel más conceptual, entre anarquismo y socialismo. Puede parecer, desde dentro de las convenciones del presente, que las tácticas específicas y los repertorios que las acompañan surgen de posiciones políticas y analíticas concretas y, por tanto, les son inherentes.<sup>1</sup> Históricamente, la oposición ideológica entre tácticas ha contribuido a producir una oposición política, y esta, a su vez, ha consolidado aún más la antítesis de las formas de acción.

Hoy en día, la huelga, y con ella la categoría más amplia de las acciones obreras organizadas y la organización a gran escala como tal, se entiende como la táctica político-económica asociada al complejo campo del socialismo y el comunismo como horizontes políticos, en conjunción con el pensamiento materialista histórico. El disturbio, y con este el conjunto de tácticas «insurreccionales» anteriores y posteriores a la organización obrera tradicional, se entiende en oposición a esta. Es un ataque espontáneo a la vida cotidiana, pero también el rechazo a un programa político supuestamente determinista, autoritario e implícita, si no explícitamente, estatista. Una de las cuestiones clave que plantea este libro consiste en saber si este conjunto de oposiciones indexadas, una ecuación con verdadera razón histórica, sigue teniendo sentido hoy.

Ciertamente, no es preciso volver aquí sobre la escisión de la Primera Internacional, como tampoco es objeto de este estudio el desarrollo completo de las divergencias entre anarquistas, por un lado, y socialistas o comunistas, por otro.<sup>2</sup> Merece la pena recordar hasta qué punto estas

---

<sup>1</sup> El marxismo no es una convicción política (y mucho menos un programa), sino un método de análisis.

<sup>2</sup> Distinguir entre socialismo y comunismo es una especie de petición de principio. La intención, que será relevante más adelante, es muy parecida a la del término «marxismo tradicional» de Moishe Postone, que nosotros entendemos como socialismo, que se refiere a un horizonte político de socialización de los medios de producción bajo el control de los trabajadores a través de la toma del Estado, mientras que «comunismo» se refiere al

posiciones fueron en un principio mucho más próximas de lo que ahora parecen; su polarización es un proceso histórico paralelo al del disturbio y la huelga. En la época de la Primera Internacional, compartían la retórica de la emancipación del trabajo como proyecto fundamental, así como la centralidad del proletariado y la condición previa de la guerra de clases como base de la revolución. Los debates de la época son ilustrativos. Podemos fijarnos en la disputa entre el anarquismo colectivista y el comunismo anarquista en la década de 1870. La primera fracción deseaba acabar con todo intercambio de mercado así como con los salarios. Mientras que en la segunda, sigue operando «una economía de intercambio dentro de una red de “colectividades” obreras autogestionadas que serían las propietarias legales de los instrumentos y recursos de producción». El trabajo asalariado y su estatus adquirieron una importancia decisiva. Kristin Ross escribe: «Además —y este era el punto de mayor fricción entre ambos grupos—, el anarquismo colectivista mantenía el sistema salarial haciendo depender la distribución de alimentos y otros bienes de la contribución laboral de cada individuo».<sup>3</sup>

Tales posiciones y debates sobre el contenido de una sociedad revolucionaria ponen de manifiesto que la antítesis rígida de las posiciones políticas que se desprenden de la escisión se iría forjando con el tiempo. La adaptación de la táctica a las posiciones políticas y analíticas no se produce simplemente sobre la marcha, sino que forma parte de este proceso. En ninguna parte se escenifica este proceso de forma más explícita que en el caso de la huelga general. Los debates sobre la huelga general plantean dificultades, sobre todo por las distinciones que se establecen (o no) entre huelga general «proletaria» y huelga general «política», entre huelga «general» y huelga «de masas». Afortunadamente, para nosotros, lo que está en juego no es tanto el análisis de estas distinciones como un momento concreto de los debates y las posibilidades que ofrece para considerar la relación entre tácticas y posiciones políticas.

La victoria de la posición socialista en el seno de la Internacional respecto a los modelos de lucha política ya había sido ratificada antes de la escisión de 1872. La resolución número nueve del año anterior afirmaba que «esta constitución del proletariado en partido político es indispensable para asegurar el triunfo de la revolución social y su fin último: la abolición de las clases». El compromiso con un proceso parlamentario implicaba

---

horizonte político de abolir por completo el modo de producción. Sobre la cuestión de si el primero puede conducir al segundo, como se propone en la *Crítica del Programa de Gotha* de Marx, se ofrecen algunas breves reflexiones en el capítulo final.

<sup>3</sup> Kristin Ross, *Communal Luxury: The Political Imaginary of the Paris Commune*, Londres, Verso, 2015, p. 107 [ed. cast.: *Lujo comunal. El imaginario político de la Comuna de París*, trad. por Juanmari Madariaga, Barcelona, Akal, 2016, p. 129].

tanto un cierto tipo de organización como cierta conformidad con un criterio legalista. La estrategia parlamentaria tendrá sus altibajos, pero la lógica organizativa del partido, que la acompaña, permanecerá constante. Como expresión de la base de su organización, supuestamente disciplinada en su puesta en práctica, y entrando en confrontación con el capital más que con el Estado, la huelga en sentido estricto no puede, sino adherirse a tal horizonte político, aunque cada huelga particular tendrá probablemente ambiciones más locales.

Frente a esto, el aparente desorden de los modos de lucha anarquistas se convierte en objeto de aversión. La espontaneidad es la palabra clave que marca esta hostilidad. Es un término políticamente ambiguo. A menudo indica una acción que surge «naturalmente», como una respuesta momentánea. En este sentido, una acción espontánea está atada al estímulo que la provoca. Sin embargo, según otra definición, «en el siglo XVIII, cuando Kant describió la unidad de la apercepción trascendental —el hecho de que soy consciente de mí mismo viviendo mis propias experiencias— lo llamó un acto espontáneo. Kant se refirió a lo opuesto de algo natural. Un acto espontáneo es aquel que se realiza libremente».<sup>4</sup> De este modo, el término conserva tanto el sentido de levantamiento reflejo (que recuerda la visión espasmódica del disturbio) como el del acto voluntario, libremente elegido, que, sin embargo, carece del paciente desarrollo de la contraorganización que avanza en paralelo a los avances del capital.

El término adquiere una complejidad aún mayor con la revolución soviética. Lenin lo utilizará para condenar a las masas desorganizadas. La palabra rusa *stikhiinost* significa tanto espontaneidad como el caos de la naturaleza: aquello que posee un menor grado de organización. Alexander Bogdanov, filósofo polímata ruso, precisará que este desorden de la naturaleza es una resistencia a esa organización que es el trabajo humano, al cual ambos se oponen: «En consecuencia, el mundo es un campo de batalla de trabajo colectivo, en el que la actividad humana lucha con la resistencia espontánea de la naturaleza».<sup>5</sup>

Es el colapso no declarado de estos sentidos —caótico, natural, contra el trabajo humano— lo que permite que el término exprese sus dimensiones más peyorativas. Desde una ortodoxia leninista, el espontaneísmo no se convierte simplemente en una falta de organización en cierto sentido, sino también en un antagonismo hacia el trabajo, y por tanto implícitamente

<sup>4</sup> «Spontaneity, Mediation, Rupture», *Endnotes*, núm. 3, 2013, p. 232. La autoría colectiva cita a Robert Pippin, *Hegel's Idealism*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989, pp. 16-24 [ed. cast.: «Espontaneidad, mediación, ruptura», en *Endnotes*, núm. 3, Madrid, Ediciones Extáticas, p. 292].

<sup>5</sup> Maria Chehonadskih, «The Anthropocene in 90 Minutes», *mute.com*.

al proletariado. Además, un desacuerdo con las estrategias organizativas puede leerse como algo irracional, contrario no solo al trabajo, sino también al ser humano como tal.

En un momento anterior de este debate escenificado a la luz de la Comuna de París, Marx al principio arremete contra tal enfoque, contra la impaciencia revolucionaria. En medio de las terribles derrotas francesas de 1870, advirtió: «Los obreros franceses... no deben dejarse llevar por los *recuerdos* nacionales de 1792...». Por el contrario, deben «construir el futuro. Que aprovechen serena y resueltamente las oportunidades que les brinda la libertad republicana, para trabajar más a fondo en la organización de su propia clase».<sup>6</sup> Como es bien sabido, más tarde cambiará su posición y emitirá un juicio muy notable sobre la Comuna.

## Engels y Sorel

Las dudas iniciales de Marx reaparecen en la evaluación de Engels sobre la huelga general impulsada por los bakuninistas en 1873, cuando España estaba al borde de la guerra civil. Las conclusiones de Engels seguramente pesan sobre la posterior indefinición de Hobsbawm, en su identificación de la huelga general con el disturbio, dos fases de la excesiva espontaneidad y la organización inadecuada, al mismo tiempo demasiado e insuficiente. «En el programa bakuninista, la huelga general es la palanca de la que hay que valerse para desencadenar la revolución social», escribe, aumentando aún más su desprecio. Y continúa:

Una buena mañana, los obreros de todos los gremios de un país y hasta del mundo entero dejan el trabajo y, en cuatro semanas a lo sumo, obligan a las clases poseedoras a darse por vencidas o a lanzarse contra los obreros, con lo cual dan a estos el derecho a defenderse y a derribar, aprovechando la ocasión, toda la vieja organización social.

Remontándose a 1842 y a sus limitaciones, sus fallos de coordinación y preparación, llega al «quid de la cuestión»:

De una parte, los gobiernos, sobre todo si se les deja envalentonarse con el abstencionismo político, jamás permitirán que la organización ni las cajas de los obreros lleguen tan lejos; y, por otra parte, los acontecimientos políticos y los abusos de las clases gobernantes facilitarán la emancipación de los obreros mucho antes de que el proletariado llegue

---

<sup>6</sup> Karl Marx y V. I. Lenin, *The Civil War in France: The Paris Commune*, Nueva York, International Publishers, 1968, p. 34 [ed. cast.: *La guerra civil en Francia*, Madrid, Fundación Federico Engels, 2003, p. 39].

a reunir esa organización ideal y ese gigantesco fondo de reserva. Pero, si dispusiese de ambas cosas, no necesitaría dar el rodeo de la huelga general para llegar a la meta.<sup>7</sup>

Según este análisis, los anarquistas carecen tanto de racionalidad como de recursos. Al no haber desarrollado convenientemente sus asociaciones obreras, los trabajadores no han acumulado ni la capacidad organizativa adecuada ni las arcas suficientes para llevar a cabo lo que consideran una batalla por la emancipación total. Rosa Luxemburg encontró en esto lo que acabaría convirtiéndose en el sentido común de la socialdemocracia, que deriva de la otra, la «teoría anarquista de la huelga general, es decir, la teoría de la huelga general como medio para desencadenar la revolución social, en contraposición con la lucha política cotidiana de la clase obrera». Toda defensa de la huelga general anarquista «gira alrededor de un dilema muy simple: o bien el proletariado en su conjunto no dispone todavía ni de organización ni de fondos considerables —y entonces no puede realizar la huelga general—, o bien los obreros están lo suficientemente organizados como para no tener necesidad de la huelga general».<sup>8</sup>

No obstante, Georges Sorel ofrecerá una contestación notable. Antes de pasar a sus argumentos, podríamos señalar una interesante hipótesis de Engels sobre el desarrollo de las cajas de resistencia, la artillería pesada en el arsenal del proletariado. El límite a su expansión reside en el Estado, quien «nunca permitirá que las cajas de los trabajadores lleguen a ser lo suficientemente grandes». Este es el mundo visto desde la perspectiva de la acumulación, en el que se supone un excedente social creciente, y la pugna por apropiarse de la mayor parte posible de ese excedente es el preámbulo plausible y necesario de una lucha más amplia. La concepción de Engels de los fundamentos de la lucha es productivista, no solo en el sentido abstracto de asumir la centralidad del trabajo productivo para la lucha revolucionaria, sino también en su presuposición de un aumento concreto y continuo de la riqueza social derivada del capital productivo; está de acuerdo con la observación de Rule de que el éxito de la huelga depende de «ampliar la producción». Esta es la especificidad histórica camuflada a partir de la cual Engels universaliza su crítica.

Sorel será el contrapunto de Engels más de treinta años después. Su defensa de la huelga general no es menos apasionada que la denuncia de Engels, al tiempo que comparte la tendencia universalizadora de

---

<sup>7</sup> Friedrich Engels, «The Bakuninists at Work: An Account of the Spanish Revolt in the Summer of 1873» [Los bakuninistas en acción. Memoria sobre el levantamiento en España en el verano de 1873], citado en Rosa Luxemburg, Helen Scott (ed.), *The Essential Rosa Luxemburg*, Chicago, Haymarket Books, 2008, pp. 111-112.

<sup>8</sup> Luxemburg, *Essential*, op. cit., p. 112.

esta denuncia. Para Sorel, el poder de la huelga general no residía en su capacidad de someter inmediatamente al capital, sino en proporcionar al proletario una orientación total, una totalización política.

Distingue entre huelga general, «proletaria» y «política». Esta última se entiende como un mecanismo impulsado por actores políticos bajo el control de sindicatos centralizados con el objetivo de transferir el poder de un gobierno a otro ya preparado y organizado. Esta es la «organización ideal» que Engels considera imposible. La intención de Sorel no es la de hacer hincapié en contra de Engels sobre la posibilidad de tal organización. Al contrario, la rechaza por conservar la dominación política, porque proyecta sobre la huelga general este carácter «político» en el que el horizonte es la toma del poder del Estado y el control centralizado del Estado. La huelga general proletaria, por el contrario, es la condición previa de una guerra de clases emancipadora.

Aquí Sorel contrapone la huelga general proletaria a la huelga parcial o restringida, sugiriendo que esta última ofrece satisfacciones y logros parciales que sirven para atenuar el fervor revolucionario. Además, plantea, pero no resuelve, la divergencia de intereses entre los obreros de a pie y la aristocracia obrera de «capataces, oficinistas, ingenieros, etc.», así como los intereses aparentemente opuestos del campesinado y el proletariado industrial. La concepción de Marx del capital como una totalidad y su abstracción de la existencia social en dos clases antagónicas no puede comprenderse desde esta perspectiva, ni puede construirse poco a poco.

La huelga general unifica la experiencia de la miseria cotidiana con atisbos fragmentarios de algo que va más allá, permitiendo al trabajador individual una intuición del mundo hacia el que aspira la revolución, obtenida «en forma de un conjunto que se capta instantáneamente».<sup>9</sup> Este «conocimiento total» bergsonianos supera al mismo tiempo el problema práctico de la desunión de clases. Sorel imagina resolver el llamado problema de la composición de esta manera: «Pero todas las oposiciones cobran una extraordinaria nitidez si imaginamos los conflictos ampliados hasta las dimensiones de la huelga general [...] la sociedad está efectivamente dividida en dos bandos, y solamente en dos, en un campo de batalla».<sup>10</sup>

La acción espontánea, por lo tanto, se infiere del conocimiento espontáneo en el sentido kantiano. Permite el único camino posible hacia una conciencia de clase y una posibilidad revolucionaria actualizada que no

<sup>9</sup> Georges Sorel, *Reflections on Violence*, ed. por Jeremy Jennings, Cambridge, Cambridge University Press, 1999, p. 128. Véase nota al pie número 111 en referencia a Bergson [ed. cast.: *Reflexiones sobre la violencia*, trad. por Florentino Trapero, Madrid, Alianza Editorial, p. 187, nota 16].

<sup>10</sup> Sorel, *Reflections*, op. cit., p. 132 [ed. cast.: p. 192].

esté previamente atrapada por estructuras organizativas reificadas. Como dijo Sorel respecto de la huelga general, es preciso «*aprehender su totalidad indivisa y concebir el paso del capitalismo al socialismo como una catástrofe cuyo proceso no es susceptible de descripción*». <sup>11</sup> Aunque Sorel era un hereje socialista y sindicalista, fue su posición contraria a la organización estatal y de partido la que acabó convirtiéndose en la conocida posición anarquista sobre la huelga general.

## La inversión de Rosa Luxemburg

La reconstrucción de esta cuestión por Luxemburg en *La huelga de masas* es uno de los grandes manifiestos políticos de los que se tiene constancia, tanto por su método como por su conclusión. No está exento de ambigüedades. A este respecto, a veces parece distinguir la huelga general y la huelga de masas como fenómenos de los siglos XIX y XX respectivamente, otras, parece tratarlos como lo mismo: «El anarquismo, ligado indisolublemente a la idea de la huelga de masas». Reconoce que la crítica de Engels a esta forma de huelga «es tan simple y tan inatacable, que durante un siglo prestó inmensos servicios al movimiento obrero moderno, ya fuera para combatir en nombre de la lógica a las quimeras anarquistas, ya fuera como medio auxiliar para llevar la idea de la lucha política a las capas más profundas de la clase obrera». <sup>12</sup>

Su retórica aquí es hábil y convincente, incluso potencialmente equívoca. Sugiere que cualquier refutación del veredicto de Engels debe ponerse del lado del «fantasma anarquista». Durante mucho tiempo esto ha sido una lectura errónea de Luxemburg, cuya posición ha sido a menudo asimilada a una espontaneidad soreliana. «Rosa Luxemburg puso gran énfasis en la espontaneidad de las masas», menciona algunas reflexiones bien sentidas para demostrar que Luxemburg tenía «una fe fanática, pero utópica, casi anarquista, en las masas». <sup>13</sup> El propio Sorel relata que «la *nueva escuela* que dice ser marxista, sindicalista y revolucionaria» —se refiere a Luxemburg, quizá a Anton Pannekoek— «se ha declarado favorable a la idea de huelga general, en cuanto ha podido tomar clara conciencia del verdadero sentido de su doctrina, de las consecuencias de su actividad o de su originalidad propia». <sup>14</sup>

<sup>11</sup> Ibídem, p. 148 (énfasis en el original) [ed. cast.: p. 209].

<sup>12</sup> Luxemburg, *Essential*, op. cit., pp. 114, 112.

<sup>13</sup> Norman Geras, *The Legacy of Rosa Luxemburg*, Londres, Verso, 1976, pp. 111-112. En el segundo pasaje cita a E. H. Carr.

<sup>14</sup> Sorel, *Reflections*, op. cit., p. 120 [p. 178].

Pero para Luxemburg no era la conciencia doctrinal lo que había cambiado. Eran las circunstancias materiales. No se podía culpar a Engels por su razonamiento en 1873; son los que permanecen estancados en esa posición frente a los nuevos desarrollos históricos los que son dignos de desprecio. Pannekoek argumentará de forma similar poco después. Frente a la polémica de Kautsky contra la huelga de masas, la cual Kautsky temía que perjudicara al Partido Socialdemócrata y a sus sindicatos, Pannekoek sostiene que «las diversas formas de acción [...] no son polos opuestos, sino parte de una clase gradualmente diferenciada», formas que adquieren su relevancia en función del desarrollo de las fuerzas económicas.<sup>15</sup>

Luxemburg escribió su panfleto al hilo de una serie de huelgas de masas, primero en Bélgica y Suecia, después en Países Bajos, Rusia e Italia; seguidas de la oleada de huelgas insurreccionales que constituye la inacabada Revolución rusa de 1905. Cuestiona así la huelga no como un error, sino como una posibilidad:

En consecuencia, la Revolución rusa nos enseña que la huelga de masas no es ni «fabricada» artificialmente ni «decidida» o «propagada» en un espacio inmaterial y abstracto, sino que representa un fenómeno histórico resultante en un cierto momento de una situación social, a partir de una necesidad histórica. Por lo tanto el problema no se resolverá mediante especulaciones abstractas acerca de la posibilidad o la imposibilidad, sobre la utilidad o el riesgo de la huelga de masas, sino a través del estudio de los factores y de la situación social que provoca la huelga de masas en la fase actual de la lucha de clases. Ese problema no será comprendido y no podrá ser discutido a partir de una *apreciación subjetiva* de la huelga general tomando en consideración lo que es deseable o no, sino a partir de un *examen objetivo* de los orígenes de la huelga de masas, interrogándonos sobre si ella es históricamente necesaria.<sup>16</sup>

Su estudio revela una situación profundamente compleja en Rusia. Describe los preparativos de la huelga de masas de enero en San Petersburgo:

Aquí se lucha por la jornada de ocho horas; allí contra el trabajo a destajo; aquí se lleva sobre carretillas a los amos brutales después de haberlos amarrado y metido dentro de una bolsa; en otra parte se combate el infame sistema de las multas; en todos lados se lucha por mejores salarios, aquí y allí por la supresión del trabajo a domicilio.<sup>17</sup>

<sup>15</sup> Anton Pannekoek, *Pannekoek and Gorter's Marxism*, ed. por D. A. Smart, Londres, Pluto, 1978, p. 65. En retrospectiva, ¡qué fácil era derribar a Kautsky en el debate!

<sup>16</sup> Luxemburg, *Essential*, *op. cit.*, pp. 117-118.

<sup>17</sup> *Ibidem*, p. 129.

Con esta multiplicidad de reivindicaciones, no es posible ninguna coordinación política desde arriba. Sin embargo, sí fue posible la difusión interna de la huelga dentro del proletariado. Lo que da coherencia a estas diversas particularidades rusas es la transición de un absolutismo casi feudal a un capital en vías de industrialización. Mientras que el trabajo urbano y el campesinado pueden encontrarse en posiciones muy diferentes, ambas posiciones se sitúan dentro de una misma transformación, y el relevo entre luchas vagamente políticas y económicas está abierto, poniendo en tela de juicio esa separación que Anthony Giddens describe como las bases fundamentales del Estado capitalista.<sup>18</sup> De este modo, la balanza pudo desplazarse de la confrontación al absolutismo a las luchas económicas que siguieron a la huelga de enero. Esto abre para Luxemburg una perspectiva revolucionaria:

Pero al mismo tiempo, el periodo de las batallas económicas de la primavera y del verano de 1905 permitió al proletariado de las ciudades extraer inmediatamente después las lecciones del prólogo de enero y tomar conciencia de las tareas futuras de la revolución, gracias a la propaganda intensa dirigida por la socialdemocracia y su dirección política.<sup>19</sup>

La espontaneidad, por tanto, puede transformarse en coordinación en condiciones particulares, como las de la transición. Esta es la secuencia revolucionaria que Luxemburg tiene ante sí, y la huelga de masas es la forma que adopta esta secuencia. En su opinión, esto no valida la posición anarquista. Su conclusión, expuesta al principio, es verdaderamente contundente en este sentido. El carácter revolucionario y el éxito de la huelga de masas «no solo no ofrece una reivindicación del anarquismo, sino que en realidad implica *la liquidación histórica del anarquismo*».<sup>20</sup> Como resultado de la evolución político-económica, la huelga de masas ha cambiado, por así decirlo, de bando; a través de un movimiento objetivo, entró en el repertorio de la lucha comunista.

Ahora se podría leer a Luxemburg como un golpe asestado por el socialismo y el marxismo contra las ideas anarquistas. Por momentos, el panfleto adquiere ciertas tonalidades triunfalistas, lo cual no le favorece. También se puede leer como una recomendación sobre cómo proceder, de la importancia del arma de la huelga de masas; sin duda esto es lo fundamental.

---

<sup>18</sup> Anthony Giddens, *The Class Structure of the Advanced Societies*, Londres, Hutchinson, 1973, p. 206 [ed. cast.: *La estructura de clases en la sociedades avanzadas*, trad. por Joaquín Bollo Muro, Madrid, Alianza Editorial, pp. 242-243].

<sup>19</sup> Luxemburg, *Essential*, *op. cit.*, p. 131.

<sup>20</sup> *Ibidem*, p. 113.

Sin embargo, puede ser más significativo para el presente leer el texto por su claridad dialéctica. Cuando las condiciones materiales cambian, cuando la estructura político-económica cambia, la importancia política y las posibilidades prácticas de una táctica de acción colectiva pueden cambiar también. Hay que abandonar la rígida asociación entre la huelga, las formas de organización política que la acompañan y lo que a partir de ahora llamaremos teoría comunista. Del mismo modo que la anquilosada asociación de la acción colectiva supuestamente espontánea con el anarquismo. Los pensadores que se aferran a estas identificaciones, a pesar de toda su sagacidad intelectual o su rechazo por cuestión de principios a las modas teóricas, solo pueden ser nuestros Kautskys, o para el caso Bömelburgs, atrapados en el ámbar de «lo deseable». Debemos estar abiertos a «revisar fundamentalmente el antiguo punto de vista marxista», un punto de vista basado en las transformaciones de la realidad social.<sup>21</sup> No declaramos que un comunista hace esto o un anarquista hace lo otro. Vamos al «punto de vista de lo que es históricamente inevitable»: solo desde ese punto de vista «el problema puede ser captado o incluso discutido».

---

<sup>21</sup> *Ibíd.*, p. 114.

## VI

### HILOS CRUZADOS, O DE LA HUELGA AL DISTURBIO

EN 1963, LA REVISTA SOCIALISTA *Monthly Review* dedicó por entero un número doble a un obrero de la industria automovilística de Detroit: un indicador preciso que subraya la trayectoria de James Boggs en cuanto compartida con muchos otros, e inseparable de su notable vida. En 1937, siguiendo el camino de la primera Gran Migración de los negros estadounidenses del sur rural al norte industrial y al Medio Oeste, Boggs emigró de Alabama a Detroit, donde viviría el resto de su vida. Acabaría casándose con Grace Lee, la tercera líder y teórica de la Tendencia Johnson-Forest, junto con C. L. R. James y Raya Dunayevskaya. La tendencia se originó en el seno del Partido de los Trabajadores y el Partido Socialista de los Trabajadores, dos grupos trotskistas; conservaba una perspectiva obrerista y había prestado especial atención a las huelgas salvajes militantes entre los mineros y los trabajadores del automóvil.

Dado este cúmulo de circunstancias, afiliaciones e implicaciones, el breve prólogo de Boggs a su *The American Revolution: Pages From a Negro Worker's Notebook* [La revolución americana: páginas del diario de un trabajador negro] es sorprendente. Concluye así:

Soy un obrero, pero no me limito a saber lo estricto de mi oficio. Conozco la diferencia que existe entre lo que sería justo en una sociedad de personas lógicas y lo que de hecho *es* justo cuando se vive en una sociedad de personas reales y en medio de unas diferencias no menos reales. Una persona sensata y de elevada educación, aun cuando oiga afirmar al pueblo que va a estallar un gran motín, dará por cierto que nada va a ocurrir, ya que todo está bajo control de las autoridades. Pero si yo tuviera noticia de que el pueblo está hablando del inminente estallido de un gran motín y viera a una persona sensata estacionada en un lugar abierto, le diría que se marchase pronto, pues con toda seguridad su vida podría correr peligro.

Las reformas y las revoluciones han surgido de las acciones ilógicas del pueblo. Muy pocas son las personas lógicas capaces de efectuar

alguna reforma y ninguna ha emprendido jamás la revolución. El Derecho es algo que uno mismo se construye para servirse de él.<sup>1</sup>

Es un pasaje curioso y no solo por su gesto final de lo que podríamos llamar *irracionalidad instrumental*. Por un lado, es un poco opaco; la repentina aparición del disturbio es, como mínimo, infundada o desconcertantemente premonitrice. Es 1963, cuatro años antes de la Gran Rebelión de Detroit, en aquel momento el disturbio a mayor escala de la historia nacional. Y es un año antes de que las rebeliones de Harlem y otros lugares inauguren el periodo en el que el «disturbio racial» se convierte en un elemento central del panorama político estadounidense.

Por otra parte, el razonamiento que subyace a este pasaje resulta fascinante para cualquiera que se haya interesado remotamente por la historia del debate aquí implícito. Asocia tácitamente la organización del trabajo con la «lógica», con un tipo de orden que no puede sino reflejar la racionalidad cerrada de la cadena de montaje de la fábrica. El disturbio va de la mano del desorden, de lo ilógico, del espacio social sostenido por el rumor. No es menos significativo que el pasaje retome la superación de la política prescriptiva de Luxemburg. Su distinción entre «lo *que* sería justo en una sociedad de personas lógicas» y «la realidad» de lo que ocurre dentro de unas condiciones sociales dadas es una versión de la oposición de Luxemburg entre lo políticamente «deseable» y lo «históricamente inevitable».

Cada uno de ellos percibe la particularidad de su periodo, su apertura, incertidumbre, su posibilidad. La década de 1960 dio lugar a una situación única de disturbios y huelgas, que se concentró sobre todo en Detroit. La situación presenta allí dos rasgos distintivos. Uno es la racialización del disturbio o, mejor dicho, la relación entre disturbio y racialización. Esto será objeto de un capítulo posterior. El otro, que difícilmente puede desvincularse de la cuestión racial, es la proximidad de las dos formas de acción colectiva: su coexistencia, su proximidad, su confrontación. Este es un revelador rompecabezas de la década, un enredo que, a medida que se desarrolla y aclara, empieza a desvelar cómo el disturbio no solo expresará, sino que explicará su momento histórico.

Las asociaciones más instructivas y clarividentes se obtienen relacionando el disturbio y la huelga con las condiciones político-económicas del momento, las que dan al capital su orientación general y evolucionan con el tiempo, cambiando el significado y el alcance de las formas de acción. Esta relación no es absoluta: las condiciones políticas y económicas no son

---

<sup>1</sup> James Boggs, *Pages from a Black Radical's Notebook: A James Boggs Reader*, Detroit, Wayne State University Press, 2011, pp. 84-85 [ed. cast.: *La revolución americana*, trad. por. Jorge García Clavel, Barcelona, Editorial Nova Terra, 1985, p. 12].

totalmente determinantes. Más bien, expresan a la vez posibilidades y límites. El campo de la contestación social se encuentra en tensión debido, por un lado, a la capacidad de los seres humanos de «hacer su propia historia» y, por otro, a las «circunstancias ya existentes, dadas y transmitidas por el pasado». Es debido a la tensión entre estas fuerzas, entre agencia y determinación, que encontramos múltiples formas de acción colectiva dentro de una coyuntura dada. Al mismo tiempo, dado que un determinado conjunto de circunstancias se inclina hacia un lado y no hacia otro, una de las formas de acción tenderá a convertirse en la táctica principal.

En periodos de transformación sistémica, estas tácticas evolucionan inevitablemente y compiten entre sí a medida que distintos sectores de la sociedad, en función de su posición, emprenden luchas emancipadoras. Los años sesenta y setenta en Estados Unidos brindan una oportunidad extraordinaria para estudiar este fenómeno de transformación, equivalente al que experimentó Gran Bretaña a principios del siglo XIX, aunque en este caso los vientos de cambio soplan en dirección opuesta, desde la fábrica hacia el puerto, el mercado y la plaza pública. A pesar de todas las diferencias obvias entre los dos periodos, existen resonancias con la destrucción de máquinas del siglo XIX, cuando los cambios en la producción social se manifiestan como indecisión y transformación dentro del repertorio de tácticas. Con la huelga convertida en una táctica popular y diferenciada, el retorno del disturbio aparece al principio como un extraño y heroico esfuerzo por *unir las dos formas de acción en un proceso revolucionario* durante el cual la lucha obrera y el disturbio parecen dos frentes de un mismo antagonismo. «Soy un obrero, pero no me limito a saber lo estricto de mi oficio», dice Boggs; podría ser la década la que habla por su boca. La incansable lucha y creatividad de la década, centrada en gran medida en una población negra que soporta el peso inicial de la desindustrialización, solo es posible dentro de un marco muy estrecho. Es un esfuerzo perseguido de manera desesperada, tangencial, quizá a espaldas de la conciencia, y en última instancia destinado a terminar en fracaso.

## Lucha y beneficio

La huelga siguió siendo la táctica principal en el Occidente industrializado hasta los años sesenta. Tal y como Engels insinuó, se puso al servicio de la expansión económica. A lo largo del siglo XX, las huelgas no acompañaron a la catástrofe económica, sino al crecimiento, un hecho evidente tanto en la Depresión y el Frente Popular de los años treinta como durante el auge de posguerra, tal y como señala el sociólogo Roberto Franzosi:

La investigación cuantitativa ha demostrado sin lugar a duda, en diferentes contextos institucionales (ejemplos tomados de diferentes periodos y países), que la frecuencia de las huelgas sigue los ciclos económicos y, en particular, la evolución del desempleo: cuanto mayor es el nivel de desempleo, menor es el nivel de huelgas.<sup>2</sup>

Incluso si esta correlación es perfectamente clara, el vínculo tradicionalmente establecido entre la huelga y el bajo desempleo forma parte de una dinámica más amplia de acumulación sistémica e industrialización, inexorablemente ligada a altas tasas de beneficio. La acumulación, conviene recordarlo, no es un proceso fluido y transparente, incluso cuando se observa desde la distancia. El largo *metaciclo* del capital productivo en Occidente, entre aproximadamente 1830 y 1973, está plagado de inestabilidad, crisis, recesiones y la transferencia de hegemonía de una potencia a otra. No obstante, dentro de este abigarrado panorama histórico, la correlación entre huelgas, mercados de trabajo tensionados, expansión industrial y altas tasas de beneficios es abrumadora; la causalidad es lógicamente necesaria. Se basa en las dificultades relativas para sustituir a la mano de obra, la falta de voluntad del capital para interrumpir actividades altamente rentables, la disposición del Estado para comprar la paz interna con subvenciones sociales y la inteligencia de la mano de obra para mejorar su posición y sus capacidades hasta el punto de poder apropiarse de parte del excedente social.

En este sentido, los años sesenta constituyen un periodo insólito. Las tasas de beneficio se mantuvieron históricamente altas. El crecimiento real del PIB mundial durante la década supera el 5 %, más de un punto porcentual por encima tanto de la década anterior como de la posterior, impulsado por la anglosfera y el norte de Europa, con un crecimiento aún más rápido en Japón, estimulado por su acelerado proceso de recuperación. Las tasas de beneficio neto de la industria manufacturera en Estados Unidos tienen picos iguales, con promedios superiores a los de cualquier otro periodo de auge.<sup>3</sup> Por consiguiente, la «desaparición de la huelga» en el norte de Europa, Reino Unido, Estados Unidos y Canadá —pronosticada por algunos economistas, que apostaban porque en el seno de «un movimiento obrero maduro [...] sus miembros no estarían tan predispuestos a la huelga como antes— no llegó a producirse.<sup>4</sup>

<sup>2</sup> Roberto Franzosi, «One Hundred Years of Strike Statistics, Data, Methodology, and Theoretical Issues in Quantitative Strike Research», *CRSO Working Paper*, núm. 257, Ann Arbor, Center for Research on Social Organization, 1982, pp. 15, 17.

<sup>3</sup> Robert Brenner, «What's Good for Goldman Sachs», prólogo a *The Economics of Global Turbulence* [*La economía de la turbulencia global*, Madrid, Akal, 2009], números de página tomados del texto mecanografiado facilitado por el autor, pp. 8, 11 [ed. cast.: p. 31].

<sup>4</sup> Arthur M. Ross y Paul T. Hartmann, *Changing Patterns of Industrial Conflict*, Nueva York, Wiley, 1960, pp. 71, 43.

Al mismo tiempo comienza a vislumbrarse un debilitamiento de la situación macroeconómica, ralentizándose la expansión a medida que los beneficios acumulados buscan, cada vez más en vano, una salida productiva, iniciándose «la crisis-señal del régimen de acumulación estadounidense de finales de la década de 1960 y principios de 1970».<sup>5</sup> Los intentos de aumentar el poder adquisitivo no condujeron a una reactivación de la producción sino a la inflación y a la fuga de capitales, camino a la crisis de 1973 que señalaría el declive del ciclo de acumulación liderado por Estados Unidos. Brenner traza el declive del sector industrial estadounidense, y del sector manufacturero en general, frente a la competencia internacional, un fenómeno en el que los fabricantes de automóviles son, como siempre, los actores clave. El efecto de este declive —«dada especialmente la enorme fracción del total que representaba la producción estadounidense»— fue una importante caída de la rentabilidad conjunta de las economías capitalistas avanzadas, sobre todo en la industria, durante los años comprendidos entre 1965 y 1973».<sup>6</sup> Que la desaceleración mundial tenga su base en el motor industrial estadounidense sugiere que la experiencia de Estados Unidos puede generalizarse, al menos de forma limitada.

Se trata de una economía paradójica, con una alta productividad ensombrecida por una incipiente desindustrialización. Las huelgas persistían: en el Reino Unido, los años sesenta fueron testigos de un notable aumento tanto de los paros laborales como del total de días de trabajo perdidos; en Estados Unidos, la huelga experimentaría un repunte otoñal que comenzaría en torno a 1964 y se prolongaría hasta los años setenta: no podíamos saber que estos serían los últimos destellos dorados antes de que llegara el invierno para el movimiento obrero en el corazón del sistema-mundo capitalista.<sup>7</sup> Al mismo tiempo, se produjo una creciente visibilidad de los disturbios a todas las escalas, cuyo episodio más conocido fue el «Long Hot Summer» [Largo y cálido verano].<sup>8</sup> La nueva era del disturbio aún no había llegado realmente, pero la accidentada transición había comenzado.

En su estudio sobre el sistema penitenciario en California, Ruth Wilson Gilmore pone de relieve el modo en que una población racializada reacciona ante las opresiones locales y el colapso sistémico:

<sup>5</sup> Giovanni Arrighi, *The Long Twentieth Century*, op. cit., p. 315 [ed. cast.: p. 367].

<sup>6</sup> Brenner, *Turbulence*, op. cit., p. 38 [ed. cast.: p. 152].

<sup>7</sup> Datos del Reino Unido de la Oficina de Estadísticas Nacionales, «Labour Disputes Annual Estimates; United Kingdom; 1891-2014» (versión actualizada el 16 de julio de 2015), ons.gov.uk; datos de Estados Unidos de la Oficina de Estadísticas Laborales, «Economic News Release»: Tabla 1. Work stoppages involving 1,000 or more workers, 1947-2014» (versión actualizada el 11 de febrero de 2015), bls.gov.

<sup>8</sup> El largo y cálido verano hace referencia a un periodo de disturbios raciales en las principales ciudades estadounidenses durante el verano de 1967, en el que estallaron más de 150 disturbios, principalmente relacionados con la brutalidad policial, la pobreza y la desigualdad racial en las comunidades negras.

La Rebelión de Watts de 1965 fue una expresión consciente de oposición (aunque «espontánea» en un sentido leninista) a la desigualdad en Los Ángeles, donde el *apartheid* cotidiano había sido resucitado a la fuerza por la policía bajo la dirección del jefe blanco y abiertamente supremacista William Parker. En Oakland, el Black Panther Party [Partido Pantera Negra] se concibió como una respuesta drástica, muy disciplinada y fácil de emular contra la brutalidad policial. La militancia negra antirracista de las ciudades, centrada en combatir las formas concretas en que «la raza (...) es la modalidad en la que se vive la clase», combinaba muchas décadas de lucha en el crisol sangriento de la revolución *tanto* contra el *apartheid* del sur *como* contra su *doppelgänger* [doble fantasmagórico] en las ciudades del norte...

En 1967 el sistema empezó a desmoronarse simbólica y materialmente. Durante el *Summer of Love* [verano del amor], mientras miles de *flower children* acudían en masa a San Francisco, para repudiar el *establishment*, California alineaba sus fuerzas coercitivas *anti*-antirracistas detrás del proyecto de ley *Panther Gun Bill*.<sup>9</sup> Todo ello en el mismo momento que la tasa de beneficios comenzaba su espectacular declive.<sup>10</sup>

Incluso el famoso y anodino *Kerner Report*, encargado por Lyndon Johnson tras los disturbios de Newark y la *Great Rebellion* de 1967, señalaba «una evolución gradual tanto en las tácticas como en los objetivos» de la protesta negra, pasando «de la acción legal a la acción directa, de la clase media y burguesa a la acción de masas (...) de apelar al sentido del *juego limpio* de los estadounidenses blancos a demandas basadas en el poder del gueto negro».<sup>11</sup>

Los contornos del disturbio moderno, o *disturbio ampliado*, comienzan a delinearse con claridad. Aunque comparten ciertas características y lógicas con los disturbios del pasado, se desarrollan en un contexto histórico muy diferente y enfrentan un paisaje distinto. Por lo tanto, es crucial señalar que la secuencia *disturbio-huelga-disturbio ampliado* no sugiere una simple oscilación histórica, sino un desarrollo largo y arqueado que recupera y consume formas a medida que cambian los contenidos y contextos de la lucha.

---

<sup>9</sup> También conocida como Ley Mulford, fue un proyecto de ley de California de 1967 que prohibía llevar armas de fuego cargadas en público sin permiso. Bautizada con el nombre del republicano Don Mulford y promulgada por el gobernador de California Ronald Reagan, la ley se elaboró con el objetivo de desarmar a los miembros del Black Panther Party que realizaban patrullas armadas en los barrios de Oakland. La ley atrajo la atención nacional después de que los miembros de los Black Panthers, portando armas, marcharan hacia el Capitolio del estado de California para protestar contra la ley. [N. de la T.].

<sup>10</sup> Ruth Wilson Gilmore, *Golden Gulag: Prisons, Surplus, Crisis, and Opposition in Globalizing California*, Berkeley y Los Angeles, University of California Press, 2007, pp. 39-40.

<sup>11</sup> Otto Kerner *et al.*, *Report of the National Advisory Commission on Civil Disorders*, Nueva York, Bantam, 1968, p. 227.

Dado que esta trayectoria traza transformaciones sociales más amplias que se producen en distinto grado en todo el mundo superdesarrollado, pueden observarse ciertas similitudes a pesar de las diferencias nacionales o regionales, por ejemplo, entre los disturbios del Reino Unido y Francia.

*El disturbio ampliado* en Estados Unidos constituye una nueva fase de lucha racializada que emerge de y contra la historia de un movimiento por los derechos civiles, orientado fundamentalmente hacia las reformas, y que en 1965 ya había conseguido en gran medida las victorias esperadas. La nueva racialización de los disturbios destaca, aún más claramente, sobre el telón de fondo de las organizaciones obreras, sobre todo por la blanquitud codificada de dicho telón de fondo. Sistemáticamente precipitados por la violencia de los actores estatales y su consiguiente impunidad, *el disturbio ampliado* debe considerarse no solo en el contexto de la violencia racial del Estado, sino también, por ejemplo, en la del racismo agresivo de los sindicatos de oficio de la AFL [Federación Estadounidense del Trabajo], que consiguieron aplazar la creación de sindicatos dirigidos por negros hasta la constitución en 1925 del *Brotherhood of Sleeping Car Porters* [sindicato de trabajadores ferroviarios de pasajeros]. Es decir, el carácter eminentemente negro del disturbio aparece no solo como la agitada continuidad del movimiento de derechos civiles frente a la posición antinegra del Estado, sino también ante el carácter eminentemente blanco de la huelga. Y esto termina estructurando el sentido común, a pesar de la extensa historia de contraejemplos en ambos extremos del supuesto binarismo, tales como los disturbios «nativistas» de blancos contra blancos en el siglo XIX y la oleada de ataques antiasiáticos tras la Chinese Exclusion Act [Ley de Exclusión China], hasta la huelga de los viticultores de Delano.

Existe una paradoja evidente. Por un lado, el sujeto del disturbio contemporáneo en Occidente siempre está racializado, y los patrones de violencia, confinamiento y abyección racializados son inseparables del desarrollo del disturbio moderno. Por otro lado, la identificación absoluta y finalmente naturalizada de la táctica con la raza resulta ser un error destructivo, una confusión entre correlación y causalidad, como si la propia negritud fuera el origen del disturbio. Janet Abu-Lughod subraya los límites del término «disturbio racial», señalando el carácter construido de la *raza* y, además, la inadecuación del término *disturbio* frente a los significados abiertamente más políticos que ofrece el lenguaje de la sublevación y la rebelión. Al final lo conserva «porque tiene una referencia aparentemente clara en la literatura a la violencia interracial, ya sea iniciada por colectivos de blancos contra negros o por colectivos de negros contra blancos».<sup>12</sup> Es

---

<sup>12</sup> Janet Abu-Lughod, *Race, Space, and Riots in Chicago, New York and Los Angeles*, Oxford, Oxford University Press, 2007, pp. 7, 11.

significativo que la historia de los disturbios raciales en Estados Unidos comience con blancos que disciplinan a otras poblaciones insubordinadas. El «Verano Rojo» de 1919,<sup>13</sup> que contribuiría a forjar lazos profundos, pero ahora olvidados entre los negros estadounidenses y las organizaciones socialistas y comunistas, es el ejemplo más conocido, pero no el único, y se enmarca en «una extraordinaria ola de violencia masiva dirigida contra los negros entre 1919 y 1923».<sup>14</sup> En la segunda mitad del siglo XX, el *disturbio racial* evoca imágenes de violencia negra espontánea. Solo entonces el término comienza a designar el disturbio como tal. La convergencia retórica fue burda y eficaz. El carácter supuestamente irracional y salvaje del disturbio, carente de racionalidad, organización y mediación política, encaja perfectamente con la tradición racista en la que los sujetos racializados son representados como salvajes, animales, instintivos e irracionales.

## Revoluciones por minuto

En 1968, el Partido Socialista Italiano de Unidad Proletaria no se ponía de acuerdo sobre la invitación a su conferencia internacional: ¿un Black Panther o alguien del movimiento obrero radical de Detroit? Su gran suerte fue descubrir que John Watson era un miembro importante de ambos movimientos: tanto del Dodge Revolutionary Union Movement [Movimiento Sindical Revolucionario de Dodge] (DRUM) como del principal grupo del Black Power. Esta situación no duraría mucho. «La pertenencia de Watson a dos organizaciones revolucionarias distintas, el DRUM y los *Panthers*, representó un compromiso efímero entre las fuerzas revolucionarias de Detroit y California», que poco después se derrumbaría.<sup>15</sup>

Este momento representa el punto central de esta volátil secuencia política. Incluso el resumen más sucinto revela las rápidas fluctuaciones de las organizaciones revolucionarias. La prehistoria incluye el auge de la industrialización estadounidense en Detroit, así como la fundación allí de la Nación del Islam, dirigida por un obrero del sector del automóvil en paro, Elijah Muhammad. Entre 1920 y 1970, la población negra de Detroit aumentó del 4 % al 45 %; fue el caso más llamativo de integración masiva de trabajadores negros al proletariado industrial, una de las fuerzas que impulsaron el éxito del movimiento por los derechos civiles y

<sup>13</sup> El Verano Rojo de 1919 hace referencia a los disturbios de carácter racial ocurridos en más de una treintena de ciudades estadounidenses durante el verano y principios del otoño de dicho año.

<sup>14</sup> Michael C. Dawson, *Blacks In and Out of the Left*, Cambridge, Harvard University Press, 2013, p. 20.

<sup>15</sup> Dan Georgakas y Marvin Surkin, *Detroit: I Do Mind Dying: A Study in Urban Revolution*, Chicago, Haymarket Books, 2012, p. 50.

el desmantelamiento del sistema Jim Crow.<sup>16</sup> A principios de los sesenta surgió UHURU, una sección activa del Revolutionary Action Movement [Movimiento de Acción Revolucionaria] (RAM), y en 1966 la fundación de la sección de Detroit del Black Panther Party for Self-Defense [Partido Pantera Negra de Autodefensa]. En el verano de 1967 se produjo la Gran Rebelión, en la que, entre otras cosas, varios francotiradores se apostaron en los tejados para repeler a la policía. En el otoño del descontento de Detroit, el *Inner City Voice*, un periódico militante negro, dirigido por Watson desde las oficinas de la Wayne State University, se convierte en un nexo para diversas luchas militantes; en su plantilla cuentan con figuras fundamentales de todas las agrupaciones del periodo. Al año siguiente, se forma DRUM y, posteriormente, otros Revolutionary Union Movements [Movimientos sindicalistas revolucionarios] (RUMs); en 1969 se unen en la League of Revolutionary Black Workers [Liga de los Trabajadores Negros Revolucionarios] (LRBW).<sup>17</sup> En 1970, la LRBW inicia una escisión prolongada y dolorosa, dividida entre tendencias que apoyan la lucha en el frente cultural, el compromiso parlamentario, la formación de consejos obreros y un partido vanguardista negro. En 1972, lo que quedaba de la LRBW se afilió a la Communist League y dejó de existir como entidad autónoma. En la medida en que es posible establecer hitos, la secuencia se cierra, y con ella los largos años de la década de 1960.<sup>18</sup>

Se ha escrito mucho sobre este auge y caída. Sin embargo, se ha prestado menos atención a lo que quizás sea la característica más notable de la secuencia, aquello que la convierte en una secuencia y no solo en un conjunto de grupos, partidos, intereses y contrainstituciones, cada uno relacionado sincrónicamente con fenómenos separados: la muy precaria combinación de la organización obrera y el Black Power.

Por un lado, «la revolución negra de los sesenta había llegado por fin a uno de los eslabones más vulnerables del sistema económico estadounidense: el núcleo de la producción en masa, la cadena de montaje».<sup>19</sup> Por otro, el poder de esta introducción había sido atenuado por los sindicatos tradicionales, cuyo sistema de antigüedad otorgaba efectivamente «fuerza legal al monopolio masculino blanco de los mejores empleos», en palabras de un autor anónimo:

<sup>16</sup> Datos disponibles en la página web de la historia de Detroit, «Population of Various Ethnic Groups», [historydetroit.com](http://historydetroit.com).

<sup>17</sup> Georgakas y Surkin, *Detroit*, *op. cit.*, p. 119.

<sup>18</sup> La narrativa está recopilada de Georgakas y Surkin, *Detroit*, *op. cit.*; Joshua Bloom y Waldo E. Martin, *Black Against Empire: The History and Politics of the Black Panther Party*, Berkeley, University of California Press, 2013; y A. Muhammad Ahmad, «The League of Revolutionary Black Workers: A Historical Study», [historyisaweapon.com](http://historyisaweapon.com).

<sup>19</sup> Georgakas y Durkin, *Detroit*, *op. cit.*, p. 20.

En este páramo de frustradas esperanzas obreras, ¿de dónde más podría venir la redención, sino de aquellos cuyos intereses fueron sacrificados una y otra vez para que otro grupo más favorecido pudiera hacer las paces con los amos? ¿De dónde, sino de los trabajadores negros que viven en el infierno de la producción automovilística de la ciudad de Detroit?<sup>20</sup>

Todo esto sirve para contextualizar lo que podríamos llamar la «huelga negra militante». Es una versión de la huelga salvaje que va más allá de los sindicatos tradicionales dominados por los blancos. Su autoridad proviene en gran medida de las explosiones de disturbios urbanos en Detroit y otros lugares, es decir, de luchas que no se basan en condiciones laborales compartidas, sino más bien en el distanciamiento del mercado de trabajo, en la lucha frontal por la reproducción social fuera de la esfera de la producción.

Del mismo modo, el disturbio extrae lecciones de la tradición huelguística. En la primavera de 1967, Huey P. Newton, teórico de los *Black Panthers*, se muestra escéptico sobre el disturbio:

Todavía estamos en la fase elemental de lanzar piedras, palos, botellas de vino vacías y latas de cerveza a los policías racistas que están al acecho, buscando la oportunidad para asesinar a negros desarmados [...] Ya no podemos permitirnos el dudoso lujo de las terribles bajas que nos infligieron gratuitamente los policías durante estas rebeliones.<sup>21</sup>

Sin embargo, no defiende las luchas obreras. Su preocupación radica en saber cómo *pasar* del disturbio a un combate más eficaz, y para ello hace un llamamiento al «Partido de Vanguardia», es decir, a las formas de orden y disciplina heredadas de la organización del trabajo proletario y del campesinado agrícola. Es característico de la época que tanto el disturbio como la huelga, tratando de sobrepasar sus propios límites, avancen uno al lado del otro. Cada uno parece necesitar al otro para aparecer como revolucionario.

Esta competición no puede ser reconocida como tal por los observadores oficiales. El *Informe Kerner*, bajo el título de «desórdenes», ofrece esta descripción de la *Great Rebellion*: «Un espíritu de nihilismo temerario se estaba apoderando de la población. Los disturbios y la destrucción parecían convertirse progresivamente en un fin en sí mismo. A última hora de la tarde del domingo, a un testigo le pareció que los jóvenes “bailaban entre las llamas”».<sup>22</sup>

<sup>20</sup> Obrero anónimo en el *Inner City Voice*, octubre de 1970, citado en Georgakas y Surkin, *Detroit*, p. 37.

<sup>21</sup> Huey P. Newton, *The Huey P. Newton Reader*, ed. por David Hilliard y Donald Weise, Nueva York, Seven Stories Press, 2011, p. 136.

<sup>22</sup> Otto Kerner *et al.*, *National Advisory Commission*, p. 4.

Esto no puede, sino armonizar con el «infierno» obrero descrito antes. Todo ardía. Al mismo tiempo que el número de trabajadores negros aumentaba a gran escala, el desempleo de los negros después de la Segunda Guerra Mundial se situó entre un 150 % y un 400 % más elevado respecto a los blancos, y también significativamente por encima de los hispanos no blancos.<sup>23</sup> La población total de Detroit alcanzó su techo en 1950 e inició un declive bastante pronunciado; la ciudad dejó de crecer económicamente en torno a 1960, incluso mientras el cambio demográfico continuaba.<sup>24</sup> La carga racial de la desindustrialización se vio agravada por las políticas sindicales de «último contratado, primer despedido», que convirtió la segunda Gran Migración [Afroamericana] en la *gran exclusión*. El resultado dio lugar a dos tendencias: una economía industrial aún dominante que internalizó la mano de obra negra, pero que inició su declive y fue incapaz de absorber en su totalidad la afluencia demográfica. Esto condujo a un aumento tanto de la población negra empleada como de la población negra excedente, sujeta a desposesiones diferenciales. Pero estas tendencias se movían en direcciones opuestas. En el periodo que va de 1965 a 1973 las líneas de tendencia se cruzan produciendo un cortocircuito y Detroit asiste a *la intensificación de las condiciones tanto para el disturbio como para la huelga*, centradas en el seno de la comunidad negra. Esta es la situación a medida que se aceleran los años sesenta, y el fundamento de la secuencia política en desarrollo, aunque esta no pudiera perdurar.

En 1970, la secuencia ya había empezado a cerrarse:

[La Liga] creía que el Black Panther Party, con sede en Oakland, iba en la dirección equivocada al centrarse en organizar a los elementos «lumpen» de la comunidad negra. La Liga no creía que un movimiento eficaz pudiera basarse en el «lumpen», ya que carecía de una fuente potencial de poder. La Liga creía que los trabajadores negros eran la base más prometedora para un movimiento negro debido al poder potencial derivado de la capacidad de interrumpir la producción industrial.<sup>25</sup>

El debate ideológico sobre el verdadero sujeto revolucionario (al que volveremos), con sus aparentes diferencias regionales, descansa sobre los destinos de los propios sujetos. Ya en 1963, Boggs había realizado un diagnóstico acerca de la producción de la no producción y de la población excedente, y

<sup>23</sup> Joe T. Darden, Richard C. Hill y June M. Thomas, *Detroit: Race and Uneven Development*, Filadelfia, Temple University Press, 1990, p. 107.

<sup>24</sup> Campbell Gibson y Kay Jung, «Table 23. Michigan-Race and Hispanic Origin for Selected Large Cities and Other Places: Earliest Census to 1990», PDF, United States Census Bureau, febrero de 2005, census.gov.

<sup>25</sup> James A. Geschwender, «The League of Revolutionary Black Workers», *The Journal of Ethnic Studies*, núm. 2 (3), otoño de 1974, p. 9.

de hasta qué punto estaba destinada a desarticular la organización obrera. Sus observaciones se alejaban de la posición de 1919, cuando la African Blood Brotherhood [La hermandad africana de la sangre] (la primera liga de comunistas negros de EEUU) pudo incluir como parte de su programa básico una demanda en favor del «desarrollo industrial».<sup>26</sup> Escribe:

La automatización reemplaza a los hombres. Esto, naturalmente, no es una cosa nueva. Pero lo que sí resulta ahora *nuevo* y distinto a los periodos anteriores es que los hombres desplazados no tienen a dónde ir. Los agricultores desplazados por la mecanización de las granjas en los años veinte podían ir a las ciudades y trabajar en la cadena de montaje [...] En Estados Unidos, sin embargo, con una automatización que ha llegado cuando la industria había ya casi cubierto la demanda del consumidor, el problema de no saber qué hacer con el excedente del personal que la automatización ha hecho innecesario se agudiza cada día más y más.<sup>27</sup>

A los editores del número especial les resulta difícil no estar de acuerdo, insistiendo en que «a medida que el trabajo productivo resulta cada vez más fructífero y menos necesario», el capital desarrollará otros sectores, creará «directa e indirectamente, otras áreas de empleo: en ventas, ocio, especulación (legal e ilegal), servicios personales, etc. Algunos empleos así creados también sucumben a la automatización, pero el proceso de proliferación no se detiene».<sup>28</sup> Esto será cierto en parte; esos sectores, en general, experimentan periodos de crecimiento a medida que avanza la desindustrialización. Sin embargo, no lo suficiente como para generar los tensos mercados de trabajo que requieren las huelgas, y mucho menos para restablecer la acumulación capitalista a niveles suficientes, ya que, para empezar, dicha mano de obra es en gran medida improductiva.

Detroit es única en este periodo, no por el hecho de ser una excepción en la trayectoria histórica de las condiciones para la huelga y el disturbio, sino porque es, en cierto modo, un esclarecedor laboratorio de una dinámica que procede de forma desigual en todo el mundo superdesarrollado, una dinámica basada en la gran transformación del capitalismo que conocemos como desindustrialización, y que va acompañada de un declive de la acumulación y de las transformaciones en la división global del trabajo y del no trabajo. Aunque la militancia obrera parecía imponerse en Detroit en torno a 1970, a largo plazo se vio socavada. En 2005, los afroamericanos representaban más del 80 % de la población de Detroit, y al menos

---

<sup>26</sup> Dawson, *Blacks In and Out*, op. cit., p. 50.

<sup>27</sup> Boggs, *Boggs Reader*, op. cit., p. 102 [ed. cast.: 59-60].

<sup>28</sup> Leo Huberman y Paul Sweezy, «Editor's Forward», [historyisaweapon.com](http://historyisaweapon.com).

una cuarta parte de ellos estaban desempleados.<sup>29</sup> Al final, el pronóstico de Boggs acabará por mostrar la realidad de dicha situación.

Por todo ello, es difícil destacar adecuadamente la importancia del esfuerzo realizado en este periodo para fusionar no solo diferentes agendas u objetivos, sino diferentes enfoques políticos para vincular el disturbio y la huelga, no solo como tácticas, sino como modalidades.

## El disturbio como modalidad

¿Qué podría significar, después de haber propuesto rearticular el significado de los disturbios como una forma de acción colectiva, sugerir ahora que se trata de una modalidad política? Por ejemplo, ¿qué podría significar sugerir que los *Panthers* están a favor del disturbio, aunque Huey Newton tuviera poca fe en este tipo de actividades? Esta ambigüedad impregna las páginas del periódico *The Black Panther*. Un mes después del asesinato de Martin Luther King Jr. (y del asesinato por parte de la policía de Lil' Bobby Hutton, de los *Panthers*) y de la inmediata escalada de disturbios, Eldridge Cleaver titula su columna en *Dig This* así: «Credo para alborotadores y saqueadores», en la que ofrece una narración entusiasmadamente apocalíptica; la página opuesta presenta un gran dibujo de Matilaba en el que dos policías detienen o posiblemente linchan a un joven negro mientras tres militantes con boinas, chaquetas y rifles se preparan a la vuelta de la esquina. En la parte superior de la ilustración se lee «NO MORE RIOTS» [Basta de disturbios]; en el lateral, «TWO'S AND THREE'S» [de dos en dos y de tres en tres].<sup>30</sup>

Un primer paso podría consistir en señalar que el disturbio ya ha proporcionado la base para formar alternativas de cooperación social. Robin D. G. Kelley señala acerca de los levantamientos de Watts de 1965 que «la rebelión surgió, no del caos, sino de una comunidad movilizada» que incluía a una amplia gama de grupos, asociaciones y organizaciones más o menos formales; como ya hemos visto, lo mismo ocurrió en Detroit (y sin duda en otros lugares). En Watts, los disturbios pusieron de manifiesto un cambio en virtud del cual «la anterior orientación hacia los derechos civiles dio paso a una cultura política del Black Power así como a alternativas

<sup>29</sup> Joe T. Darden y Richard W. Thomas, *Detroit: Race Riots, Racial Conflicts, and Efforts to Bridge the Racial Divide*, East Lansing, Michigan State University Press, 2013, tabla 15. Nótese que todos los datos de desempleo de este capítulo se basan en la categoría U3 de la Oficina de Estadísticas Laborales, que no incluye a los subempleados, los desincentivados a buscar trabajo, las personas encarceladas, etc. La cifra U6 completa de Detroit en 2005 está probablemente más cerca del 45 %.

<sup>30</sup> *The Black Panther*, núm. 2, 4 de mayo de 1968, pp. 4-5.

culturales a la integración en la clase media». Los disturbios formaban parte de una evolución política más amplia. Así pues, en un caso, «poco después de los disturbios, bandas callejeras radicalizadas formaron los Son of Watts [Hijos de Watts] y más tarde se unieron al Black Panther Party».<sup>31</sup>

Esta continuidad entre el Black Power y el disturbio va más allá de las políticas y de los planes. Comparten una circunstancia y un propósito: «El disturbio que se está produciendo es una fiesta para la autodefensa» en palabras de Fred Moten, quién teorizó sobre la negritud como excedente.<sup>32</sup> Esta conexión quizá se comprenda mejor si retomamos la formulación fundamental de los disturbios y las huelgas como luchas en la esfera de la circulación y de la producción respectivamente. Eso es lo que muestran los datos de este capítulo: el inicio de un declive apenas perceptible tanto de la producción estadounidense como de la producción a escala global, así como el germen de un desplazamiento de los cuerpos y el capital hacia el mundo de la circulación. La secuencia política lo dice todo; la situación de la dinámica disturbio / huelga en este periodo sirve como un punto de vista privilegiado sobre la economía política del periodo. De hecho, tanto el disturbio como la huelga adquieren toda su potencia social porque portan —junto con los deseos de sus protagonistas, su empobrecimiento y su negación— la lógica de estas categorías ampliadas. Podríamos decir que el disturbio y la huelga son encarnaciones colectivas de la circulación y la producción en sus límites.

Así, el pasaje central del poema *Riot* de Gwendolyn Brooks, en el que John Cabot, de nombre brahmánico y aspecto suntuoso, «todo blanquecino bajo su cabello dorado», se enfrenta a su fin:

Porque los negros iban bajando la calle.

Porque los pobres eran sudorosos y poco agradecidos  
(no como los dos negros delicados de Winnetka)  
y venían hacia él en ásperas filas.  
En oleadas. En vendavales. Eran negros y ruidosos.  
E imparables. Y no discretos.<sup>33</sup>

El poema lo escribió tras los disturbios de Chicago de 1968. No hay trabajo, solo negritud; es el futuro de Boggs, no el de sus editores. Está el consumo conspicuo de John Cabot, y el movimiento ingobernable de «los negros» por los pasajes urbanos. El mercado y la vía pública. Difícilmente

<sup>31</sup> Robin D. G. Kelley, «Watts: Remember What They Built, not What They Burned», *Los Angeles Times*, 11 de agosto de 2015, latimes.com.

<sup>32</sup> Fred Moten, «Necessity, Immensity, and Crisis (Many Edges/Seeing Things)», *Floor*, 2011.

<sup>33</sup> Gwendolyn Brooks, *Riot*, Detroit, Broadside Press, 1969, p. 9.

se podría pedir una figura mejor de los cuerpos en circulación, de la circulación como tal. La rima diferida lo acarrea: *por la calle son imparables y no son discretos*. Tampoco distinguibles unos de otros. A la vez, ordenados y no, «ásperas filas», se convierten en oscuridad ambiental, negritud que colma y desborda el espacio de la existencia social. Cabot reza para no ser tocado por «la negritud», pero «vinieron sobre él / y le soplaron: y le tocaron».

Es difícil discernir si esta serie de transferencias se sitúa en el nivel de la conciencia de Cabot o en la del poema. En realidad, se trata de ambos. De hecho, Cabot no se equivoca sobre su destino. Los negros son la negritud hecha disturbio. Al menos en 1968. En la medida en que el disturbio es una categoría reconocida por el Estado, la ley y el mercado, que los negros bajen a la calle siempre será un disturbio, o el momento anterior o el momento posterior del mismo. Tanto social como económicamente, la negritud es aquí un excedente para el Estado, la ley y el mercado. Siempre promete superar el orden, la regulación. El disturbio es un ejemplo de la vida negra en sus exclusiones y al mismo tiempo en su carácter de excedente, cercada en la ruidosa esfera de la circulación, obligada a defenderse de la muerte social y corporal que se le ofrece. Una rebelión excedentaria.

No es de extrañar que sirviera de base para un imaginario de lucha. Esta visión circuló en la ficción de la época, que contó con «una notable proliferación de novelas de autores afroamericanos que proyectaban la posibilidad de una guerra racial catastrófica a gran escala desde mediados de los sesenta hasta principios de los setenta».<sup>34</sup> Este salto especulativo podría aclarar la posición de Newton. Es escéptico sobre los límites del disturbio, pero por razones muy contrarias a las de quienes defienden la vía de la organización obrera. Newton, al igual que Boggs en su análisis, reconoce que el terreno de lucha trazado por el disturbio es inevitable, que el disturbio no constituye una alteración de lo que sería el camino correcto, sino que surge del camino por el que se desarrollará la lucha. No puede rechazarse. El disturbio solo puede hacer una cosa, extenderse.

Decir que nos encontramos en un mundo en el que el disturbio es la forma de acción colectiva a través de la cual debe pasar la lucha —que es una *muestra* de una colectividad social plena y compleja— es encontrarse con el disturbio como modalidad social. Cuando el sustrato material de la vida cotidiana reúne a las poblaciones en circulación, en economías informales —una población colectiva convertida en excedente y obligada a enfrentarse al problema de la reproducción en el mercado y no en el salario formal— en esta situación, cualquier reunión en la esquina, en la calle, en

---

<sup>34</sup> Julie A. Fiorelli, «Imagination Run Riot: Apocalyptic Race-War Novels of the Late 1960s», *Mediations*, 28, núm. 1, otoño de 2014, p. 127.

la plaza puede entenderse como disturbio. A diferencia de una huelga, es difícil decir cuándo y dónde empieza y termina un disturbio. Esto es parte de lo que permite que el disturbio funcione a la vez como un acontecimiento específico y como una especie de miniatura holográfica de toda una situación, una imagen del mundo.

Si este relato parece diseminar el disturbio, ello está en consonancia con las circunstancias a las que se enfrenta el *disturbio ampliado*. Aquel se enfrentó directamente al mercado, un fenómeno concreto; se encontró con la economía como tal. Al mismo tiempo, no se enfrentó a la policía, ni al Estado armado, salvo en sus formas más atenuadas. En 1740, estas tecnologías de control eran incompletas y estaban por llegar. El disturbio postindustrial, por el contrario, solo encuentra una muestra de las mercancías en los comercios locales. El saqueo se apodera de él, como debe ser: la verdad del antiguo disturbio, la fijación de precios a cero. Como señaló Tom Hayden en el primer análisis extendido de la rebelión de Newark de 1967:

El disturbio fue más eficaz contra los comerciantes usureros que cualquier otra protesta anterior organizada. Un año antes se había realizado una encuesta para controlar a los comerciantes que habían amañado sus balanzas. La encuesta fracasó por desinterés: la gente quería poder, no pruebas.<sup>35</sup>

La fijación de precios sigue siendo una actividad central, claramente continuadora de las intervenciones del siglo XVIII. Sin embargo, el nuevo disturbio descubre, al ir a fijar el precio de las mercancías, que la economía como tal se ha replegado en la logística a escala mundial y que la división global del trabajo se ha evaporado en el éter de las finanzas. La policía, sin embargo, está en todas partes.

La distancia entre el disturbio y el *disturbio ampliado*, los dos emisarios de las luchas en el ámbito de la circulación, aparece así, en un primer momento, como la diferencia entre fijar y no fijar los precios o entre la lucha en el mercado y la lucha contra el Estado. Estos aspectos, como hemos sugerido, no son tan fáciles de disociar, ni en la práctica ni en la teoría. Analizando el nuevo disturbio, Georgakas y Surkin concluyen:

La violencia de 1967 fue significativamente diferente a la de las anteriores explosiones de Detroit. Los disturbios de 1833, 1863 y 1943 habían sido conflictos raciales. La rebelión de 1967 fue un conflicto entre los negros y el poder estatal. En 1943, los blancos lideraban la ofensiva

---

<sup>35</sup> Tom Hayden, *Rebellion in Newark: Official Violence and Ghetto Response*, Nueva York, Random House, 1967, p. 30.

y recorrían la ciudad en coches en busca de negros que fueran objetivos fáciles. En 1967, eran los negros quienes lideraban la ofensiva y su principal objetivo era la propiedad. En algunos barrios, los Apalaches, los estudiantes y otros blancos se unieron a los negros como compañeros. Numerosas fotos muestran saqueos sistemáticos e interraciales, lo que los rebeldes llamaban «comprar gratis».<sup>36</sup>

Janet Abu-Lughod señala que este giro en el objeto del disturbio también describe las rebeliones de Harlem y Watts, al tiempo que señala que «no fueron solo por brutalidad policial. Ambas se produjeron en el contexto de una recesión económica cuyos efectos se dejaron sentir primero en las zonas habitadas por personas negras, pero se extendieron posteriormente al conjunto de la economía estadounidense», al igual que en Detroit.<sup>37</sup>

En resumen, la distinción conceptual entre violencia estatal y económica es escurridiza. Guy Debord, escribiendo sobre la rebelión de Watts, teorizó la doble confrontación con el Estado y la propiedad así como sus posiciones cambiantes. «La sociedad de la abundancia encuentra su respuesta *natural* en el saqueo, aunque no sea en modo alguno abundancia natural y humana, sino abundancia de mercancías». Esto se ha malinterpretado sistemáticamente como una sugerencia según la cual el saqueo es una realización hiperbólica de la ideología consumista (un estribillo común entre los comentaristas liberales), a pesar de lo que Debord escribe inmediatamente después: «El saqueo, que hace derrumbarse inmediatamente a la mercancía como tal, muestra también la *ultima ratio* de la mercancía: la fuerza, la policía y los demás destacamentos especializados que poseen dentro del Estado el monopolio de la violencia armada».<sup>38</sup> Tal vez esta exposición sea la finalidad del saqueo, como ha argumentado Bruno Bosteels, si buscamos en la teoría francesa la importancia discursiva del disturbio.<sup>39</sup> Al mismo tiempo, el saqueo encaja en la continuidad de la práctica histórica de la fijación de precios. En cualquier caso, Debord consigue captar algo del mundo superdesarrollado y su aparente abstracción. La policía *ocupa*

<sup>36</sup> Georgakas y Surkin, *Detroit, op. cit.*, p. 155.

<sup>37</sup> Abu-Lughod, *Race, Space, op. cit.*, p. 25.

<sup>38</sup> Guy Debord, «Le déclin et la chute de l'économie spectaculaire-marchande», *Internationale Situationniste 1958-69*, edición aumentada, París, Librarie Arthème Fayard, 2004, p. 418. Traducción al inglés de Joshua Clover. Este ensayo no tenía autoría en el original, pero luego se atribuyó a Guy Debord. [ed. cast.: «Declive y caída de la economía espectacular-mercantil», en *La Internacional Situacionista, (1958-1969)*, núms. 7-10, Vol. 2, *La supresión de la política*, trad. por Luis Navarro, Literatura GrisTraficantes de Sueños, Madrid, 2004, p. 170].

<sup>39</sup> Bruno Bosteels, *Marx and Freud in Latin America: Politics, Psychoanalysis, and Religion in Times of Terror*, Londres, Verso, 2012, p. 292 [ed. cast.: *Marx y Freud en América Latina. Política, psicoanálisis y religión en tiempos de terror*, trad. por Simone Pinet, Barcelona, Akal, 2016, p. 310].

ahora *el lugar* de la economía, la violencia de la mercancía personificada. En un mundo en llamas como el actual, son intercambiables:

¿Qué es un policía? El servidor activo de la mercancía, el hombre totalmente sometido a la mercancía, por quien el producto del trabajo humano sigue siendo una mercancía, cuya voluntad mágica es que se pague por ella, y no un vulgar frigorífico o una escopeta, un objeto pasivo, ciego insensible, sometido al primero que lo utilice. Junto a la indignidad de depender de la policía, los negros rechazan la de depender de las mercancías.<sup>40</sup>

La fórmula más sencilla es esta. Para el disturbio, la economía está cerca, el Estado está lejos. Para el *disturbio ampliado*, la economía está lejos, el Estado está cerca. En todos los casos, es el mercado y la calle. *Hic Rhodus, hic salta*.

---

<sup>40</sup> Debord, «Déclin», *op. cit.*, p. 418 [ed. cast.: p. 170]

## TERCERA PARTE: DISTURBIO AMPLIADO



## VII LA LARGA CRISIS

DISTURBIO Y CRISIS aparecen juntos, cada uno como preludio del otro. La nueva era del disturbio se desarrolla plenamente no solo con la intensificación de las rebeliones en las ciudades y en las periferias, sino también con el eclipse del movimiento obrero. Las líneas de tendencia del disturbio y la huelga primero se entrecruzan y posteriormente difieren en el tiempo con el apogeo y el declive de la hegemonía estadounidense en el «largo siglo XX». ¿Qué tiene que ver la crisis con el disturbio, más allá de esta coincidencia y de una sensación inquietante y transparente según la cual las cosas se están desmoronando?

La profunda relación entre disturbio y crisis ocupa el resto de este libro, entre otras cosas debido a nuestro argumento central: *la crisis señala un desplazamiento del centro de gravedad del capital hacia la circulación, tanto en la teoría como en la práctica. El disturbio debe entenderse en última instancia como una lucha en el ámbito de la circulación, de la que la lucha por la fijación de precios y las rebeliones de la población excedente son formas distintas, aunque relacionadas.* En los capítulos anteriores se ha ido desgranando esta cuestión, la cual merece ahora un desarrollo sistemático. Esto es especialmente necesario, ya que la crisis suele aparecer como un acontecimiento puntual, aunque exprese un proceso subyacente y continuo en el que el capital se encuentra con sus límites internos y lucha violentamente para superarlos. La crisis constituye el punto culminante de una profunda reorganización social. Los disturbios expresan esta nueva organización social, se dirigen a ella e intentan abolirla y, por tanto, abolirse a sí mismos.

El largo declive, retomando el lenguaje de Brenner, es similar a los anteriores. No obstante, este libro sostiene que las últimas cuatro décadas podrían entenderse como una larga crisis. El periodo actual se distingue de fases similares en ciclos anteriores en la medida en que las recuperaciones como las observadas anteriormente permanecen invisibles desde nuestro punto de vista. Históricamente, el capital ha resuelto su contradicción en desarrollo trasladándose a otro lugar, tratando de encontrar una situación en la que la producción aún no se haya socavado a sí misma y el proceso de

acumulación pueda comenzar de nuevo sobre una base nueva y ampliada. Esto tiene como efecto la recuperación de la estabilidad del sistema-mundo capitalista que la crisis secular había hecho saltar por los aires. No está nada claro que en los años transcurridos desde la recesión económica mundial de finales de los años sesenta y principios de los setenta esto haya sucedido, o se encuentre en marcha. Las apuestas de una nueva hegemonía por parte de las economías del este asiático y de la eurozona han fracasado en el camino; las «economías emergentes» parecen estar ya demasiado avanzadas en su productividad como para reactivar la acumulación a escala global mediante la integración de nuevas masas de mano de obra en la industria o en la categoría más amplia del sector manufacturero.<sup>1</sup> El malestar mundial persiste, y con él su volatilidad.

Esto no significa que las relocalizaciones y la restauración de la acumulación capitalista sean imposibles. Sería arriesgado hacer afirmaciones tajantes sobre el periodo histórico en el que todavía nos encontramos. Por tanto, estas observaciones deben ser en cierto modo provisionales, un intento por desarrollar un relato razonablemente unificado del periodo. Al menos, existe cierto acuerdo sobre el punto de partida.

«¿Y qué hay de 1973-1974?», se pregunta Fernand Braudel, gran historiador de la *longue durée*. En 1973 se produce la primera de una serie de crisis del petróleo, la retirada formal de Estados Unidos de su aventura en el sudeste asiático, y el hundimiento definitivo del sistema monetario de Bretton Woods, que sienta las bases para el aumento de los desequilibrios comerciales y de la balanza de pagos con el consiguiente declive mundial de los mercados. Este es apenas el comienzo del balance. «¿Se trata de una crisis coyuntural corta, como parecen creer la mayoría de los economistas? ¿O bien tenemos el privilegio, bastante poco envidiable por lo demás, de ver ante nuestros ojos tambalearse el siglo hacia la baja?».<sup>2</sup>

Estas preguntas son retóricas. Braudel describe los «ciclos seculares», los periodos económicos más largos, que Arrighi precisaría como ciclos de acumulación dirigidos por un Estado capaz de impulsar la expansión material de una economía-mundo, sobre la que la nación líder alcanza la hegemonía en la medida en que sus beneficios forman parte de los beneficios sistémicos (y en la medida en que es capaz de garantizar la estabilidad del sistema interestatal). Ambos autores se remontan a los imperios comerciales protocapitalistas para considerar cuatro ciclos cada vez más grandes y

<sup>1</sup> Véase Joshua Clover y Aaron Benanav, «Can Dialectics Break BRICS?», *The South Atlantic Quarterly*, núm. 113: 4, otoño de 2014, pp. 743-759.

<sup>2</sup> Fernand Braudel, *The Perspective of the World: Civilisation and Capitalism*, Vol. 3, Berkeley, University of California Press, 1982, p. 80 [ed. cast: *Civilización material, economía y capitalismo, siglos XV-XVIII*, Vol. 3, Madrid, Alianza Editorial, 1984, p. 57].

cada vez más cambiantes, pero con pautas similares. Para Braudel, un ciclo comienza cuando otro termina, a la manera de los reinados monárquicos. En la versión revisada de Arrighi, los ciclos se solapan: una hegemonía que atraviesa su fase crepuscular de financiarización hacia la oscuridad a base de crédito ampliado, mientras financia la aceleración de una hegemonía en ascenso hacia el despegue industrial.

Inevitablemente, «1973» es una metonimia de cambios que un solo año no puede contener. Sin embargo, esta fecha, «el punto culminante, el punto de inversión de la tendencia secular, es decir, de la crisis», se ha convertido en una cuestión de amplio acuerdo entre historiadores y teóricos de la *longue durée*, con diferencias relativamente menores.<sup>3</sup> Ya nos hemos encontrado con el hecho más dramático, desde la perspectiva de la acumulación y la hegemonía: el colapso secular de la rentabilidad y el crecimiento, encabezado por el declive de la industria manufacturera estadounidense, de tal manera que los mejores años de la recesión son peores que los más pésimos años del auge (con solo una o dos excepciones menores). Por lo tanto, podríamos datar el ascenso cíclico de las finanzas en este momento, si bien no debido a que las finanzas hayan «expulsado» al capital industrial —un modelo conceptual que se abre a la idea catastrófica del capitalismo bueno y malo, o del capitalismo sano y enfermo—. El capital es un espacio unitario de flujos que buscan oportunidades de inversión que aseguren la tasa media de beneficio. Cuando este requisito ya no puede ser satisfecho por un sector industrial en crecimiento, los beneficios se almacenan en refugios seguros, o se reinvierten en otro lugar, en empresas comerciales o instrumentos financieros. La financiarización es simplemente el nombre que recibe esta transformación en los flujos de capital. Cuando observamos la introducción de la pieza más célebre de la ingeniería financiera, el modelo de valoración de opciones financieras Black-Scholes, o la apertura del primer gran mercado de derivados, el Chicago Board Options Exchange, ambos en 1973, debemos tener claro que no se trata de una nueva artillería que permite a las fuerzas de las finanzas derribar los muros de la industria. Más bien son la consecuencia de la necesidad que tiene el capital de ir más allá del sector industrial.

## El arco de acumulación

La teoría de la crisis aborda la cuestión del motivo por el que la expansión industrial debe terminar y dar paso a los deseos especulativos de las finanzas en el curso de una inmensa redirección de los flujos de capital, salpicada

---

<sup>3</sup> *Ibidem*, p. 77 [ed. cast.: p. 56].

por una devaluación masiva del valor. Sin duda, Arrighi y Brenner, dos de los historiadores económicos más importantes del pasaje que alcanzó su punto álgido en 1973, ofrecen explicaciones divergentes de este particular declive de la acumulación, basadas en sus distintas concepciones de lo que es el capitalismo. Asimismo, ambos difieren en algunos detalles de la teoría abstracta de la crisis de Marx.

El modelo de Arrighi es menos teórico, en consonancia con su visión más descriptiva de las economías mundiales. Implica una causalidad un tanto ecléctica basada en una teoría de la crisis en gran medida smithiana, que parte de la premisa según la cual la competencia en el mercado erosiona constantemente el margen de beneficios. Las luchas obreras (entendidas al modo de Karl Polanyi) suponen otro recorte de los beneficios, al igual que el coste de las obligaciones hegemónicas en tanto que guardián del orden global. Todo ello motiva que la inversión se aleje del asediado nexo Estado-industria y se dirija hacia los mercados financieros internacionales.

La teorización más sistemática de Brenner se basa en un modelo de sobreproducción en el que la indiscutible capacidad industrial estadounidense tras la Segunda Guerra Mundial acaba enfrentándose a la competencia de productores internacionales más eficientes, especialmente de Alemania y Japón. Con unos elevados niveles de gasto ya invertidos en capital fijo, cuyo valor solo puede recuperarse mediante una mayor producción de materias primas, las empresas estadounidenses, incapaces de reducir la producción, se ven atrapadas en una competencia fratricida por apoderarse de cuotas de mercado. Las empresas que deberían ser barridas de un sector mediante una avalancha de destrucción creativa destinada a abrir cauces para un nuevo crecimiento, en lugar de ello, siguen tambaleándose, a menudo apoyadas por el Estado, quien requiere de su riqueza y de la gestión de su mano de obra para su estabilidad. Esto condujo a un «exceso de inversión que desembocó en un exceso de capacidad y de producción en la industria a escala internacional», iniciando una turbulencia sistémica que aún no ha remitido.<sup>4</sup>

Ambos análisis se quedan en el nivel de los precios, el nivel cuantitativo que describe la materialización concreta de la crisis. Desde la perspectiva de la teoría del valor de Marx, los movimientos de los beneficios son fenómenos superficiales que corresponden a un desplazamiento subyacente del equilibrio entre capital constante y capital variable: entre medios de producción y trabajo asalariado, o entre trabajo muerto y trabajo vivo. A pesar de las fuerzas compensatorias, esta denominada composición orgánica del capital tiende a aumentar con el tiempo a medida que la competencia obliga a incrementar la productividad, sustituyendo sucesivamente la

---

<sup>4</sup> Brenner, *Turbulence*, op. cit., p. 38 [ed. cast.: p. 152]

mano de obra por máquinas y procesos de trabajo más eficientes (lo que el siglo XX conoció como fordismo y taylorismo, respectivamente).

Esta dominación creciente del trabajo muerto sobre el trabajo vivo es la expresión de la ley del valor en todo el conjunto social, ya que el aumento de la productividad disminuye la cantidad media de tiempo de trabajo socialmente necesario para producir mercancías. Las consecuencias económicas son desiguales. Al principio, el aumento de la productividad genera grandes beneficios que atraen más inversiones y más mano de obra a la producción. Todo ello, combinado, produce una mayor expansión. Con el tiempo, sin embargo, el aumento de la proporción entre trabajo muerto y trabajo vivo socava la capacidad de producción de valor, siendo el trabajo vivo en el proceso de producción la única fuente de plusvalor. La misma dinámica que originalmente impulsa la acumulación —el aumento de la productividad en el nexo entre salario y mercancía— también la socava, hasta que la capacidad de producción y la capacidad de trabajo ya no pueden combinarse, y en su lugar se acumulan fábricas abandonadas y poblaciones desempleadas. A este proceso ampliado lo llamamos la *producción de la no producción*. La crisis y el declive no provienen de choques extrínsecos, sino de los límites internos del capital. Podríamos llamar a esto el «arco de acumulación» que recorre las contradicciones del capital a lo largo del eje histórico. Sin duda, llamarlo arco suaviza un recorrido accidentado.<sup>5</sup> Además, esta descripción no expresa un simple hecho cuantitativo sobre tasas de crecimiento o similares. Los dos lados del arco, aunque siguen siendo disposiciones del capitalismo y expresiones de la dinámica del valor, son cualitativamente diferentes en su organización social en una dialéctica de continuidad y ruptura.

En el largo siglo XX, el arco de acumulación ha visto primero «una transferencia de población de la agricultura a la industria sin precedentes históricos» y posteriormente la desindustrialización, en un gran retroceso, ha desplazado a la población desde la industria, y desde el proceso de producción en general, hacia el trabajo de servicios o el subempleo y el desempleo.<sup>6</sup> Se trata de reorganizaciones sociales a escala global.

A pesar de sus diferentes análisis sobre la causalidad, tanto Brenner como Arrighi consiguen desvelar la fuerte correlación entre el relato *lógico*

<sup>5</sup> Para una imagen del movimiento encadenado de acumulación y crisis, véase Henryk Grossman, *Law of Accumulation and Breakdown of the Capitalist System*, Londres, Pluto Press, 1992, p. 84 [ed. cast.: *La ley de la acumulación y del derrumbe del sistema capitalista. Una teoría de la crisis*, Siglo XXI, Ciudad de México, 2004, p. 93].

<sup>6</sup> Aaron Benanav y John Clegg, «Misery and Debt: On the Logic and History of Surplus Populations and Surplus Capital», en Andrew Pendakis *et al* (eds.), *Contemporary Marxist Theory*, Nueva York, Bloomsbury, 2014, p. 585 [ed. cast.: «Miseria y deuda. Sobre la lógica y la historia de la población y el capital excedentarios», *Endnotes*, núm. 2, Madrid, Ediciones Extáticas, 2023, p. 25].

de la acumulación autodestructiva y el relato *histórico* de los ciclos capitalistas, en particular del ciclo actual en el que ambos se centran. Es decir, a pesar de todas sus sutilezas metafísicas, el debate sobre la llamada *ley histórica de la tendencia a la caída de la tasa de ganancia* tiene una correspondencia suficiente con las expansiones y declives que Arrighi ha expuesto de forma tan exhaustiva. La exposición de Arrighi comienza con la fórmula de Marx para la reproducción ampliada del capital, DMD' [dinero-mercancía-dinero]: el itinerario obligatorio del dinero desde la perspectiva del capitalista, que pasa a la producción de mercancías si, y solo si, las mercancías resultantes pueden venderse a un precio más alto, ya que el capitalista sigue siendo capitalista solo con esta condición. La novedad de Arrighi consiste entonces en desplazar este proceso lógico a la historia empírica de sus «siglos largos».

Arrighi identifica «la alternancia de épocas de expansión material (fases DM de acumulación de capital) con fases de renacimiento y expansión financiera (fases MD')». Narra este cambio de fase mediante su oposición temporal de periodos DM y MD':

En las fases de expansión material, el capital-dinero «pone en movimiento» una creciente masa de mercancías (incluyendo la fuerza de trabajo mercantilizada y los recursos naturales); y en las fases de expansión financiera, una masa creciente de capital-dinero «se libera» de su forma de mercancía, y la acumulación se realiza mediante procedimientos financieros (como en la fórmula abreviada de Marx DD'). En su conjunto, las dos épocas o fases constituyen un *ciclo sistémico de acumulación* completo (DMD').<sup>7</sup>

En la era del capitalismo moderno, esta fase de expansión material está relacionada con el desarrollo industrial. En dicha fase, la acción principal es la compra de fuerza de trabajo y de medios de producción para la producción de mercancías, es decir, la valorización dentro del proceso de producción. En el periodo de expansión financiera, la acción principal es la venta de esas mercancías para la realización del valor que tienen, es decir, el capital vuelve a centrarse en el mercado, en el intercambio y en el consumo. Este es el sentido de una era de circulación desde la perspectiva del capital: a medida que disminuye la capacidad de la producción para generar grandes beneficios, el capital desplaza sus inversiones con vistas a realizar en el presente inmediato tanto el valor existente como el valor que supuestamente espera se genere en el futuro.

Esto podría formularse de otra manera. La crisis estalla en el momento en que el beneficio y la expectativa de beneficio dejan de proceder de la

---

<sup>7</sup> Arrighi, *Long Twentieth Century*, op. cit., p. 6 [ed. cast.: p. 19].

manufactura. En ese momento, los acreedores tratan de recuperar sus deudas antes de que los deudores se arruinen, y a su vez, las empresas endeudadas se vean obligadas a dejar de reinvertir en la producción mientras venden frenéticamente sus mercancías en el mercado para hacer frente a sus obligaciones. O podríamos narrar las cosas como se ha mencionado anteriormente: el dinero disponible para la reinversión deja de circular cuando los beneficios de la manufactura caen por debajo de cierto umbral, refugiándose cada vez más en los bancos, haciendo tiempo a la espera de oportunidades de inversión lo suficientemente tentadoras. Este momento de inmovilidad es el momento de la crisis; cuando el capital comienza a circular de nuevo, busca tanto el comercio como los derechos sobre el valor futuro, lo que Marx llamaba capital ficticio. Un ejemplo sugerente de la época actual lo encontramos en cómo las empresas automovilísticas estadounidenses supervivientes obtienen cada vez más beneficios no ya de la producción, sino de la financiación de las compras de los consumidores a través de sus propias filiales crediticias. De nuevo vemos que la expansión financiera es una contracción industrial vista desde otra perspectiva. Y de nuevo una vez más hemos narrado en términos diferentes el mismo desplazamiento de la valorización a la realización, de la producción a la circulación.

El capitalismo moderno ha conocido dos arcos, centrados en Reino Unido y Estados Unidos, el segundo aumenta a medida que el primero disminuye. Cada uno tiene sus particularidades. Al mismo tiempo, pueden sintetizarse en un arco más largo. Desde el primer auge hasta el reciente declive siempre ha habido un motor de acumulación global en marcha. Aproximadamente desde 1830 hasta 1973 hubo un núcleo del capital productivo en Occidente con su creciente expansión sistémica. De acuerdo con esto, el periodo que va desde el siglo XVIII hasta la actualidad ha sido denominado *metaciclo*, un gran arco de acumulación en el sistema-mundo capitalista que sigue el curso de *circulación-producción-circulación ampliada*.

El periodo de *circulación ampliada*, la reorganización social de la larga crisis, condiciona el declive de la huelga y la nueva era de los disturbios en dos épocas distintas, aunque inevitablemente relacionadas: la espacialización de la economía y la recomposición de la relación capital / clase. Veámoslas una por una, antes de reunificarlas finalmente.

## La espacialización de la lucha

Los disturbios son originalmente luchas por el precio de las mercancías, es decir, luchas por la reproducción al margen del salario, pero que siguen dependiendo del mercado. Son «luchas por el control del espacio» y el

tránsito por el mismo; el paradigmático disturbio contra la exportación de King's Lynn en 1347 y el bloqueo masivo del puerto de Oakland en 2011 parecen tener un enfoque similar.<sup>8</sup> El control sobre el espacio adopta muchas formas, y a menudo implica esfuerzos por expulsar a la policía de las zonas comerciales que defienden. Los disturbios se obsesionan con los edificios, con las galerías y centros comerciales, con la concentración en plazas y calles. Hobsbawm dedica un capítulo de su libro *Revolucionarios* al papel del urbanismo en las insurrecciones. El disturbio tiene algo de arquitectónico, es decir, de espacial. La barricada, ese gran instrumento del disturbio, tiene su origen en el bloqueo de los barrios para impedir la incursión en ellos; el auge de la barricada no es sino el auge de la primera era del disturbio, en retirada tras la Primavera de los Pueblos de 1848.<sup>9</sup> Los nuevos y anchos bulevares del siglo XIX estaban diseñados, según se cuenta, para poner fin tanto a las barricadas como al disturbio; el crecimiento industrial acabaría consiguiéndolo.

La espacialidad práctica del disturbio corresponde a una distinción teórica. La lógica abstracta de la producción es temporal, la lógica abstracta de la circulación, espacial. La producción está organizada por el valor, por la valorización de las mercancías, y este valor está regulado por el tiempo de trabajo socialmente necesario. Es por medio de este tiempo que ambas partes se reproducen. En la producción, tanto el capital como sus antagonistas luchan por este tiempo: su duración, su precio. La huelga es una lucha temporal.

Una vez que el valor temporal del trabajo vivo descansa en la mercancía, se objetiviza, se espacializa. La circulación está organizada por el precio, por la realización del plusvalor como beneficio cuando las mercancías cambian de lugar. Se trata de una formulación conceptualmente espínosa, como se desprende de la exposición de Marx:

El dinero es ahora trabajo *objetivado*, tanto si tiene forma de dinero como si tiene forma de mercancía particular. Al capital no se le opone ningún modo objetivado de ser del trabajo, sino que todos ellos aparecen como modos posibles de existencia para él, los cuales pueden asumir mediante un simple cambio de forma, pasando de la forma dinero a la forma mercancía. La única antítesis al trabajo *objetivado* es el trabajo *no objetivado*; en contraposición al trabajo *objetivado* está el trabajo *subjetivado*. O el trabajo presente en el tiempo, vivo, como antítesis del trabajo pasado en el tiempo, pero existente en el espacio. Como trabajo presente en el tiempo, no objetivado (y, por tanto, aún

---

<sup>8</sup> Abu-Lughod, *Race, Space, op. cit.*, p. 41.

<sup>9</sup> Mark Traugott, *The Insurgent Barricade*, Berkeley, University of California Press, 2010, pp. 81-82.

no objetivado), solo puede estar presente como *capacidad*, posibilidad, habilidad, como *trabajo-capacidad* del sujeto vivo.<sup>10</sup>

Al reflexionar sobre la relación lógica entre el trabajo y las mercancías, Marx llega a la oposición entre trabajo objetivado y no objetivado. Por un lado, la fuerza de trabajo que aún no se ha transferido a una mercancía en el proceso de producción; por otro, el valor objetivado en mercancías que ahora entran en el espacio de circulación, ellas mismas objetos espaciales. El aumento de la relación entre capital constante y variable, entre trabajo muerto y trabajo vivo, es el propio proceso de especialización y, por tanto, la transformación de las luchas temporales en luchas espaciales.

Esta distinción existe también en el plano práctico, en lo que se refiere a la circulación en sentido concreto: transportes, comunicaciones, finanzas. Marx habla célebremente de «la anulación del espacio por el tiempo». Esto se ha interpretado a menudo como una afirmación de la creciente irrelevancia de las relaciones espaciales para el capital. De hecho, se trata de lo contrario. Marx sostiene que el espacio se presenta como el problema fundamental para el intercambio, y cuanto más se apoya el capital en el intercambio, más problemas plantea el espacio para ser superado:

El capital, por su naturaleza, tiende a superar toda barrera espacial. Por consiguiente la creación de las condiciones físicas del intercambio —de los medios de comunicación y de transporte— se convierte para él, y en una medida totalmente distinta, en una necesidad: la anulación del espacio por el tiempo. Por cuanto en los mercados remotos el producto inmediato solo puede valorizarse masivamente en la medida en que disminuyan los costos de transporte, y por cuanto, de otra parte, los medios de comunicación y el transporte mismo no pueden convertirse en otra cosa que en esferas donde se valoriza el trabajo puesto en marcha por el capital; por cuanto se opera un tráfico masivo —a través del cual se reintegra más del trabajo necesario—, la producción de medios de circulación y de transporte más baratos se convierte en condición de la producción fundada en el capital, y por consiguiente este la lleva a cabo.<sup>11</sup>

Es probable que los lectores estén familiarizados con los debates, a menudo tediosos, sobre si este pasaje sugiere que la circulación está internalizada en la producción, o si esto es solo una apariencia y los mecanismos de la circulación de mercancías son, como afirma Marx, una «condición del

<sup>10</sup> Karl Marx, «Fragment des Urtexts von “Zur Kritik der politischen Ökonomie”», *Grundrisse der Kritik der Politischen Ökonomie*, Berlín, Dietz Verlag, 1858/1953, p. 942. Citado en Jacques Camatte, *Capital and Community: The Results of the Immediate Process of Production and the Economic Work of Marx*, trad. al inglés por David Brown, Londres, Unpopular Books, 1988, p. 20.

<sup>11</sup> Marx, *Grundrisse*, op. cit., pp. 524-525 [ed. cast.: Vol. II, p. 13].

proceso productivo» —una afirmación bastante diferente—. <sup>12</sup> En lo que a nosotros respecta, el significado es el mismo. Sobre todo, porque no pretendemos que las luchas en la circulación tengan una relación privilegiada con la producción de valor. En la transformación que sigue a cada crisis, el capital, incapaz de generar suficiente plusvalor o crecimiento a través de la producción manufacturera convencional, se ve obligado a competir por los beneficios en el espacio de la circulación, reduciendo sus costes y aumentando el tiempo de rotación de un volumen cada vez mayor de mercancías. Las luchas en este espacio son, por tanto, fundamentales para la existencia de cada capital en particular. Apenas hay indicios de que esto genere acumulación conforme al modo de producción industrial.

Y, sin embargo, este es el devenir inequívoco del capital después de 1973, haciendo que «nuestro presente sea fundamentalmente un *tiempo del espacio logístico*». <sup>13</sup> Esta reorganización sistémica, señala Jasper Bernes, «ordena la subordinación de la producción a las condiciones de circulación, el devenir hegemónico de aquellos aspectos del proceso productivo que involucran la circulación». Esto tendrá implicaciones para el desarrollo de las luchas contemporáneas: «La logística es el arte de la guerra del capital, una serie de técnicas para la competencia intercapitalista e internacional». <sup>14</sup> Será necesario un contra-arte que se adapte a esta transformación del terreno, pero que también reconozca el espacio logístico como un espacio estructurado específicamente por las necesidades del capital, el tipo de maquinaria que no puede ser simplemente utilizada por el proletariado para sus propios fines.

El desarrollo masivo del transporte marítimo global y de la contenedorización, impulsado por las finanzas —posiblemente el proyecto más fundacional para el capital de la época—, señala este cambio radical. La regularización de los contenedores de transporte intermodal (perfeccionados para resolver los problemas logísticos de la guerra de Vietnam) mediante una serie de acuerdos entre 1968 y 1970 y la desregulación del transporte en la década siguiente son una señal de ello. <sup>15</sup> En 1973 se inauguró el Center for Transportation & Logistics en el Massachusetts Institute of Technology: «Líder mundial en formación e investigación sobre gestión

---

<sup>12</sup> *Ibíd.*, p. 525 [ed. cast.: Vol. II, p. 13].

<sup>13</sup> Deborah Cowen, *The Deadly Life of Logistics: Mapping Violence in Global Trade*, Mineápolis, University of Minnesota Press, 2014, p. 5.

<sup>14</sup> Jasper Bernes, «Logistics, Counterlogistics and the Communist Prospect», *Endnotes*, núm. 3, 2013, p. 185 [ed. cast.: «Logística, contralogística y perspectiva comunista», *Endnotes*, núm. 3, Madrid, Ediciones Extáticas, p. 234].

<sup>15</sup> Marc Levinson, *The Box: How the Shipping Container Made the World Smaller and the World Economy Bigger*, Princeton, Princeton University Press, 2006, pp. 147-149.

de la cadena de suministro».<sup>16</sup> La producción *just-in-time*, que se generalizó en los años setenta, es el aspecto metodológico del mismo cambio. Desarrollada por la industria automovilística japonesa, es la otra cara del paradigma fordista de la industria automovilística estadounidense, que busca la eficiencia no tanto en la organización de la producción como en la circulación, el almacenamiento y el intercambio: un conjunto de prácticas entrelazadas cuyo núcleo constituye una especie de taylorismo de la cadena de suministro.

La correspondencia de estos desarrollos con la crisis industrial roza lo absoluto. Las expresiones de este movimiento entrelazado son numerosas. En abril de 1973, Federal Express entrega su primer paquete; tras cuarenta años de larga crisis, FedEx tendrá la cuarta flota más grande y será la mayor aerolínea de carga del mundo.<sup>17</sup>

## El final del programa

El desplazamiento a la circulación constituye una reestructuración económica que se consolida y descansa en una reorganización social a gran escala, una recomposición del capital y de la clase. Esto transforma profundamente los horizontes políticos y, con ellos, las formas de lucha. Algunos analistas han sido totalmente miopes a estos cambios subyacentes. Uno de ellos, que escribe en la revista socialdemócrata *Jacobin*, descubre en 2015 que «la economía estadounidense gira en torno a la creciente industria logística» y solo puede concluir: «Después de tres décadas de cambios desgarradores en la economía industrial, creo que los socialistas pueden volver a tener una estrategia industrial en Estados Unidos».<sup>18</sup> Otra propuesta proveniente del mismo medio constata la misma transformación «particularmente en la producción flexible y el almacenamiento *just-in-time*», y reconoce en consecuencia la importancia de «centrarse en estos puntos de distribución» para «bloquear la distribución». El autor recomienda para ello la organización de «grupos de trabajadores estratégicamente situados».

En estos ejemplos se identifica correctamente la vasta transferencia de mano de obra de la producción industrial al espacio de la circulación, distribución e intercambio. No obstante, se ignora su importancia como parte de una profunda reestructuración social. Se podría perdonar al lector que se quedara perplejo al preguntarse sobre las razones por las que

<sup>16</sup> Véase la web del MIT Center for Transportation & Logistics MIT, [ctl.mit.edu](http://ctl.mit.edu).

<sup>17</sup> Véase la web dedicada a FedEx, «Our Story: History and Timeline», [about.van.fedex.com](http://about.van.fedex.com); y las publicaciones y herramientas interactivas de la web de IATA, <http://web.archive.org/web/20120427115854/http://www.iata.org/ps/publications/pages/wats-freight-km.aspx>.

<sup>18</sup> Joe Allen, «Studying Logistics», *Jacobin*, 12 de febrero de 2015, [jacobinmag.com](http://jacobinmag.com).

el desmantelamiento del sector industrial, base histórica de la organización socialista, exigiría de nuevo «una estrategia industrial». Uno podría preguntarse a su vez por qué «bloquear la distribución», precisamente la táctica de los no trabajadores, tanto desde un punto de vista lógico como histórico, exige «grupos de trabajadores». Desde esta perspectiva, sea cual sea el problema, la solución es siempre la misma: la organización industrial del trabajo. En definitiva, siempre llega el momento de la huelga.

Se podría argumentar que los trabajadores del transporte son de algún modo más difíciles de organizar, que algo específico del nuevo lugar de trabajo excluye esa posibilidad. Hay razones para creerlo. Además de la descomposición y la deslocalización como barreras para la organización, la tradicional huelga de brazos caídos presupone un sentido de pertenencia moral por parte de los trabajadores respecto a su cuadrilla, un vestigio de la cultura artesanal y manual que proporciona una función legitimadora ajena al ámbito de la circulación. Dicho esto, no hay ningún argumento en contra de este tipo de organización. La huelga de UPS de 1997 demuestra que es posible. Es inevitable que un porcentaje cada vez mayor de las escasas huelgas se produzcan en el ámbito de la circulación de mercancías y que, en la práctica, las acciones sindicales se desplacen hacia las luchas del transporte. Considérese el ilustrativo cambio táctico por parte de los sindicatos franceses, por ejemplo, cuando las refinerías y depósitos de petróleo franceses fueron bloqueados durante dos semanas en 2010.<sup>19</sup> En términos generales, los argumentos normativos sobre lo que *deberían* hacer las personas que luchan pasan por alto la verdad más básica: la gente luchará allí donde se encuentra.

Lo que decimos aquí es que la gente está en otros lugares. Además, la proliferación de estos lugares de trabajo es sintomática de una reestructuración más amplia que no augura nada bueno para el potencial de este tipo de organización. El trabajo en el mundo superdesarrollado no ha desplazado simplemente su centro de gravedad en un sentido neutral. Su relación con la acumulación ha cambiado profundamente y, frente a este cambio, la exigencia de formas de acción invariables parece, en el mejor de los casos, una falta de comprensión. Una política de clase, incluso aquella más recóndita o reduccionista, está obligada hoy a reconfigurarse en función de estas grandes transformaciones político-económicas, de lo contrario se verá relegada al interminable juego de roles de un antiguo idilio al que siempre se aferra el perfume de 1917.

El editor de *Jacobin*, Bhaskar Sunkara, resume así estos rituales políticos. Reconoce que «podría ser útil considerar las formas en que la situación

---

<sup>19</sup> Para un estudio exhaustivo de este fenómeno en relación con los disturbios, véase Blaumachen, «The Transitional Phase of the Crisis: The Era of Riots», blaumachen.gr.

actual se asemeja a un *retorno* al prefordismo»; dadas las similitudes, las opciones políticas disponibles en aquel momento sin duda deben seguir siendo actuales, y «a veces las nuevas crisis deben abordarse con un vocabulario antiguo».<sup>20</sup> Pero ¿cuál es ese vocabulario, y por qué exigiría el mismo conjunto de estrategias que han venido proponiendo sistemáticamente estos pensadores durante más de un siglo sin variación alguna? Cabe señalar aquí un simple error en la comprensión de la naturaleza del arco de acumulación. Supone que un punto del descenso sería históricamente idéntico a un punto del ascenso simplemente porque se encontraban a la misma altura (de beneficios o de tasa de desempleo, etc.). Este error de apreciación no tiene en cuenta vectores como la diferencia entre el auge y la caída, entre la contracción y la expansión de los mercados de trabajo, entre la capacidad de dinamismo y expansión o la trayectoria de estancamiento y contracción. Las condiciones que históricamente permitieron la utilización de un vocabulario socialista —acumulación real, un mercado de trabajo tensionado, la posibilidad de adquirir poder al apropiarse de una parte de esa acumulación, un proletariado industrial en expansión— ya no existen. Las conquistas progresivas que podrían fortalecer y envalentonar al partido de masas en función de la organización de los trabajadores ya no están al alcance de la mano como lo estuvieron durante el periodo de crecimiento económico, expansión y prosperidad. Esto forma parte de un cambio más amplio: «El año 1978», como señaló sucintamente un historiador burgués, fue «Waterloo para los sindicatos, los legisladores y el reformismo keynesiano».<sup>21</sup>

Quizá debamos reconocer que Sunkara tiene razón a medias. Es inevitable que entendamos los nuevos momentos por medio de viejos vocabularios. Pero estamos aún más lejos de lo que él podría suponer, por lo que puede que necesitemos volver a un léxico más antiguo y convertirlo en algo nuevo. Es más pronto de lo que pensamos. Es decir, mucho más tarde.

El ocaso del movimiento obrero en Occidente necesita poca explicación aquí. Los contraargumentos, en particular los que sugieren que el declive fue resultado de combates ideológicos, falta de voluntad o errores estratégicos, ya han sido sometidos a lo que Marx llamó la crítica práctica de lo real. Los antecedentes son bien conocidos. Podría decirse que el más claro es el desplome, con una tendencia a cero, de las huelgas con más de mil trabajadores a partir de finales de los años setenta. Para los escépticos de las estadísticas (que no guarda una correlación

<sup>20</sup> Bhaskar Sunkara, «Precarious Thought», *Jacobin*, 13 de enero de 2012, jacobinmag.com.

<sup>21</sup> Jefferson Cowie, *Stayin' Alive: The 1970s and the Last Days of the Working Class*, Nueva York, New Press, 2010, p. 292. La fuente citada es Kim McQuaid, *Uneasy Partners: Big Business in American Politics, 1945-1990*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1994, p. 156.

adecuada con la tasa de sindicalización), la situación podría resumirse así: en Estados Unidos, después de 1981, solo tres años superan los 10 millones de días de inactividad acumulados por huelgas, y varios años están por debajo del millón. De 1947 a 1981, la cifra supera los 10 millones todos los años, con una media superior al doble.<sup>22</sup>

Podríamos identificar un momento decisivo, volviendo una vez más a Detroit y a 1973, cuando «por primera vez en la historia de la UAW [Trabajadores del Automóvil Unidos], el sindicato se movilizó para mantener abierta una planta».<sup>23</sup> Esto se convirtió rápidamente en el paradigma de la organización sindical, se quiera o no. Con el desmantelamiento del sector industrial y la pérdida de rentabilidad, la principal amenaza tanto para el capital como para el trabajo reside en que una empresa determinada desaparezca. A mayor escala, la propia capacidad de autorreproducción del capital se derrumbará. A partir de ese momento, las luchas contra el capital solo pueden ser *contra* la existencia del capital, y no *por* el fortalecimiento del trabajo. Capital y trabajo se encuentran en una situación de colaboración para preservar la autorreproducción del capital, para conservar la relación laboral junto con la viabilidad de la empresa. Esto proporciona límites casi absolutos para la negociación.

Podríamos llamarla «la trampa de la afirmación», según la cual el trabajo se ve atrapado en la posición de afirmar su propia explotación bajo el disfraz de su propia supervivencia. Es una versión de lo que Lauren Berlant llama «optimismo cruel». El optimismo cruel es una situación cada vez más común:

Ese mismo objeto o escena que aviva la sensación de posibilidad vuelve de hecho imposible la transformación positiva que la persona o grupo de personas se esfuerzan por alcanzar; y lo es por partida doble, en la medida en que vuelve sustentables los placeres de estar en una relación con independencia del contenido de dicha relación.<sup>24</sup>

Seguramente esto describe con exactitud no cualquier relación, sino las exigencias de la relación de trabajo en la larga crisis. La trampa de la afirmación es el optimismo cruel en su estrato más obstinado, que existe independientemente de los apegos libidinales, sus compulsiones no

<sup>22</sup> Véase la base de datos en línea de la Oficina de Estadísticas Laborales, «Economic News Release»: Tabla 1. Work stoppages involving 1,000 or more workers, 1947-2014» (versión actualizada el 11 de febrero de 2015), bls.gov.

<sup>23</sup> Bill Bonds, *WXYZ-TV News*, hablando de los acontecimientos en la planta de estampación Mack, 16 de agosto de 1973. Citado en Georgakas y Surkin, *Detroit, op. cit.*, p. 189.

<sup>24</sup> Lauren Berlant, *Cruel Optimism*, Durham, Duke University Press, 2011, p. 2 [ed. cast.: *El optimismo cruel*, trad. por Hugo Salas, Buenos Aires, Caja Negra, 2020, p. 20].

implican un reconocimiento erróneo. Los placeres que la sostienen son la comida y el techo.

Atrapado en la trampa de la afirmación, el trabajo deja de ser la antítesis del capital. Esto podría verse como el final irónico de la propia afirmación a partir de la cual se define el horizonte socialista de la lucha, para la que «esa revolución consiste, por tanto, en la afirmación del proletariado, ya sea como dictadura del proletariado, consejos obreros, emancipación del trabajo, periodo de transición, extinción del Estado, autogestión generalizada o “sociedad de productores asociados”». <sup>25</sup> Estos son los términos en los que el grupo *Théorie Communiste* define el «programatismo», el modelo central de la lucha revolucionaria de clase en el siglo XX. Moishe Postone identifica el programatismo (no utiliza el término) con el «marxismo tradicional» que, en su opinión, identifica erróneamente la base del capitalismo con la propiedad de los medios de producción, mientras considera el trabajo productivo como «la fuente transhistórica de la riqueza y el principio regulador de la sociedad». La toma de los medios de producción preserva, por tanto, la *forma* capitalista de la riqueza al tiempo que la redistribuye socialmente, por lo que «el marxismo tradicional sustituye la crítica del modo de producción y de distribución de Marx por una crítica del modo de distribución exclusivamente». <sup>26</sup> De ahí la distinción que se hace entre socialismo y comunismo: el primero se refiere al modelo de distribución, el segundo hace referencia a la abolición de la economía y el fin de la relación entre el propio trabajo y cualquier relación o acceso a la riqueza social.

Este «marxismo tradicional» debe entenderse históricamente. El horizonte socialista del programatismo no debe entenderse como un fracaso analítico o moral, ni como una especie de parada en seco; habría un paso del socialismo al comunismo (o de una fase inferior a otra superior del comunismo, como dice Marx en la *Crítica del Programa de Gotha*). Por el contrario, refleja con precisión las condiciones reales del mundo en el que se produce. Es una lucha contra el capital «visto desde el punto de vista del obrero, es decir, desde el punto de vista del ciclo del capital productivo», en palabras de Gilles Dauvé. <sup>27</sup> Es decir, surge con el aumento del poder del trabajo industrial, razón por la cual los trabajadores de este sector pueden erigirse en la fracción de clase revolucionaria. Su crecimiento es la

<sup>25</sup> *Théorie Communiste*, «Much Ado About Nothing», *Endnotes*, num. 1, 2008, p. 155 [ed. cast.: «Mucho ruido y pocas nueces», en *Endnotes*, num. 1, Madrid, Ediciones Extáticas, 2023, p. 168].

<sup>26</sup> Moishe Postone, *Time, Labor, and Social Domination*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993, p. 69 [ed. cast.: *Tiempo, trabajo y dominación social*, Madrid, Marcial Pons, 2006, p. 121].

<sup>27</sup> Gilles Dauvé, *Ni Parlement ni syndicats: les Conseils ouvriers*, París, Éditions Les Nuits rouges, 2008, p. 6 [ed. cast.: *Ni parlamentos ni sindicatos: ¡Los consejos obreros!*, Ediciones Espartaco Internacional, 2004, p. 8].

expansión del capital. Esto no implica, sin embargo, un punto de vista o una forma de lucha inmutables: «La centralidad del trabajo proletario en el análisis de Marx sobre el capitalismo no debe tomarse como una valoración positiva de la primacía ontológica del trabajo en la vida social, ni como argumento de que los trabajadores son el grupo más oprimido de la sociedad».<sup>28</sup>

Es desde el otro lado del arco iris de la acumulación cuando los límites históricos del programatismo aparecen. Cuando la fracción de clase que centró la era programática ya no ejerce un poder peculiar sobre el capital, tal secuencia de luchas queda excluida. Esto no es consecuencia de manio-bras políticas, ni de algún nefasto despliegue de políticas bajo el nombre del «neoliberalismo». Es la autotransformación del propio capital desde el punto de vista del trabajo, que ahora se ve obligado a afirmar el capital en el mismo gesto a través del cual afirma su propio ser. Es precisamente esta lucha por la autopreservación, lo que *Théorie Communiste* denomina «pertenencia de clase como coacción externa», lo que constituye el límite de las luchas obreras como motor revolucionario.<sup>29</sup> Las reivindicaciones salariales, que en el pasado debían proporcionar una ventaja o incluso un punto de apoyo para la abolición de las clases, ahora tienen que ajustarse a las necesidades de la autorreproducción del capital a medida que esta entra en crisis. En su agotamiento crepuscular, la clase obrera se ve reducida a reproducir más o menos las condiciones de su propio empobrecimiento. La lucha salarial conserva la legitimidad de una reivindicación por la supervivencia —*salario, salario ante la muerte de la luz*—, pero al mismo tiempo legitima al capital. No hay más allá.<sup>30</sup>

## Sobredeterminación

El disturbio no pretende preservar nada, no pretende afirmar nada, salvo quizá un antagonismo común, una miseria común, una negación común. Carece de programa. Bajo el título «Esto no fue un movimiento», un analista de los disturbios de Londres de 2011 escribe:

En los disturbios de agosto, no había nada en la situación de sus protagonistas que mereciera la pena defender: el barrio, el hogar, la

<sup>28</sup> Postone, *Social Domination*, núm. 120, p. 356.

<sup>29</sup> *Théorie Communiste*, «Communization in the Present Tense», en Benjamin Noys (ed.), *Communization and Its Discontents: Contestation, Critique, and Contemporary Struggles*, Wivenhoe, Minor Compositions, 2011, p. 53.

<sup>30</sup> Alusión al poema de Dylan Thomas, «Do not go gentle into that good night» cuyo último verso es: *Rage, rage against the dying of the light* [Enfurecéte, enfurecéte ante la muerte de la luz] [N. de la T.].

comunidad, la etnia y la raza se revelaron como aspectos de la reproducción del capital que, de hecho, transformaron a estos proletarios en auténticos indigentes... El lenguaje de los disturbios no era el lenguaje positivo del «movimiento», del cambio social, de las reivindicaciones o la política, sino el lenguaje negativo del vandalismo. No hubo más que destrucción, no se construyó nada, no hubo proyectos ni estrategias.<sup>31</sup>

Para muchos investigadores, esta es la característica más desconcertante de los disturbios. Frente a esto, la demanda de un programa, la demanda de reivindicaciones, es en sí misma una demanda que nos resulta familiar, el estertor de la política prescriptiva. No se cumplirá. Pero esto no significa que el disturbio carezca de determinaciones. De hecho, el disturbio está asombrosamente sobredeterminado por el conjunto de transformaciones históricas que hacen inevitable el tipo particular de antagonismo que llamamos luchas en la circulación.

Resumiendo, el excedente social que acompaña a la acumulación ha disminuido, y con él la capacidad del capital y del Estado para satisfacer las demandas de salarios directos y sociales, salvo en contadas excepciones. Las reivindicaciones salariales se limitan a ser una acción de retaguardia inseparable de la afirmación del ser del capital. El capital ha trasladado sus esperanzas de beneficio al espacio de la circulación y, por tanto, ha trasladado allí su vulnerabilidad. El trabajo lo ha acompañado. También lo han hecho los trabajadores no asalariados: los subempleados y desempleados, los relegados a la economía sumergida, los abandonados a su suerte. Esta desindustrialización se ha racializado dramáticamente.

La muerte de las reivindicaciones salariales anuncia el desvanecimiento de las luchas en la producción unificadas por la función compartida como mano de obra asalariada. Al mismo tiempo, no es requisito para las luchas en la circulación que sus protagonistas sean trabajadores. Si los trabajadores tienen acceso inmediato y legitimidad para interrumpir la producción en la fábrica, entonces cualquiera puede liberar un mercado, cortar una carretera o bloquear un puerto. Como en el siglo XVIII, los alborotadores pueden ser obreros, pero no aparecen *como* tales; los protagonistas no están unidos por tener un trabajo, sino por su desposesión más general. Se adentran en el espacio del mercado, luchando por la reproducción más allá del salario. Esta es la definición que ofrecimos en la introducción.

Quizá, entonces, la «sobredeterminación» sea la forma equivocada de expresarlo. Se ha generado una nueva situación de antagonismo social. Una nueva disposición de la población a través del mismo movimiento que

---

<sup>31</sup> Rocamadur/Blaumachen, «The Feral Underclass Hits the Streets: On the English Riots and Other Ordeals», *SIC*, núm. 2, enero de 2014, pp. 113-134.

genera trabajadores y no trabajadores en la circulación, que casualmente comparten una relación con esa situación de antagonismo. Esta transición a las formas de acción colectiva es la de la destreza dialéctica. Pero la dialéctica necesita al proletariado, y ¿no acabamos de declarar muerta a la clase obrera?

## VIII REBELIONES EXCEDENTARIAS

EXISTEN NUMEROSAS CONJETURAS, algunas de ellas financiadas por los gobiernos, sobre cómo se propagan los disturbios.<sup>1</sup> Esto es cierto en gran medida debido a que los casos individuales están sujetos a contingencias reales y determinaciones locales; las explicaciones mecanicistas generan sus propias excepciones con la misma rapidez que las constataciones. El lenguaje más común es el del contagio, cuyos vectores son los agentes individuales o los medios de comunicación de masas. En 1793, William Godwin escribió:

La cordialidad de la fiesta puede conducir a la depredación del disturbio. La afinidad de opiniones se contagia de persona a persona, especialmente en reuniones numerosas, y entre personas cuyas pasiones no han sido acostumbradas al freno del juicio (...). No hay nada más bárbaro, sanguinario e insensible que el triunfo de una turba.<sup>2</sup>

Dos siglos después, los autores de *La insurrección que viene* sugerían que «un movimiento revolucionario no se propaga por contagio sino por resonancia».<sup>3</sup>

La novela de Sam Greenlee de 1969, *The Spook Who Sat by the Door* [El fantasma que se sentó junto a la puerta], contiene una visión del disturbio racial que se extiende más allá de sus límites espaciales para convertirse en una guerra de guerrillas racial que amenaza al Estado-nación. «Primero estalló en Oakland, luego en Los Ángeles, después, cruzando todo el país, en Harlem y el sur de Filadelfia... Todas las ciudades con guetos se preguntaban si serían las siguientes. La nación más poderosa de la historia

---

<sup>1</sup> Por ejemplo, The U.S. Department of Defense-funded Minerva Institute. Véase «Program History and Overview», [minerva.dtic.mil](http://minerva.dtic.mil).

<sup>2</sup> William Godwin, *Enquiry Concerning Political Justice and its Influence on Morals and Happiness*, Vol. I, Londres, G. G. J. y J. Robinson, 1793, p. 208.

<sup>3</sup> Invisible Committee, *Coming Insurrection*, *op. cit.*, p. 12 [ed. cast.: p. 143].

estaba al borde del pánico y el caos».<sup>4</sup> ¡Saltos!, ¡saltos!, ¡saltos! Es ficción, por supuesto. Además, en la historia de Greenlee la generalización está orquestada por los Panterinos un grupo de «luchadores por la libertad». Esto era un producto típico de 1969, la idea de un partido vanguardista que aún persistía en ese momento. Pero la lógica implícita es menos metafórica que el contagio, menos idealista que la resonancia. Ya sea más o menos ficción, el relato de Greenlee concuerda con la propagación de los disturbios de 2005 en Francia, los de 2011 en Inglaterra y los de 2014 y 2015 en Estados Unidos. El disturbio va al encuentro de las poblaciones excedentarias y estas son su base de expansión. Esto no es negar la agencia de los alborotadores, de los saqueadores, de la gente que dispara a la policía. Tampoco se trata de sugerir que tales rebeliones no se fundamenten en distintos tipos de perspectiva consciente y colectiva. Se trata simplemente del mismo movimiento visto a través del otro lado, desde la perspectiva del propio disturbio. Desde esta perspectiva, uno podría empezar a sintetizar las categorías de crisis, población excedente y raza, como aquellos aspectos recurrentes del *disturbio ampliado* en Occidente.

Los tres aspectos se recogen en el resumen sucinto de Ruth Wilson Gilmore:

La crisis no es objetivamente mala o buena, sino que señala un cambio sistémico cuyo resultado se determina mediante la lucha. La lucha, que es una palabra políticamente neutra, se produce a todos los niveles de una sociedad, ya que un pueblo intenta averiguar, mediante ensayo y error, qué hacer con las capacidades no utilizadas.<sup>5</sup>

Es precisamente este cambio en la lucha lo que tratamos de localizar. El disturbio es, en esencia, un balance de las capacidades no utilizadas, de los excedentes generados por la producción de la no producción, lo que caracteriza el descenso a lo largo del arco de acumulación.

Entre estos excedentes, el más dramático en su desarrollo histórico, y el que más invita a reconsiderar la clase social, es la parte de la población que es mayormente objeto del disturbio: la sobrepoblación relativa. El argumento lógico relativo a la «producción progresiva» de esta capa empobrecida de la sociedad, de la que ya se ha hablado mucho, se despliega a lo largo de todo el primer volumen de *El capital* hasta el capítulo 25.<sup>6</sup> Es aquí donde llegamos a la síntesis de la dinámica contradicción que florece tanto en la crisis como en la población excedente, aspectos

<sup>4</sup> Sam Greenlee, *The Spook Who Sat by the Door*, Detroit, Wayne State University Press, 1969, p. 236.

<sup>5</sup> Gilmore, *Golden Gulag*, op. cit., p. 54.

<sup>6</sup> En la edición en castellano capítulo 23 [N. de E.].

diferentes del mismo proceso que obliga a la creciente dominación del capital constante sobre el variable, socavando así la acumulación al expulsar al trabajo del proceso de producción: «La población obrera, pues, con la acumulación del capital producida por ella misma, produce en volumen creciente los medios que permiten convertirla en relativamente supernumeraria».<sup>7</sup> Que esto completa el argumento teórico del libro lo indica la forma en que Marx cambia entonces totalmente de tema, saltando hacia atrás para una reconstrucción histórica de la llamada acumulación primitiva y el origen del capital.

La población excedente se compone de múltiples estratos. Quizá la capa más significativa se encuentra entre el ejército de reserva de mano de obra (que permanece conceptualmente dentro de la lógica del mercado de trabajo, haciendo bajar los salarios, entrando y saliendo del salario según los cambios en la oferta y la demanda de mano de obra) y un excedente de población estancado y crónicamente excluido del salario formal, o «estructuralmente desempleado» según la jerga convencional. Para esta franja, el problema de la reproducción sigue presente. Las personas que se encuentran en estas circunstancias no pueden entrar en un estado de animación suspendida ni sobrevivir del aire. Se ven sometidos a economías informales, frecuentemente semilegales o ilegales, las cuales solo le proporcionan acceso indirecto al salario formal. Esta porción de la humanidad es la que gana menos de lo necesario para subsistir. La informalización puede entenderse entonces como aquellas «maneras de organizar la actividad económica que producen un elevado beneficio para el capital y un beneficio excesivamente pobre para el trabajo».<sup>8</sup>

Aquí podríamos observar la relación entre el aumento de la población global excedentaria y el rápido incremento del endeudamiento en el transcurso de la larga crisis. Es sobre este periodo sobre el que Gilles Deleuze declara radicalmente: «El hombre ya no está encerrado sino endeudado»; la cual ha sido retomada en retrospectiva por quienes siguen la pista de una nueva ontología económica de la deuda. Generalmente, obviamos lo que Deleuze escribe a continuación:

Sin duda, una constante del capitalismo sigue siendo la extrema miseria de las tres cuartas partes de la humanidad, demasiado pobres para endeudarse, demasiado numerosas para encerrarlas: el control no

<sup>7</sup> Marx, *Capital*, Vol. 1, *op. cit.*, p. 783. [ed. cast.: T. I, Vol. 3, p. 785]

<sup>8</sup> Jan Breman, *Outcast Labour in Asia: Circulation and the Informalization of the Workforce at the Bottom of the Economy*, Nueva Delhi, Oxford India Press, 2010, p. 24 [ed. cast.: *Fuerza de trabajo paria en Asia*, trad. por Jose María Amoroto, Quito / Madrid, IAEN / Traficantes de Sueños, 2014, p. 40]. Para otro tratamiento sistemático de la población excedente, véase Aaron Benanav, *A Global History of Unemployment since 1949*, Londres, Verso, 2019.

tendrá que afrontar únicamente la cuestión de la difuminación de las fronteras, sino también la de los disturbios en los suburbios y guetos.<sup>9</sup>

De hecho, esto socava efectivamente la fuerte distinción que hace Deleuze en su afirmación inicial. No obstante, deja en su lugar un reconocimiento más incisivo, en cuanto a *la unidad de los excluidos y los endeudados*. Constituyen el mismo excedente global. El crecimiento explosivo del sector endeudado ilustra otra faceta de la informalización, en donde la necesidad del capital financiero de encontrar deudores confluye con la proliferación de poblaciones que viven por debajo de los salarios de subsistencia. El microcrédito, el préstamo estudiantil y el *payday loan*<sup>10</sup> son instrumentos paralelos, igualmente insostenibles, que tiene como proyecto estabilizar este creciente excedente y preservarlo de alguna manera dentro de los circuitos de beneficios.

Son expresiones de población excedente dentro de una tendencia estructural hacia la redundancia. Incluso cuando la población crece, la capacidad relativa del capital para absorber mano de obra disminuye, originando un aumento tanto relativo como absoluto de las poblaciones «liberadas» por lo que nos gusta llamar progreso, liberadas de la carga del trabajo y, en última instancia, de la carga de la vida misma. Algunos analistas han observado que el aumento de la lucha a escala global extrae su fuerza de estas poblaciones. Los investigadores del Global Social Protest Research Group, que se sitúan en la tradición de Arrighi y Beverly Silver, detectaron a raíz de la oleada de levantamientos de 2011 una nueva fuerza que no puede categorizarse ni bajo lo que ellos denominan luchas de «tipo marxiano», ni luchas de «tipo polanyiano» —basadas en la reciente subsunción en la clase obrera y en la pérdida de privilegios de clase, respectivamente—, sino que requería una nueva clasificación: «Luchas de la sobrepoblación relativa estancada».<sup>11</sup>

Si bien la atención prestada a la lucha de clases tradicional puede haber ocultado estas tendencias para algunos hasta hace muy poco, hace tiempo que son centrales y evidentes dentro de la larga crisis. Breman escribe:

<sup>9</sup> Gilles Deleuze, «Postscript on the Societies of Control», *October*, núm. 59, invierno de 1992, pp. 6-7. [ed. cast.: «Post-scriptum sobre las sociedades de control» en *Conversaciones 1972-1990*, trad. por Jose Luis Pardo, Valencia, Pre-textos, 2023, p. 284].

<sup>10</sup> El *payday loan* o préstamo a corto plazo en el que un prestamista concede un crédito con intereses elevados y destinados a ser devueltos en el siguiente día de pago del solicitante. [N. de E.]

<sup>11</sup> Sahan Savas Karatasli, Sefika Kumal, Ben Scully y Smriti Upadhyay, «Class, Crisis, and the 2011 Protest Wave: Cyclical and Secular Trends in Global Labor Unrest», en. Immanuel Wallerstein, Christopher Chase-Dunn, y Christian Suter (eds.), *Overcoming Global Inequities*, Londres, Paradigm Publishers, 2015, p. 192.

En las décadas de 1960 y 1970, los responsables políticos occidentales contemplaron el sector informal como una sala de espera o una zona de tránsito temporal: los recién llegados podían utilizarla para aclimatarse y aprender las pautas del mercado de trabajo urbano (...). En realidad, la tendencia fue la contraria.<sup>12</sup>

No parece que la absorción de mano de obra a escala global, que acompaña un nuevo ascenso a lo largo del arco de acumulación, esté a la orden del día.<sup>13</sup> En Estados Unidos, el aumento de la población superflua ha sido una característica básica de la larga crisis. El historiador Aaron Benanav señala:

Esto es especialmente cierto en el caso de los trabajadores del sector manufacturero, donde se han perdido millones de puestos de trabajo. También es el caso de los jóvenes que acaban de incorporarse a la población activa por primera vez y, sobre todo, de los trabajadores racializados.

De 1947 a 1973, la tasa de desempleo alcanzó una media del 4,8 %; después de 1973, subió al 6,5 %. Desde 1973, ha habido un periodo excepcional, de 1995 a 2001, durante el cual la tasa de desempleo volvió a su nivel anterior a 1973. Excluyendo estos años, la tasa de desempleo posterior a 1973 se eleva al 6,9 %, es decir, un 43 % por encima de la media anterior. Este aumento no se debe únicamente al hecho de que los niveles de desempleo hayan sido más altos durante las recesiones. Las recuperaciones económicas son cada vez más recuperaciones sin empleo. Las reducciones del desempleo han tardado más cada década. Tras la recesión de 1981, el empleo tardó veintisiete meses en alcanzar su nivel anterior a la recesión; tras la recesión de 1990, treinta meses; tras la recesión de 2000, cuarenta y seis meses. Tras la recesión de 2007, la recuperación del mercado de trabajo tardó 6,3 años.<sup>14</sup>

A estas alturas, es imposible suponer que estos fenómenos sean simples reequilibrios cíclicos de un mercado de trabajo que tiende al «pleno empleo» (incluso cuando el umbral de desempleo, por el que se define este objetivo, se revisa regularmente al alza). Las tendencias a largo plazo son evidentes, y las señales que podríamos esperar que fuesen indicativas de una inversión secular no se ven por ninguna parte. No se divisan velas en el horizonte. En este contexto, es conveniente repensar la clase de un

<sup>12</sup> Breman, *Outcast Labour*, *op. cit.*, p. 366 [ed. cast.: *op. cit.*, p. 396].

<sup>13</sup> Para una evaluación exhaustiva del aumento de la población excedente y la informalización, véase *Ibidem*, pp. 361-368; y Jacques Charnes, «The Informal Economy Worldwide: Trends and Characteristics», Margin, *The Journal of Applied Economic Research* 6, núm. 2, 2012, pp. 103-132.

<sup>14</sup> Aaron Benanav, «Precarity Rising», *Viewpoint Magazine*, 15 de junio de 2015.

modo que supere el modelo tradicional expuesto en el capítulo anterior, con su «clase obrera» relativamente estable y sociológicamente positivista, acompañada de sus formas de lucha correspondientes. Dada la relativa disminución de esta forma de trabajo, Marx debe querer decir otra cosa cuando, al llegar a esta conclusión sobre la población excedente, propone que la «acumulación del capital es, por tanto, aumento del proletariado».

## Proletarización y racialización

La debilidad del modelo estático de «clase obrera» no radica simplemente en una incapacidad abstracta para seguir las reestructuraciones del capital, sino en una falta de atención práctica a los cambios en el sujeto de la lucha. ¿Cómo podemos concebir el disturbio como una forma, no solo de acción colectiva, sino de lucha de clases, cuando la racialización parece ser una característica fundamental del *disturbio ampliado*, tanto en Estados Unidos, como en términos más generales, en el mundo occidental en proceso de desindustrialización? Es aquí donde la población excedente desempeña un papel mediador y profundamente clarificador. Debido al continuo aumento relativo y absoluto del número de personas excluidas de los sectores productivos y de la economía formal en general, ya no podemos concebir de forma útil a las poblaciones sobrantes como cuerpos complementarios, como casos particulares o excluidos de una fuerza de trabajo cuya imagen heredamos de una era de incesante acumulación. Por el contrario, podríamos entender por *proletariado* no la designación de quienes trabajan directamente para el capital, sino en su sentido original, la clara distinción que Gilles Dauvé establece aquí:

Si identificamos *proletario* con *obrero de fábrica* (o con obrero manual), o con pobre, perdemos lo que hay de subversivo en la condición de proletario. El proletariado es la negación de esta sociedad. No agrupa a los pobres, sino a aquellos que no disponen de «ninguna reserva» y no tienen nada que perder, sino sus cadenas; aquellos que no tienen nada y no pueden liberarse más que destruyendo todo el orden social actual.<sup>15</sup>

Para Dauvé se trata de una verdad mal entendida, no tanto de una revisión de la categoría obligada por las metamorfosis históricas. Lo que importa son esas metamorfosis precisamente. Cuanto mayor es el grado en el cual la clase obrera histórica se ve obligada a afirmar el capital para su propia existencia, así como el incremento de lo que se denomina «capacidades

---

<sup>15</sup> Gilles Dauvé, *Eclipse and Re-emergence of the Communist Movement*, Oakland, PM Press, 2015, p. 47 [ed. cast.: *Declive y resurgimiento de la perspectiva comunista*, trad. por Emilio Madrid Expósito, Barcelona, Ediciones Espartaco Internacional, 2003, p. 197].

ociosas», más nos enfrentamos al significado político del proletariado ampliado y, en particular, al papel de la proletarización pasiva, es decir, a la «disolución de las formas tradicionales de (re)producción».<sup>16</sup>

No obstante, esta expansión no es neutra desde el punto de vista cuantitativo. Aquí podríamos volver a la clarificadora fórmula de Stuart Hall: «La raza es la modalidad en la que se vive la clase».<sup>17</sup> Resulta más evidente y descriptiva cuando consideramos un proletariado que integra a las poblaciones excedentes y, por consiguiente, debe abandonar el modelo sociológico de la «identidad de clase obrera» como un componente fundamental de la pertenencia de clase. En Detroit hemos constatado la divergencia en las tasas de vagabundos; se trata, por desgracia y como era de esperar, de un fenómeno generalizado. Sin embargo, no es algo orgánico. Al igual que la esclavitud, se produce socialmente. Entre 1880 y 1910, un periodo marcado por la escasez de mano de obra, las tasas de desempleo de blancos y negros eran similares. La brecha se abrió durante los años del periodo de entreguerras, ya que «los negros pasaron de un sector a otro, abandonando sobre todo la agricultura, y la demanda se desplazó lejos de las industrias en las que los negros estaban empleados».<sup>18</sup> El giro de una economía industrial hacia una economía posteriormente desindustrializada ha tenido, por así decirlo, un componente racializado; desde los años sesenta, el desempleo de los negros ha sido al menos el doble que el de los blancos, y en tiempos de crisis no ha hecho sino intensificarse. En los últimos años, el desempleo entre los jóvenes negros en las ciudades mencionadas en la novela de Greenlee ha fluctuado en torno al 50 %; en comparación, la estructura general de empleo en estas ciudades está a la par del actual desastre griego, esa crisis que nunca termina.

Gilmore sugiere que entendamos las transformaciones del aparato estatal como formas de gestionar este irremediable excedente, centrándose especialmente en el encarcelamiento:

---

<sup>16</sup> Thomas Mitschein, Henrique Miranda y Mariceli Paraense, *Urbanização, selvagem e proletarização passiva na Amazônia: o caso de Belém*, Belén, 1989, citado en Mike Davis, *Planet of the Slums*, Londres, Verso, 2006, p. 175 [ed. cast.: *Planeta de ciudades miseria*, trad. por Jose María Amoroto, Madrid, Akal, 2014, p. 234].

<sup>17</sup> Stuart Hall et al., *Policing the Crisis: Mugging, the State, and Law and Order*, Londres, Macmillan, 1978, p. 394 [ed. cast.: *Gobernar la crisis. Los atracos, el Estado y «la ley y el orden»*, trad. por Ana Useros, Madrid, Traficantes de Sueños, 2022, p. 559]. Aunque la fuente citada es de autoría colectiva, esta formulación se atribuye generalmente a Hall, en parte porque aparece en obras posteriores firmadas por él.

<sup>18</sup> Robert W. Fairlie y William A. Sundstrom, «The Racial Unemployment Gap in Long-Run Perspective», *The American Economic Review*, núm. 87, 2 de mayo de 1997, pp. 307, 309. Conviene señalar que la mayoría de los datos de este estudio se refieren al empleo masculino.

En mi opinión, las prisiones son soluciones geográficas parciales a crisis políticas y económicas, organizadas por el Estado, que a su vez se encuentra en crisis. La crisis implica que la inestabilidad solo puede resolverse mediante medidas radicales, que incluyen el desarrollo de nuevas relaciones e instituciones a partir de las ya existentes. La inestabilidad que caracterizó el fin de la edad de oro del capitalismo estadounidense proporciona una clave, como veremos. A continuación, examinaremos cómo determinadas categorías de personas, tierras, capital y capacidad estatal se volvieron improductivas —es decir, excedentes—, qué ocurrió y por qué estos resultados pueden explicarse de manera lógica, pero no eran en absoluto inevitables.<sup>19</sup>

A partir de esta correlación entre crisis y excedente, la autora aborda las poblaciones sometidas a este nuevo régimen de violencia estatal, reflexionando «sobre la demografía de las prisiones, en particular, sobre su dominio exclusivo de los pobres, con o sin trabajo, la mayoría de los cuales no son blancos». Finalmente concluye:

La correlación entre las regiones que sufren una profunda reestructuración económica, las elevadas tasas de desempleo y subempleo entre los hombres y la vigilancia intensiva de los jóvenes por parte del aparato de justicia penal del Estado presenta la sobrepoblación relativa como el problema para el que la prisión se convirtió en la solución del Estado.<sup>20</sup>

Se podría señalar que el disturbio es la otra cara del encarcelamiento. Se trata tanto de una consecuencia como de una respuesta a los regímenes implacables e intensos de exclusión, redundancia, falta de acceso a los bienes, control y vigilancia, violencia estatal, así como a la incapacidad del Estado para destinar recursos a la paz social. En efecto, estas son las condiciones específicas y propias de casi todas las grandes rebeliones de la historia reciente. Si la solución del Estado al problema de la crisis y el excedente es la cárcel —la gestión penitenciaria—, el disturbio es una lucha frontal contra esta solución, una contrapropuesta de ingobernabilidad.

## Una agenda para el desorden total

La relación entre disturbio y racialización es, entre otras cosas, un elemento del debate sobre el sujeto revolucionario de la larga crisis. Sin embargo, la importancia de la población excedente en este debate no surge en las primeras naciones industrializadas, sino más bien en el mundo en proceso de

<sup>19</sup> Gilmore, *Golden Gulag*, *op. cit.*, pp. 26-27.

<sup>20</sup> *Ibidem*, pp. 15, 113.

descolonización, descrito sobre todo por Frantz Fanon en *Los condenados de la tierra*. Fanon señala que «la constitución de un *lumpen-proletariat* es un fenómeno que obedece a una lógica propia y ni la actividad desbordante de los misioneros, ni las órdenes del poder central pueden impedir su desarrollo». Las poblaciones se ven empujadas a la ciudad por factores demográficos así como por la expropiación de las tierras, donde descubrirán que no tendrán acceso a la economía formal, y «es en esa masa, en ese pueblo de los cinturones de miseria, de las casas “de lata”, en el seno del *lumpen-proletariat* donde la insurrección va a encontrar su punta de lanza urbana», ya que esta cohorte «constituye una de las fuerzas más espontáneas y radicalmente revolucionarias de un pueblo colonizado».<sup>21</sup>

Es precisamente esta condición compartida de redundancia en poblaciones dominadas y sometidas a un incesante estado de violencia racista, la que constituye el marco a través del cual los movimientos del *Black Power* logran el reconocimiento mutuo con las luchas anticoloniales internacionales. La llegada a la madurez de este sujeto desposeído y colonizado como agente político en Estados Unidos se narrará a través de los antagonismos globales en una especie de *Bandungsroman*. Grupos como el *Revolutionary Action Movement* y los *Black Panthers* estudiaron cuidadosamente los textos de Fanon entre otros. Es la lógica del lumpen, de los excluidos, la que permite comprender la colonización como un proceso global cuyo terreno de disputa no es el de la clase obrera tradicional. Para Newton, esto fue algo fundamental a la hora de desarrollar su teoría de la lucha. En consonancia con la ambigua situación de transición de los años sesenta, Newton vacila entre ver a la población negra guetizada de Estados Unidos como la más explotada de una clase obrera tradicional, generadora de superbeneficios que permiten la proyección global del proyecto colonial, o como el lumpen excluido de Fanon. «Encerrados en los guetos de Estados Unidos, rodeados de todas sus fábricas y de todos los componentes físicos de su sistema económico, hemos sido convertidos en “los condenados de la tierra”, relegados a la posición de espectadores», escribe. Esta situación es garantizada por «el ejército de ocupación, encarnado por la policía», la gestión nacional de las poblaciones negras como colonización interna.<sup>22</sup>

Este argumento, combinado con el derrumbe del marco de las luchas por los derechos civiles y las conquistas progresistas que parecían posibles en una época de expansión, así como con los análisis de pensadoras como Gilmore que ven en el auge del Estado carcelario una gestión de la población excedente, empieza a conformar un sistema de coordenadas. El

<sup>21</sup> Frantz Fanon, *The Wretched of the Earth*, Nueva York, Grove Atlantic Press, 2005, pp. 207, 81 [ed. cast.: *Los condenados de la tierra*, trad. por Julieta Campos, Ciudad de México-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2022, pp. 118-119].

<sup>22</sup> Newton, *Newton Reader*, op. cit., pp. 135, 149.

capital sostiene e impulsa el colonialismo, al tiempo que garantiza la proliferación de poblaciones excedentarias, en una dinámica combinada que podría haberse descrito como la división global del no trabajo. Pero no es el capital en sentido estricto el que disciplina o expropia a las poblaciones excedentes. Tampoco es el capital capaz, en última instancia, de comprar la paz social. Las *clases peligrosas* globales no están unidas por su papel como productores, sino por su relación con la violencia estatal. Ahí reside la base de la rebelión de los excedentarios y de su forma, que debe superar la lógica del reconocimiento y la negociación. «La descolonización, que se propone cambiar el orden del mundo», declara Fanon, «es, como se ve, un programa de desorden absoluto».<sup>23</sup>

A la luz de esto, debemos señalar que el *disturbio ampliado* tiene su origen tanto en el mercado de la temprana Europa moderna como en las rebeliones de esclavos y los levantamientos anticoloniales de los siglos XVIII y XIX, entre aquellos para quienes la servidumbre ya se imponía mediante la violencia directa y legal. Ranajit Guha insiste tanto en el aspecto organizativo de estas luchas como en las consecuencias de obviarlas. «La insurgencia», señala, «era un empeño motivado y consciente de las masas rurales». Y continúa:

No obstante, esta conciencia parece haber recibido poca atención en la literatura que trata de este tema. La historiografía se ha contentado con ocuparse del rebelde campesino simplemente como un ente empírico o un miembro de una clase, pero no como una entidad cuya voluntad y razón constituían la praxis llamada rebelión. La omisión se encubre en la mayoría de los relatos con metáforas que asimilan las revueltas campesinas a fenómenos naturales: se manifiestan súbita y violentamente como una tempestad, lo remueven todo como terremotos, se propagan como fuegos en el bosque, infectan como epidemias.<sup>24</sup>

La idea se inscribe en el conocido debate entre agencia y determinación. Si se ciñe a un lado del binomio dialéctico, es seguramente en un esfuerzo por revelar los perniciosos efectos retóricos del punto de vista opuesto y su supuesta objetividad. Guha capta de manera brillante un efecto señalado anteriormente, por el que la supuesta espontaneidad de tales rebeliones proporciona una oportunidad ideológica para tratar a los rebeldes como espontáneos y salvajes, carentes de racionalidad, sin soberanía, socialmente determinados, pero no determinantes, sin ser plenamente humanos, lo

<sup>23</sup> Fanon, *Wretched*, op. cit., p. 3 [ed. cast.: p. 30].

<sup>24</sup> Ranajit Guha, «The Prose of Counter-Insurgency», en Ranajit Guha y Gayatri Chakravorty Spivak (eds.), *Selected Subaltern Studies*, Oxford, Oxford University Press, 1988, p. 46 [ed. cast.: «La prosa de la contrainsurgencia» en *Las voces de la historia y otros estudios subalternos*, trad. por Gloria Cano, Barcelona, Crítica, 2002, pp. 44-45].

que a su vez permite la continua racialización de los protagonistas de los disturbios y la justificación implícita de la dominación racial. Provocar disturbios equivale a fracasar en la medida de lo humano. No alcanzar la condición de sujeto.

Se pueden observar ejemplos de este debate antagónico acerca de los temas apropiados desde el inicio de la larga crisis. En 1972, Alain Badiou rechazó con gran sarcasmo «la deslumbrante novedad de las masas marginales disidentes», por su asociación con el desorden (bajo las rúbricas teóricas habituales de flujo y libre actuación, etc.), en favor de la «sistemización finalmente coherente de las prácticas revolucionarias de su tiempo» de Marx y Engels.<sup>25</sup> De los muchos defensores de esta perspectiva, Badiou es particularmente sugerente debido a sus posteriores cambios en favor de la «chusma», en *El despertar de la historia* (en el que adopta con frecuencia el término racialmente codificado «*racaille*» para sus protagonistas. La misma palabra, «chusma», empleada por el entonces ministro del interior Sarkozy como arma contra los alborotadores franceses en 2005). A pesar de ello, esta evolución es incompleta: para el «comunismo genérico» de Badiou, el orden sigue imperando, aunque ahora bajo el nombre de la Idea y no del Partido. No obstante, su recorrido registra un cambio más profundo en la base material para entender a estos actores disolviendo así cualquier antinomia entre las «masas marginales disidentes» y una visión de cómo podrían desarrollarse las posibilidades revolucionarias.

Este es el contenido vital de la recomposición de clase a nivel global. El énfasis de Guha en el aspecto consciente y razonado, la subjetividad revolucionaria, de los levantamientos aparentemente espontáneos en lo que a veces se ha llamado la «periferia» ejemplifica una réplica a quienes desestiman tales luchas. Por sí solo, sigue siendo parcial. El relato de Fanon sobre la llegada implacable de las poblaciones excedentes al escenario político, y su relación intransigente con ciertas formas de acción colectiva, constituye un complemento indispensable. La trayectoria que traza no ha hecho más que intensificarse a medida que «las ciudades se han convertido en un vertedero para una población excedente no cualificada, desprotegida y mal remunerada que trabaja en el comercio y la industria de servicios informales».<sup>26</sup> El alcance de esta evolución se recoge en *Planeta de ciudades miseria* de Mike Davis, un abrumador análisis de las poblaciones excedentes a escala global. Un aspecto de esta dinámica radica en la certeza de que

<sup>25</sup> Alain Badiou, *Théorie de la contradiction*, París, Librairie François Maspero, 1972, p. 72. Traducido al inglés por Eleanor Kaufman en «The Desire Called Mao: Badiou and the Legacy of Libidinal Economy», *Postmodern Culture*, núm. 18, (1), septiembre de 2007.

<sup>26</sup> United Nations Human Settlements Program, *The Challenge of Slums: Global Reports on Human Settlements*, Londres, Routledge, 2003, p. 40.

estos progresos serán direccionados de manera cada vez más ardua hacia el centro desindustrializado, a medida que avanza la redundancia racializada.

Se ha producido, por lo tanto, una especie de doble llegada del disturbio al mundo occidental en vías de desindustrialización. O, mejor dicho, de las condiciones que hacen inevitables estas luchas que denominaremos disturbios. Provenientes de los disturbios contra las exportaciones y el mercado de los siglos XVII y XVIII, se desplaza desde la periferia hacia el centro. Este doble movimiento constituye una convergencia de las lógicas colonial y capitalista, cuyos desórdenes regresan a su lugar de partida.

## El disturbio público

Desde el principio nos encontramos con el principal punto débil de la categoría «disturbio racial»: la ambigüedad de la propia «raza». Gilmore, junto con muchos otros analistas, sostiene que la raza no tiene existencia propia. Pero tampoco es una ficción. Más bien, se produce a través de un proceso que ella denomina «racismo», que nosotros hemos venido llamando «racialización», y a la que define como el hecho de «producir y explotar, con o sin el aval legal del Estado, la exposición diferenciada por grupos a la muerte prematura».<sup>27</sup> Chris Chen sugiere que la atención no debe centrarse en la «raza» sino en la adscripción racial, los procesos estructurales a través de los cuales se produce la raza, como algo distinto «de los actos voluntarios de identificación cultural —y de una variedad de respuestas a la legislación racial, desde la huida hasta la revuelta armada—».<sup>28</sup> En sintonía con el argumento general, sugeriríamos, sin embargo, que la asignación ideológica preexistente de significado (o falta de él) a los levantamientos y los disturbios participa en dicha adscripción. El disturbio, pese a toda su inevitabilidad sistemáticamente producida, es uno de los momentos de exposición de los que habla Gilmore; es la modalidad de lucha disponible para las poblaciones excedentarias, previamente racializadas. Participar en un disturbio es pertenecer a la categoría de personas cuya ubicación en la estructura social les compele a unas formas de acción colectiva en detrimento de otras. Por lo tanto, podríamos decir finalmente que el término «disturbio racial» posee un significado opuesto: no se refiere a la raza como causa del disturbio, sino al disturbio como parte del constante proceso de racialización. En definitiva, no es que la raza produzca los disturbios, sino que más bien son los disturbios quienes producen la raza.

---

<sup>27</sup> Gilmore, *Golden Gulag*, *op. cit.*, p. 28.

<sup>28</sup> Chen, «Limit Point», *op. cit.*, p. 205 [ed. cast.: p. 257].

Esta formulación nos remite, inevitablemente, al hallazgo según el cual «la raza es la modalidad en la que se vive la clase». La frase se ha hecho tan conocida que ha desvirtuado su contexto. Resulta ser una afirmación sobre, entre otras cosas, los disturbios. En un pasaje anterior del mismo texto, generalmente pasado por alto, encontramos una formulación más amplia que sitúa la frase en luchas concretas. «Es en la modalidad de la raza donde aquellos a quienes las estructuras explotan, excluyen y subordinan sistemáticamente se descubren como clase explotada, excluida y subordinada. Por lo tanto, es principalmente en y a través de la modalidad de la raza donde la resistencia, la oposición y la rebelión se expresan *por primera vez*».<sup>29</sup>

Este «*por primera vez*» es significativo. Implica que la confrontación se abre finalmente a otras modalidades —a la clase, en conclusión, dada la frase lapidaria que sigue—. La «modalidad» también pretende superar la jerarquía de apariencia y esencia, en la que lo que podría parecer la experiencia de la raza resulta luego ser la verdad de la clase. Por el contrario, existe una continuidad y una mezcla. Aquí debemos tener presente que la fórmula de Hall se centra originalmente en la negritud, y las dificultades surgen cuando esto se extiende alegremente a la raza en un sentido amplio. En Estados Unidos y Reino Unido, de diferentes maneras, una histórica antinegritud ha constituido jerarquías de racialización de tal manera que las poblaciones negras pobres se acercan a la exclusión absoluta, a la redundancia y a la violencia estatal. A lo largo de esta jerarquía, encontramos una interacción cambiante entre explotación y exclusión, dominación imperialista y gestión directamente violenta. La lógica de una población excedente estructuralmente racializada que señala un nuevo proletariado atraviesa la aparente antinomia de raza y clase para revelar la racialización como característica y motor de la recomposición de clase.

Al mismo tiempo, la categoría de excedente proporciona una forma más amplia y flexible de entender las transformaciones actuales. Excedente no es sinónimo de raza; ni puede disociarse fácilmente de él. Nos encontramos en medio de un éxodo continuo hacia el mundo superdesarrollado, impulsado por la volatilidad geopolítica y por la incapacidad del capital para absorber la mano de obra adecuada en las regiones emergentes del sistema-mundo: una diáspora inseparable de la redundancia en expansión. Esto no puede sino ejercer presión también sobre los protocolos de racialización, sobre las formas y los marcos de exclusión. A partir del surgimiento contemporáneo de las poblaciones excedentarias y de la política de los redundantes, es factible avanzar desde la anterior propuesta acerca del disturbio como la modalidad en la que se vive la raza hacia una propuesta más amplia según la cual *el disturbio es la modalidad en la que se vive la redundancia*.

<sup>29</sup> Hall *et al.*, *Crisis*, *op. cit.*, p. 347 [ed. cast.: p. 497].

Decir esto es decir que *la circulación ampliada* es la era del *disturbio ampliado*, y no simplemente en el sentido de que se caracteriza por un aumento de los disturbios tanto absolutos como relativos en comparación con las huelgas. El *disturbio ampliado* es la condición en la que la vida excedente *es disturbio*, es el sujeto de la política y el objeto de la continua violencia estatal. Dentro de la reorganización social de la larga crisis, la población excedente es tratada como alborotadora en todo momento —incipiente, en progreso, por agotamiento— no por error sino por reconocimiento. Como señala la filósofa Nina Power en su contradictoria lista «Treinta y una tesis sobre el problema de lo público», «lo público nunca ha existido», pero también «lo público no siempre coincide con la nada que se supone que es». El excedente no es nada y debe serlo todo. Así, la tesis 31 enuncia: «Lo público es un disturbio que avanza lentamente».<sup>30</sup>

Power también señala que «la policía es lo público y lo público es la policía». La ambigüedad tiene su origen en la frase de Robert Peel, fundador de la policía moderna en el Reino Unido, y su visión de la policía como expresión de una voluntad social más general en lugar de ser una fuerza impuesta desde fuera. Un pensamiento noble, sin duda. La verdad desalentadora de este sentido radica en la forma en que lo público, entendido como población civilizada, adopta una especie de autocontrol liberal, que siempre está presente de forma pasiva y a menudo se manifiesta durante los disturbios activos, cuando ciudadanos amantes de la libertad se apresuran a disciplinar a sus compañeros con llamamientos a un pacifismo ético que, si al principio es ignorado, se repite bajo la amenaza de que se llamará a un policía uniformado para ayudar con la erradicación del agitador. El disturbio, en este sentido, contiene su propio policía en el interior de sí mismo.

Esto es doblemente cierto, debido a otra reflexión anterior sobre la función policial del Estado en términos de su integración en el *disturbio ampliado*. Dado que la violencia estatal ocupa actualmente el lugar de la economía, la población excedente se encuentra dentro de una economía de violencia estatal. Pero esto actúa como un límite. Este tipo de exposición continuada genera unidad y autorreconocimiento, y no es fácil romper con ella. Esta es la paradoja a la que se enfrenta la población excedente, para *el disturbio ampliado*, una paradoja que se hace evidente cuando estalla abiertamente un disturbio:

La policía, en este sentido, no es una fuerza externa de orden aplicada por el Estado a unas masas ya amotinadas, sino una parte integral del motín: no es solo su bujía de encendido, actuando a través de la muerte

---

<sup>30</sup> Nina Power, «Thirty-One Theses on the Problem of the Public», *Objective Considerations of Contemporary Phenomena*, MOTINTERNATIONAL, 2014.

habitual a manos de la policía de algún joven negro, sino también el socio permanente necesario de la multitud alborotada de la que el espacio debe ser liberado si esta liberación quiere significar algo; quien debe ser atacado como enemigo si la multitud se unifica; quien debe ser obligado a *reconocer* la agencia de un grupo habitualmente sometido.<sup>31</sup>

Uno no puede evitar encontrar en esta relación la escena de reconocimiento hegeliana, la dialéctica policía-disturbio, tan característica del *disturbio ampliado*. De inmediato, recordamos la transposición de Fanon de la misma escena a la situación colonial, así como la afirmación de Susan Buck-Morss de que Hegel se inspiró en la lucha anticolonial en Haití para sus escritos originales, de modo que con Fanon no asistimos tanto a una transposición como al cierre de un ciclo.<sup>32</sup> La lucha por la descolonización, en la narración de Fanon, debe trascender la cuestión del reconocimiento, dado que los colonizados no pueden ser absorbidos ni por el Estado como ciudadanos libres ni por la economía como mano de obra libre. Por lo tanto, debe reducir «simplemente la sustitución de una “especie” de hombres por otra “especie” de hombres. Sin transición, hay una sustitución total, completa, absoluta».<sup>33</sup>

Debe quedar claro que la situación de la larga crisis en las naciones en vías de desindustrialización no puede identificarse con el escenario de la lucha anticolonial. Tampoco, como se ha señalado anteriormente, es ajena a ella. Las distinciones conceptuales entre centro y periferia, primer y tercer mundo, etc., tienen menos sentido que nunca. La coyuntura, como se ha sugerido, reside en la creciente presencia de una población cuyo trabajo nunca podrá objetivarse. La redistribución está descartada, ya que los que más tienen se aferran implacablemente cada vez más a la menguante riqueza del sistema-mundo, concentrándola más si cabe. Los excluidos estructurales se reúnen en las calles y en las plazas, en las zonas de contención y en los cinturones exteriores de las relucientes y moribundas ciudades. *Nosotros somos la crisis*. Históricamente, los regímenes de acumulación en Reino Unido y Estados Unidos han encontrado formas de absorber a estas poblaciones, de proporcionarles una vía para su autorreproducción, que es también la reproducción del capital. Ahora la cuestión de la reproducción proletaria se plantea cada vez más allá del salario.

Sin embargo, los sujetos del *disturbio ampliado* tampoco pueden imaginar una subsistencia significativa en el mercado, al modo de la anterior era del disturbio. La separación entre producción e intercambio y la presencia

<sup>31</sup> «A Rising Tide Lifts All Boats», *Endnotes*, núm. 3, 2013, p. 98 [ed. cast.: p. 129].

<sup>32</sup> Susan Buck-Morss, «Hegel and Haiti», *Critical Inquiry*, núm. 26 (4), verano de 2000, pp. 821-865.

<sup>33</sup> Fanon, *Wretched*, *op. cit.*, p. 1 [ed. cast.: p. 30].

de la policía constituyen la ausencia misma de esta posibilidad. La gran recomposición de clase y la abstracción de la economía son una misma cosa. La fijación de precios, incluso en su forma contemporánea, resulta ser un paliativo muy efímero. El sujeto cuya modalidad es el disturbio debe enfrentarse antes o después a la necesidad de perseguir su reproducción no solo más allá del salario, sino más allá del mercado.

En este sentido, el disturbio es el signo de una situación que al final debe absolutizarse. No por la naturaleza salvaje y afectiva del disturbio, aunque los que han tenido experiencias de este tipo saben que se trata de una fuerza vertiginosa, sino por la situación que se ha desarrollado y el proceso de deterioro en la que se encuentra. El *disturbio ampliado* no es una reivindicación, sino una guerra civil.

Tenemos, pues, algo así como una última contradicción. Por un lado, el disturbio debe absolutizarse, avanzar hacia una autorreproducción más allá del salario y el mercado, hacia una agenda social que definimos como la comuna, que es siempre una guerra civil. Por otro lado, el disturbio está enredado tanto interna como externamente, con la función policial que parece un bloqueo a cualquier absolutización de este tipo. Esta contradicción ofrece algunas maneras de pensar en los disturbios, las rebeliones y los levantamientos de los años posteriores al colapso del mercado mundial de 2008: las particularidades históricas que encarnan, los fracasos que conllevan, el futuro que sugieren.

A falta de encuestas, habrá que recurrir a los modelos. Dos ejemplos resultarán especialmente sugerentes a la hora de considerar la situación actual del *disturbio ampliado* en el mundo superdesarrollado. Dos paisajes: las plazas y las calles. Así como el puerto y la fábrica fueron respectivamente el lugar del disturbio y la huelga, estas son el hábitat natural del *disturbio ampliado*. Son lugares de circulación, de circulación de cuerpos y mercancías. Al mismo tiempo, ponen de relieve la lógica de las luchas en la circulación y muestran el desarrollo histórico incompleto de esta dinámica. Uno de los paisajes está constituido por la ocupaciones de plazas en 2011 conocidas como *Occupy*, la versión estadounidense del movimiento internacional de las plazas. El otro son los disturbios de 2014, en primer lugar locales y posteriormente nacionales, tras el asesinato de Michael Brown en Ferguson (Misuri), tras la decisión de no procesar a su asesino, el agente de policía Darren Wilson. Cuando esos disturbios desbordaron sus periferias, se extendieron a una veintena de ciudades, incluidas cada una de las localidades nombradas en el pasaje de *The Spook Who Sat by the Door*.

## IX

### AHORA EL DISTURBIO: LA PLAZA, LA CALLE, LA COMUNA

EL DISTURBIO, el bloqueo, la barricada, la ocupación. La comuna. Esto es lo que veremos en los próximos cinco, quince, cuarenta años. La lista no es nueva. Se ha convertido en algo habitual entre algunos grupos que se identifican con el ocaso de todo programa. El objetivo aquí no es reiterar los puntos de esta lista, ni simplemente explicar por qué es más probable que sean más eficaces ahora que en algún momento anterior. No cabe duda de que es así. El argumento de este libro, sin embargo, no es que las luchas en la esfera de la circulación sean el enfoque idóneo para «cortocircuitar el capital» (o como lo queramos decir) con el fin de ponerlo a raya. La circulación es valor en movimiento hacia su realización; es también un régimen de organización social dentro del capital, que se entrelaza con la producción en una relación cambiante cuyo desequilibrio se manifiesta como crisis. Hemos intentado sentar las bases teóricas e históricas de las «circunstancias ya existentes, dadas y transmitidas desde el pasado», de por qué dentro de estas circunstancias son inevitables nuevas luchas en la circulación, y de cómo una mayor comprensión de este marco conceptual y de la historia material podría mediar entre lo que *es* y lo que *debería ser*. Para ello es necesario comprender los límites de la oleada de luchas más reciente y, al mismo tiempo, tratar de revelar el núcleo práctico, por así decirlo, del que están destinadas a surgir las luchas que vienen.

#### Las plazas y la alianza de clase

El *agora* griega clásica designa a la vez el mercado y la asamblea pública, un doble carácter que persiste de forma cada vez más fantasmal en la primera era de los disturbios. El regreso del *disturbio ampliado* a las plazas evoca las luchas en el mercado de la primera era del disturbio, así como la reivindicación social de esas luchas llevadas a cabo a través de la economía. No podría ser de otra manera. Al mismo tiempo, demuestra la imposibilidad de tal retorno.

Cuando las diversas iteraciones del «movimiento de las plazas» que guiaron la lucha global en 2010-2011 emergen en el ágora, presentan en más de un sentido una clara demostración del argumento de este libro. Van directamente al lugar ejemplar de la circulación. Su origen en las poblaciones excedentarias es manifiesto. Consideremos el estallido de la Primavera Árabe provocado por la autoinmolación de Mohamed Bouazizi, un tunecino entre la masa de personas empujadas a la economía informal y luego sometidas al acoso incesante de la policía. Tal estallido depende de la naturaleza excepcional del fenómeno y de la exaltación de la pauperización. Pero, al mismo tiempo, depende del carácter paradigmático de la situación de Bouazizi como uno más entre los muchos excedentarios de las transformaciones político-económicas, que, inabsorbibles y carentes de futuro, se encuentran en el espacio público de las ciudades.

Y, sin embargo, el hecho de situar el *disturbio ampliado* en la plaza moderna es una señal de su circunscripción al espacio de la política. Este es más o menos el problema trascendental de 2011. La realización capitalista se basa en la separación de lo político y lo económico, de modo que la autoridad de las personas puede concebirse independientemente de los problemas supuestamente tecnocráticos de la creación y distribución de recursos. Esta separación se expresa en la distancia que existe entre nuestra disturbiología más destacada, mencionada previamente: por un lado, la política de la Idea de Badiou y, por otro, el economicismo mecánico del New England Complex Systems Institute entre otros. En la actualidad, se observa cómo la población del *disturbio ampliado* alcanza un orden histórico, que no proviene de una idea común, ni de las letales fluctuaciones del precio de los alimentos, sino que se corresponde con una unidad político-económica subyacente, una reorganización material de la sociedad, la cual les brinda un conjunto común de problemas y un escenario comparado en el que enfrentarse a ellos.

Las trampas de lo político son muchas. El hecho de que las acampadas de *Occupy* se expandieran con la indignación que siguió a su violenta represión va en paralelo a su orientación más amplia hacia el Estado y sus instituciones. Otra trampa se ve en los prolongados disturbios de la crisis griega: su *antikristos*<sup>1</sup> entre la policía y sus antagonistas, ininterrumpidamente desde 2008, preconiza y localiza la acampada en la plaza Syntagma de Atenas y los constantes ataques al edificio del Parlamento. Podría decirse que el ejemplo más doloroso de la trampa de lo político es el descubrimiento, ante los aparentes golpes de Estado de la Primavera Árabe, de

---

<sup>1</sup> El *antikristos* es una danza de origen griego que se encuentra en Asia Menor, las islas del Egeo, Macedonia, etc. Es igualmente conocida en Armenia y en los países balcánicos. «Αντικριστός» en lengua griega hace referencia al verbo αντικρύζω «estar enfrente, enfrente, cara a cara» [N. de E].

unas revoluciones oficialistas fatídicamente incompletas. *El pueblo quiere la caída del régimen*. «Pero este antagonismo es de hecho interminable, circular», como han señalado algunos. «Nada puede hacer más patente esta circularidad que la marcha de Mohamed Morsi, treinta meses después de la caída de Hosni Mubarak, un año y una semana después de su propia elección. Resulta que *no era* la caída del régimen lo que el pueblo quería, no era la democracia en algún sentido abstracto».<sup>2</sup> A pesar de los proyectos de rehabilitación emprendidos por varios filósofos, la democracia sigue siendo lo contrario a la absolutización. «Si empezamos por el Estado, terminamos en el Estado», señala Kristin Ross, argumentando que narrar el nacimiento de la Comuna de París como un enfrentamiento entre una población y su gobierno es limitar nuestra comprensión del acontecimiento a una lucha por el control de un Estado que sigue siendo el Estado.<sup>3</sup> Este es un límite tanto para la teoría como para la práctica, especialmente cuando intentamos comprender todas las formas en las que el Estado moderno evoluciona a partir de las estructuras del capital y cómo estas estructuras le son necesarias.

En ningún lugar estuvo más presente este inútil impulso democrático que en Estados Unidos, donde la deliberación se convirtió en un fin en sí mismo. Los objetivos prácticos de *Occupy Wall Street* (OWS) se definieron rápidamente. En un principio, el movimiento declaró su intención (algo inverosímil) de bloquear la bolsa, de interrumpir la precipitada carrera del propio capital financiero. Empujado rápidamente a la plaza que haría famosa, rodeada de barricadas y policías, *Occupy* se extendió periódicamente por las calles adyacentes y el puente de Brooklyn. Su otro propósito declarado era desarrollar una propuesta unitaria contra la oligarquía financiera, considerada responsable de haber provocado la crisis financiera, así como contra la política de austeridad derivada de la misma. Quedó claro rápidamente, aunque de forma tácita, que cualquier reivindicación específica podría fracturar la frágil unidad. De este modo, la acampada terminó convirtiéndose en «su propia reivindicación», al mismo tiempo que se hacía un llamamiento al reconocimiento de la miseria vivida por la austeridad y prefiguraba formas imaginativas de autogestión futura. Es revelador que la innovación más famosa de OWS fuese una forma de comunicación, el «micrófono humano».

*Occupy Oakland* compartirá similitudes genéricas con OWS, entre las que por supuesto no faltarán las formas de deliberación. Las diferencias serán más interesantes. Fue la más militante de las acampadas y propuso la

<sup>2</sup> Research and Destroy, «The Wreck of the Plaza», [researchanddestroy.wordpress.com](http://researchanddestroy.wordpress.com), 14 de junio de 2014. Este artículo apareció anteriormente con el sugerente título «Plaza-Riot-Commune».

<sup>3</sup> Kristin Ross, *op. cit.*, Verso, Londres, 2015, p. 14 [ed. cast.: p. 20].

idea del disturbio como modalidad, sobre todo porque fue capaz de tomar regularmente las calles de la ciudad y convertirse en un disturbio abierto. Partiendo de la intensa concentración de riqueza, de la gentrificación y de la creciente desigualdad característica (pero no exclusiva) de Oakland y el Área de la Bahía, la destrucción periódica de propiedades por parte de *Occupy Oakland* funcionó como una especie de fijación de precios: un intento de reducir el creciente valor de las propiedades socavando las normas burguesas de habitabilidad. Al mismo tiempo, el movimiento atacó directamente la economía. Los ocupantes bloquearon dos veces el inmenso puerto de Oakland (ambas veces en incómoda colaboración con el sindicato de estibadores), una de ellas en el marco de un intento de huelga general, la primera en Estados Unidos desde 1946. Junto a estas clásicas luchas en la circulación, no es de sorprender que *Occupy Oakland* se centrara en una cocina comunitaria, señalando la centralidad de la población excedente en la acampada.

A pesar de su papel dentro de la red nacional de acampadas en otoño de 2011, la formación de *Occupy Oakland* también debería entenderse a la luz de otras historias. Una de ellas es la del «doble disturbio», un lugar común, poco comprendido en su nivel sistémico. En Francia, los disturbios de 2005 saltan de *banlieue* en *banlieue*, especialmente las que cuentan con una población fuertemente informalizada e inmigrante, tras la muerte de Zyed Benna y Bouna Traoré mientras huían de la policía; en 2006, los llamados disturbios del movimiento contra el CPE [Contrato de primer empleo] fueron una respuesta al intento de reestructurar el mercado laboral juvenil e implicaron la ocupación de numerosas universidades. El patrón se repite en el Reino Unido en orden inverso: primero, se dieron las luchas estudiantiles de 2010, que incluyeron tanto ocupaciones de universidades como el saqueo de la sede de los *tories*; después, se produjeron los disturbios de Tottenham de 2011, tras el asesinato de Mark Duggan. En Oakland, los disturbios de principios de 2009 se desencadenaron tras el asesinato de Oscar Grant a manos de la policía; entre 2009 y 2010 tuvieron lugar toda una serie de ocupaciones universitarias que provocaron una represión militarizada en toda California (y en todo el país), pero se centraron en la cercana Berkeley.

La forma del doble disturbio es lo suficientemente clara. Un disturbio surge cuando los jóvenes descubren que las vías que antiguamente prometían una integración formal mínimamente segura en la economía, ahora se encuentran clausuradas. El otro proviene de las poblaciones excedentarias racializadas y de la violenta gestión estatal de las mismas. Son los titulares de pagarés sin fondos y los poseedores de la nada más absoluta. Cuando consideramos este emparejamiento contemporáneo, que supuestamente debería estar en oposición, la abyección de unos traiciona el relativo

privilegio de los otros. Esto es en sí mismo una comprensión sesgada de la crisis y de sus poblaciones, de los modos y temporalidades a través de los cuales se despliega la exclusión. No se trata aquí de discutir nuevas categorías sociológicas que suplantarían las clasificaciones obsoletas de una era anterior, reemplazando un conjunto cosificado de actores por otro. Se trata más bien de poner de manifiesto el movimiento real dentro del cual estas categorías sociales se desarrollan, cambian, se elaboran internamente y en relación con otras fuerzas sociales. La ocupación de Oakland, que se autodenominó brevemente la Comuna de Oakland, podría entenderse como un intento imposible de sintetizar estos dos elementos del doble disturbio, así como un ejemplo vivo del terreno de lucha cada vez más compartido de estas poblaciones, de su movimiento inacabado hacia los demás.

La composición de la acampada era su fuerza y su debilidad al mismo tiempo: la base de su militancia y los términos de su insostenible alianza de clase entre los excluidos y los desahuciados. Capta «una contradicción central incrustada en las expresiones contemporáneas de esas ciudades compuestas por tiendas de campaña (...) entre la abyección del campo de refugiados y el activismo de la acampada política», como lo denomina Sasha X.<sup>4</sup> No obstante, esta descripción pasa por alto la incorporación actual de «la acampada política» dentro de las condiciones político-económicas. Sería igualmente exacto describir *Occupy Oakland* como un caso de proletarianización inacabada. En ese momento no era del todo posible unificar el doble disturbio en una sola acampada. Esta es la expresión más clara de la contradicción entre ideología y práctica. El discurso dominante de *Occupy* —«somos el 99 %» y, por tanto, merecedores de una parte equivalente de la riqueza social y el poder de clase— es incapaz de representar a aquellos cuyas vidas ya están más allá de las promesas de mejora institucional y política redistributiva. Hay poco reconocimiento en esa formulación de la relación material entre el movimiento *Occupy* y el planeta de ciudades miseria, incluso cuando ese planeta cuenta cada vez más con lugares como Oakland. Al mismo tiempo, sin embargo, las formas de lucha de Oakland (disturbio, huelga general, bloqueos del puerto) sintonizan de forma clara con la política de las poblaciones excedentes, una política sin programa.

Tal política, que tiende a la absolutización, no quedaría sin oposición. Aquellos que todavía eran capaces de proyectar, partiendo de sus circunstancias sociales, una imagen de redistribución y restauración de algún momento anterior de equilibrio social (parecido al periodo de la «edad de oro del capitalismo» y a un keynesianismo nostálgico) estaban a menudo dispuestos a imponer esta visión mediante la colaboración pasiva o activa con el orden. Esto supondría una obstrucción igual a la de la propia policía.

---

<sup>4</sup> Sasha X, «Occupy Nothing: Utopia, History, and the Common Object», *Mediations*, núm. 28: (1), otoño de 2014, p. 62.

Por todo ello la acampada fue algo singular. Ciertamente, destacó en el mapa nacional de acampadas *Occupy*: todos los *black blocs* y *bad blood* [enfurecidos], o al menos una parte de ellos, participaron de una política cualitativamente diferente, enfrentándose al Estado de austeridad como antagonistas y no como contraparte traicionada. Una *Society of Enemies* para los que la lucha contra la policía era menos un objetivo en sí mismo que una parte inevitable de su propia posición. Esto se relaciona mejor con una narrativa internacional, un hilo rojo que se extiende sinuosamente desde los disturbios de las *banlieues* hacia los futuros festivales de gases lacrimógenos del mañana. La continua alianza o la falta de distinción entre la acampada de la población excedente y otros grupos políticos que no pueden ser integrados por el Estado es una característica esencial del *disturbio ampliado*, una característica que sin duda se extenderá e intensificará a medida que continúe mutando en paralelo con la producción de la no producción y la inestabilidad política global.

## La calle y la brecha

La lógica de las luchas en la circulación no ha tenido un ejemplo más espectacular que el del 24 y 25 de noviembre de 2014, cuando el disturbio se extendió de una ciudad a otra desde un suburbio de San Luis, Misuri, tras un episodio de violencia intolerable debido a la fatídica gestión de las poblaciones racializadas por parte de la policía. Estos disturbios no surgieron de la nada, sino de todas partes, reflejando la manera en que comienzan los disturbios en la era del *disturbio ampliado*. El lugar de este disturbio es la calle, la calle donde Michael Brown fue asesinado, la calle donde la gente se reunió para esperar la noticia de que su asesino quedaría libre de cargos, la calle donde la gente se encontró después. La calle donde la violencia contra la policía allanó el camino para el saqueo de centros comerciales, así como hacia otros objetivos. Y finalmente están las autopistas, a escala continental, clausurando cruce tras cruce a lo largo del Sistema de Autopistas Interestatales, el paisaje construido para la circulación, en su día el mayor proyecto de obras públicas conocido de la historia. Sin embargo, esto no debe reducirse al espectáculo, a la representación. El bloqueo de carreteras, la interrupción de la circulación como proyecto inmediato y concreto expresaba el deseo insaciable de *que todo se detuviera*. Las autopistas y las autovías era el material más cercano de *todo ello*, de la totalización antihumana y la cosificación del mundo.

Escenas similares en todo el país transmitieron una extraña sensación de coordinación, de organización sin organización. Los disturbios adquirieron una dimensión nacional no solo debido a la impunidad otorgada

a un oficial de policía, sino también por una serie de asesinatos ocurridos en todo el país, policías contra personas, eslabones de una cadena infinita. Sin embargo, aún más notable y sorprendente que el salto espacial de estos disturbios fue su prolongación en el tiempo. Ahí radica la verdadera novedad de Ferguson.

Tras la muerte a tiros de Michael Brown a manos de Darren Wilson, los disturbios locales comenzaron casi inmediatamente, y se prolongaron durante más de dos semanas. Medir el disturbio es una ciencia inexacta; sin embargo, esta secuencia parece haber durado más que cualquiera de los casos similares analizados anteriormente, desde Detroit, Newark y Chicago hasta la actualidad. Cualquiera que haya estado en Ferguson reconocerá lo extraordinario de este hecho. La población de San Luis es de unos veinte mil habitantes; hacia 1970 llegó a tener unos treinta mil, antes de que la desindustrialización se impusiera. No hay muchas cosas para quemar. No hay plazas que ocupar, pero la complicidad entre la calle y la plaza persiste. En la avenida comercial de West Florissant, epicentro de los disturbios, la gente quemó el mercado QuikTrip y utilizó el solar como plaza hasta que fue acordonado por el Estado.

La transformación racial de la ciudad ha sido sorprendente, aún cuando ha seguido un curso cada vez más común, pasando de estar aproximadamente constituida por tres cuartas partes de blancos y una cuarta parte de negros en 1990 a una situación prácticamente inversa en 2010. La estructura tradicional estadounidense caracterizada por la huida de los blancos, que en su día convirtió los centros urbanos en zonas de alta concentración de población excedente, ha mutado para asemejarse al modelo global y más bien europeo de *banlieues* y barrios de miseria que integran a la población excedente en cinturones alrededor de las ciudades.

Phil A. Neel ofrece una clara explicación de cómo estos cambios demográficos y la geografía del debilitado paisaje proporcionan los términos para el «disturbio suburbano», cuyo *locus classicus* se encuentra en el levantamiento descentralizado y sin reivindicaciones de Los Ángeles en 1992.<sup>5</sup> Neel identifica un elemento adicional para explicar la dificultad de contener el disturbio: la ausencia de una clase de dirigentes negros capaz de mediar y poner orden en nombre de la comunidad. Esto es muy revelador de lo que en realidad es un desarrollo estructural mucho mayor.

Es una convención casi universal del *disturbio ampliado*, de la rebelión y el levantamiento, que poco después de su estallido y de experimentar una victoria sustancial o aparente, se divide en dos tendencias. A veces se oponen abiertamente, a veces se solapan o se fusionan. La primera se

---

<sup>5</sup> Phil A. Neel, «New Ghettos Burning», *ultracom.org*, 17 de agosto de 2014.

inclina hacia una especie de populismo, un intento de ampliar sus filas apelando a la opinión pública, aprovechando su cobertura mediática y otros aparatos discursivos. Esta tendencia se ve arrastrada inevitablemente hacia cierta versión de responsabilidad política, pero sobre todo hacia la persuasión moral de la desobediencia civil y la no violencia en general. Su objetivo es convertirse en una fuerza política, influir en la opinión, obtener concesiones. Con el tiempo acabará participando en la escena electoral, subordinada como sección o base de la política de partido. Si a esta fracción política se le pide desde el principio que justifique el desorden de los disturbios, retoma la afirmación de Martin Luther King Jr. según la cual «los disturbios son el lenguaje de los no escuchados». Esto tiene un atractivo inmediato; sería difícil no oír en cualquier disturbio el lamento de los miserables. Sin embargo, presenta una sintomatología poco examinada, al presuponer que el grito incipiente del disturbio debe tener en realidad algún significado aún no descifrado más allá de sí mismo. Además, este significado es su aspecto principal: los otros aspectos desafortunados que se ven en las noticias quedan desmentidos por el llamamiento humanista y universal a reconocer el sufrimiento del otro e incluso a perdonar sus expresiones excesivas. En este sentido, incluso el disturbio sin reivindicaciones se codifica como *una demanda en sí misma*, algo que podría satisfacerse por el orden actual si se comprendiera. La negociación se convierte en una verdad transhistórica.

La segunda tendencia encuentra en el disturbio algo que está más allá o que precede a la comunicación. Está menos interesado en lo político que en sus aspectos prácticos, orientándose hacia lo material en todos los sentidos de la palabra. Estos aspectos prácticos pueden incluir el saqueo, el control del espacio, la erosión del poder policial, la transformación de una zona en hostil para los intrusos o la destrucción de aquellos bienes que se entiende son la forma en que los alborotadores quedan excluidos del mundo que contemplan ante ellos y al que nunca podrán pertenecer.

Esta división es tan antigua como el propio disturbio, y no es del todo nítida. Los actos discursivos también tienen aspectos prácticos y, a la inversa, un escaparate roto o un comercio abrasado por las llamas son inevitablemente una forma de comunicación. No obstante, la brecha es evidente, los implicados la viven socialmente y se repite sin excepción. Así ocurrió también en Ferguson, donde en cada una de las noches de disturbios se produjeron tantas marchas pacíficas que seguían en gran medida las prescripciones policiales, como acciones menos ordenadas que incluían incendios intencionados y disparos contra los agentes de policía. Aunque las distintas tendencias colaboraron durante los primeros días, cuando quizás aún no se habían formado del todo, estas llegaron a estar cada vez más enfrentadas, sobre todo después de la llegada a Ferguson de un gran

número de clérigos nacionales para mostrar lo que habían aprendido de las enseñanzas del Dr. King.

Pero es aquí donde se vislumbra un cambio histórico de suma importancia. Desde el movimiento por los derechos civiles (y antes de él, la «primera ola» del movimiento feminista), los marcos jurídicos, la persuasión moral y una política de respeto al orden han hegemonizado efectivamente el debate con bastante rapidez después de cada levantamiento. Esto ha sido así en gran parte porque dicho enfoque podía ofrecer beneficios reales, aunque limitados. Estos resultados ya no parecen plausibles hoy día. El éxito de la estrategia discursiva se basaba en un cierto grado de riqueza social, mercados de trabajo tensionados y un beneficio constante que valía la pena preservar aunque supusiera sacrificios relativos para el capital.

Tal vez sea posible imaginar demandas en el presente que, de ser satisfechas, alterarían sustancialmente las circunstancias de los excluidos. Sin embargo, el incremento de sus filas equivale a la incapacidad de satisfacer tales demandas: son las dos caras de la crisis. De la misma manera que Estados Unidos ya no puede garantizar la acumulación a escala global y, por consiguiente, debe ordenar el sistema-mundo mediante la coerción y no el consentimiento, el Estado ya no puede otorgar el tipo de concesiones obtenidas por el movimiento de derechos civiles, es decir, no puede comprar la paz social. Todo son palos y no hay ninguna zanahoria. Los disturbios de Baltimore tras el asesinato de Freddie Gray en 2015, cuya duración e intensidad serían respondidas por la Guardia Nacional y un estado de emergencia de nueve días, no hacen sino afirmar esta situación.

Como resultado, la brecha ya no puede cerrarse tan fácilmente. La prolongación de la furia de los disturbios es, sin duda, una muestra de las tensiones sociales en torno a una policía racista así como a la inmanente violencia aplicada en la gestión de las poblaciones excedentarias en general. También es una expresión del escaso atractivo que tiene la moderación y la resignación optimista. Este enfoque aún conserva cierto carisma, como atestigua la actual institucionalización de los levantamientos de Ferguson y Baltimore gracias a la contención de las ONG. Al mismo tiempo, cada vez es más difícil refutar el argumento según el cual la subordinación y la violencia sin límite son estructurales, por lo que no pueden resolverse ni práctica ni teóricamente mediante la participación redistributiva.

A menos que se produzcan cambios impredecibles en los cimientos de lo organizado, la brecha se ensanchará y permanecerá abierta durante mucho tiempo. Así es como aparece en la práctica el impulso hacia la absolutización. Si entendemos cada caso como una brecha que cada vez durará más, también aumentará el número de brechas abiertas en un momento dado. Es previsible que una serie en cascada de ellas —dirigidas

inicialmente, pero no exclusivamente, por luchas racializadas— logre preservar su existencia al tiempo que atrae a otras luchas para que aprovechen su principal oportunidad contra un desorden que se extiende, un desorden que ahora se sitúa no del lado del disturbio sino del Estado, de lo que antes había sido en sí mismo un orden violento. Contra este gran desorden es necesaria la autoorganización, la supervivencia en una clave diferente. Ni siquiera es necesario considerar que esto pueda suceder para considerarlo algo más probable que un renovado programa socialista, por mucho que esté vestido con los ropajes de una economía supuestamente nueva.

## Comuna y catástrofe

Si la plaza y la calle han sido los dos lugares del *disturbio ampliado*, ambos se abren a la comuna. La comuna, sin embargo, no es un lugar propiamente dicho, no es una «aglomeración territorial», como lo expresaba Kropotkin.<sup>6</sup> Su historia ha consistido en escapar a esa designación, incluso aunque instancias concretas adopten los nombres de sus emplazamientos. Se podría decir que es una relación social, una forma política, un acontecimiento. Se le ha llamado de todo. También hemos sugerido que es una táctica, parte de los repertorios de la acción colectiva, tal y como Tilly los concebía, y tal y como lo hemos retomado en este libro. Esto puede parecer una afirmación curiosa para una empresa tan sostenida y elaborada como la comuna. Una última digresión, pues, para dar sentido a esta afirmación, e integrarla con algo totalmente distinto.

Bruno Bosteels, al disociar la comuna de la ejemplaridad totalizadora de París, aporta una visión fundamental. En su investigación sobre lo que el historiador Adolfo Gilly denominó la Comuna de Morelos (que alcanzó su punto álgido en 1914-1915), escribe:

En cuanto a las formas de organización y su aparición, se acusa al anarquismo de favorecer los levantamientos y atentados espontáneos como parte de su ideología de acción directa, a la que solo una conciencia de clase socialista, orientada hacia la conquista del poder del Estado, otorgaría, al parecer, la organización necesaria de un movimiento político duradero.<sup>7</sup>

Esta antinomia, con su ya de por sí ideológica concatenación de identificación política y formas de acción, es precisamente lo que la comuna disuelve: «Sin embargo, hay una forma política en la que anarquistas y socialistas

<sup>6</sup> Ross, *Communal Luxury*, *op. cit.*, pp. 123-124 [ed. cast.: p. 150].

<sup>7</sup> Bruno Bosteels, «The Mexican Commune», en Shannon Brincat (ed.), *Communism in the Twenty-First Century*, Vol. 2, Santa Barbara, Praeger, 2014, p. 168.

—incluso en México— parecen capaces de encontrar un terreno común: la forma de la comuna».<sup>8</sup> Esta multiplicidad de la comuna es señalada por Marx a propósito de París, de la que extrae una lección más unívoca:

He aquí su verdadero secreto: la Comuna era, esencialmente, un gobierno de la clase obrera, fruto de la lucha de la clase productora contra la clase apropiadora, la forma política al fin descubierta para llevar a cabo dentro de ella la emancipación económica del trabajo.<sup>9</sup>

Esta conclusión es ambigua si analizamos Morelos con respecto a París, dada la continuidad provisional de la reforma agraria campesina y obrera junto a las luchas anticapitalistas en las fábricas azucareras en proceso de industrialización (una ambigüedad que Bosteels hace extensiva a toda la historia subterránea de la «Comuna Mexicana», a través del levantamiento zapatista de 1994 y la Comuna de Oaxaca de 2006). Es decir, desde esta perspectiva no parece nada claro que el secreto de la composición de la comuna resida tanto en el particular «gobierno obrero» como en la experiencia comunal de varias fracciones sociales.

Y esta es exactamente la cuestión. Dentro de las transformaciones del presente, la forma de la comuna es impensable sin la articulación de la clase obrera tradicional en un proletariado ampliado. Es decir, un proletariado que no esté orientado por los trabajadores productivos, si no por poblaciones heterogéneas de personas carentes. Al igual que en el disturbio, en la comuna pueden aparecer trabajadores, pero no necesariamente como tales. Ross sostiene que la comuna se define en parte por el alcance de esta relación:

Lo que la comuna ofrecía como medio político y social, a diferencia de la fábrica, no era sólo un ámbito social más amplio —que incluía a mujeres, niños, campesinos, ancianos o desempleados—, sino que atañía no sólo a la producción sino también al consumo.<sup>10</sup>

En principio, se trata de una afirmación curiosa, ya que es el propio capitalismo el que se basa en los circuitos entrelazados de producción y consumo, un binomio que nos ha proporcionado las dos formas de lucha modernas: la huelga y el disturbio, la fijación de salarios y de precios. Esto implicaría que la comuna permite la producción y consumo de las cosas necesarias (y los placeres! —«lujos comunales»— como dice Ross) más allá de las

<sup>8</sup> *Ibídem.*

<sup>9</sup> Karl Marx y V. I. Lenin, *The Civil War in France: The Paris Commune*, Nueva York, International Publishers, 1968, p. 60. [ed. cast.: *La guerra civil en Francia*, Madrid, Fundación Federico Engels, 2017, p. 71].

<sup>10</sup> Ross, *Communal Luxury*, *op. cit.*, p. 112 [ed. cast.: p. 135].

medidas del capital. Es decir, más allá del salario y los precios. Así es, en teoría. El comunismo actual, que ya no se puede confundir con el control obrero sobre la producción y la distribución al modo socialista, supone la ruptura de la relación entre la aportación de trabajo y el acceso a los bienes de primera necesidad, las actividades sociales hermanas reguladas por el salario y el precio respectivamente. Puede preservar la producción y el consumo en un sentido general, pero elimina las mediaciones que vinculan la producción al consumo. Solo entonces se rompen las limitaciones del valor que organizan las relaciones sociales.

Pero, acechando entre las sombras proyectadas por la luz abstracta del ideal, está también la idea, práctica y concreta, de que la comuna está más allá de la producción y el consumo capitalistas. Si volvemos, en el último momento, a la historia material, es porque nuestro punto de partida nunca ha sido otro. Ni la Comuna de París ni la de Morelos pueden entenderse independientemente de las catástrofes sociales —*las convulsiones*— que las precedieron.<sup>11</sup> La comuna aparece más allá del salario y del precio, porque esas luchas dejan de ser posibles en la práctica, porque la reproducción humana en ese momento no se encuentra ni en el lugar de trabajo ni en el mercado. En la medida en que la comuna es una apertura histórica, es también un cierre, y este cierre es inseparable de su existencia y acción. Como nos recuerda Marx, «la gran medida social de la Comuna fue su propia existencia, su labor».<sup>12</sup>

La comuna, pues, tiene una continuidad con el disturbio. Presupone la imposibilidad de fijar salarios como medio para asegurar cualquier forma de emancipación. Como muchas de las luchas en la primera era de los disturbios, probablemente será iniciada por aquellos para quienes la cuestión de la reproducción más allá del salario ha sido un problema desde hace tiempo, aquellos que han sido forjados socialmente como los portadores de esa crisis. «Las mujeres fueron las primeras en actuar», nos recuerda Lissagaray a propósito de la Comuna de París, «doblemente castigadas por la miseria del sitio».<sup>13</sup> Ese sitio, que es el género, nunca ha terminado.

Al mismo tiempo, la comuna también rompió con la fijación de precios que estaba en el origen de los disturbios, porque esta acción no garantizaba la subsistencia. Iba más allá de la huelga y del disturbio. En esta situación,

---

<sup>11</sup> Para un estudio de las condiciones político-económicas de Morelos antes de la Comuna, véase Paul Hart, *Bitter Harvest: The Social Transformation of Morelos, Mexico, and the Origins of the Zapatista Revolution, 1840-1910*, Albuquerque, University of New Mexico, 2005, pp. 149, 191-192.

<sup>12</sup> Marx, *Civil War*, op. cit., p. 65 [ed. cast.: p. 77].

<sup>13</sup> Prosper-Olivier Lissagaray, *History of the Paris Commune of 1871*, trad. inglés por Eleanor Marx Aveling, Londres, Verso, 2012, p. 65 [ed. cast.: *La Historia de la Comuna de París de 1871*, trad. por Blanca Gago Domínguez, Madrid, Capitán Swing, 2021, p. 140].

la comuna no aparece como un «acontecimiento», sino como una táctica de la reproducción social. Es fundamental entender la comuna primero como una táctica, como *una práctica a la que la teoría le es adecuada*. Más allá de la huelga y el disturbio, lo que distingue los problemas y las posibilidades de la reproducción de los de la producción y el consumo es lo siguiente: la comuna es una táctica que al mismo tiempo es una forma de vida.

La comuna que viene se desarrollará allí donde las luchas tanto en la producción como en la circulación se hayan agotado. La comuna que viene surgirá probablemente primero, no tras los muros de la ciudades o las comunidades amuralladas, sino en las ciudades abiertas, donde los excluidos de la economía formal y abandonados a la deriva en la esfera de la circulación ahora son testigos de la incapacidad del mercado para satisfacer sus necesidades. El *glacis* que rodeaba el Muro de Thiers es ahora el *Boulevard Periphérique*; la población excedente se reúne ahora en las circunvalaciones de Lima, Dhaka y Dar es Salaam. Pero no solo allí.

La situación se desmorona, el centro y la periferia no pueden sostenerse. Damos vueltas sin parar por la noche y nos consume el fuego. Tal vez la larga crisis del capital pueda revertirse; es una apuesta peligrosa para cualquiera de los dos bandos. Sin embargo, en la crisis persistente, la reproducción del capital a través del circuito de producción y circulación —salario y mercado— aparece cada vez más, no tanto como posibilidad, sino como límite a la reproducción proletaria. Un circuito muerto y en llamas. Aquí el disturbio vuelve tarde y aparece pronto, al mismo tiempo demasiado e insuficiente. La comuna no es más que el nombre dado al intento de superar este límite, una catástrofe extraña aún por venir.



## EPÍLOGO

COMO SE TRATA de un epílogo, parece apropiado reflexionar sobre lo que ha sucedido después de la publicación original, tanto en lo que puede deducirse de su recepción como, lo que es mucho más importante, aquello que ha iluminado el panorama político.<sup>1</sup>

El libro intenta teorizar un conjunto de hechos observables empíricamente con fines bastante sencillos. En primer lugar, trata de rescatar el disturbio de su antigua deslegitimación burguesa —basada tanto en la exclusión de las poblaciones racializadas del régimen de lo político como en la preservación del monopolio estatal de la violencia— para hacerlos políticamente inteligibles como expresión particular de las contradicciones del capital y no un mero grito espasmódico de los desposeídos. En segundo lugar, se trata de situarlos dentro de la categoría más amplia de las «luchas en la circulación», que se han desarrollado como la principal forma de acción colectiva en el presente: sencillamente, una lucha que interviene en la esfera de la circulación llevada a cabo por quienes se encuentran en ella, una dinámica compartida, si no heredada, de las principales luchas del Occidente preindustrial. En última instancia, trata de proponer una explicación de esta trayectoria de la lucha en la circulación con arreglo a lo que el libro denomina el «arco de acumulación» del capital como fenómeno desigual pero global, que nos devuelve a una contradicción fundacional: a medida que el capital elimina al trabajo vivo, su fuente misma de valor, la

---

<sup>1</sup> El libro ha tenido la suerte de encontrar un público receptivo, en gran parte porque el tipo de fenómenos que describe y predice ha continuado. Ha tenido lectores atentos de diversas orientaciones políticas que han ayudado a ampliar y perfeccionar las categorías y conceptos del libro. Tal vez sea este un buen momento para dar las gracias a algunos de los que nos han brindado estas oportunidades. Entre otros, estoy agradecido a los organizadores del Historical Materialism en Nueva York y Londres; a los editores y colaboradores de la revista *Viewpoint*, especialmente a Amanda Armstrong, Alberto Toscano y Delio Vázquez; a mis anfitriones en el A. E. Havens Center for Social Justice, dirigido en aquel momento por Erik Olin Wright (1947-2019) y orquestado por Lenora Hansen, y a los organizadores de «Riot as a Global Political Concept» en Buenos Aires, especialmente a Niccolò Cuppini y Alejo Stark. Estoy muy agradecido también a varios traductores, entre ellos Julien Guazzini, Oğün Bastürk, Oskar Söderlind, Achim Szepanski y Dennis Buescher-Ulbrich. Estoy en deuda con una cohorte mucho mayor por su amabilidad y compañía intelectual.

acumulación decrece y la reinversión de capital se desplaza hacia mecanismos de captación de beneficios dentro de la esfera de la circulación.

He aquí otra forma de presentar este asunto. El lumpen aparece primero como en un cuento de hadas. Comienza, como suele hacerlo en todos los cuentos de: «Hace mucho, mucho tiempo...». En la primera aparición cronológica de *El capital*, Marx escribe con su fulgurante sarcasmo: «*In einer längst verfloßnen Zeit gab es auf der einen Seite eine fleißige, intelligente und vor allem sparsame Elite und auf der andren faulenzende, ihr alles und mehr verjubilende Lumpen*». «En tiempos muy remotos había», dice la traducción estándar, «por un lado, una élite diligente, y por el otro una pandilla de vagos y holgazanes».<sup>2</sup> No leemos esta historia sobre el origen hasta bastante avanzado el libro, exactamente en el momento en que Marx salta de su argumentación lógica a las profundidades de la historia para explorar «el secreto de la acumulación primitiva». La estrategia narrativa ha sido muy comentada. Este podría haber sido el primer capítulo; al fin y al cabo, es donde se inicia la *fábula*. Pero entonces estaría a unas setecientas páginas de «la ley general de la acumulación capitalista», donde se revela por fin el destino del lumpen. Habiendo sido empujados hacia el trabajo y convertidos en proletariado, según una secuencia lógica que organiza los primeros veinticinco capítulos, una fracción cada vez mayor del proletariado es expulsada de la producción de acuerdo con la creciente composición técnica y orgánica del capital, y se sedimentó así en el trabajo informal, el pauperismo absoluto y la redundancia en cotas inferiores incluso de la miseria de la sobrepoblación relativa. De este modo, el principio y el final de la trayectoria del lumpen se unen, para insistir en que reflexionemos sobre esta trayectoria directamente. Podríamos decir simplemente que este libro se refiere a la política de ese arco.

## Punto de circulación

Las respuestas críticas al libro, que a menudo aparecen en revistas de tradición socialista, se han ceñido de forma prácticamente inapelable al principio según el cual hay que defender la huelga. Una parte de esta defensa ha sido poco más que juramentos de fidelidad a lo que C. Wright Mills llamó hace sesenta años la «metafísica del trabajo». Se han visto especialmente obligadas a recordarnos la obviedad que afirma que el capital sigue siendo vulnerable en el punto de la producción. Estas lecturas a menudo han implicado una interpretación errónea de los argumentos del libro, imaginando afirmaciones inexistentes según las cuales la producción ha llegado

---

<sup>2</sup> Karl Marx, *Capital: A Critique of Political Economy*, Vol. 1, trad. al inglés por Ben Fowkes, Londres, Penguin, 1992, p. 873 [ed. cast.: T. I, Vol. 3, p. 891].

a su fin y estamos en una era de circulación «pura» o «autónoma» (como si tal cosa fuera posible), o se imagina que el libro rechaza la clase como categoría determinante. De hecho, argumenta lo contrario, aunque nos pide que reconozcamos la actividad política propia de los excluidos del salario formal como una forma en sí misma de lucha de clases (dada la racialización de estos actores de clase en Occidente, la ceguera hacia este hecho adquiere un significado bastante funesto). En ocasiones, estas respuestas señalan la obviedad con respecto a que los disturbios no siempre son emancipadores, pero rara vez hacen lo mismo con las acciones de los trabajadores. Suelen expresar su descontento por la falta de eficacia política que conduce al fracaso de «organizarse» en la forma en que conocen, aparentemente obviando el hecho por el que esta opinión también tiene una historia racial. Como señala Alys Weinbaum sobre *Black Reconstruction*, «Du Bois nos enseña que los esclavos no necesitan estar organizados ni de forma consciente ni colectiva en el sentido marxista tradicional para hacer historia».<sup>3</sup> «La huelga general negra» de esclavos durante la Guerra Civil de Du Bois designa un conjunto de acontecimientos que fueron, en palabras de Cedric Robinson, «consecuencia de las contradicciones dentro de la sociedad sureña más que de una vanguardia revolucionaria que tejiera estos fenómenos en una fuerza histórica».<sup>4</sup> Sobre esta base, carente de partido o movimiento, Du Bois llegó a la famosa conclusión según la cual los esclavos se liberaron a sí mismos. Esto no es, sin embargo, un veredicto sobre el marxismo, sino sobre un fino estrato dentro de él, bendecido por reconocer un credo y un modo histórico de organización, condenado a tratarlo como abstracto y universal. Por supuesto, ya no estamos en la era de la esclavitud; tampoco estamos en la era en la que el empleo formal se centra en la industria y la manufactura, pero aquellos incapaces de reconocer su decadencia y todo lo que se ha desvanecido con ella, no deberían detenernos.

No obstante, otras críticas han proporcionado enfoques matizados y serios, capaces de enfrentarse a las dramáticas transformaciones en la composición de clase y capital en las que se basa el libro.<sup>5</sup> Investigando los cambios entre los sectores del trabajo, particularmente en relación con la logística y el transporte, concluyen que las huelgas en esos sectores siguen siendo viables, necesariamente poderosas y, por lo tanto, muy deseables (estas propuestas

---

<sup>3</sup> Alys Weinbaum, «Gendering the General Strike: W. E. B. Du Bois's *Black Reconstruction* and Black Feminism's "Propaganda of History"», *The South Atlantic Quarterly*, núm. 112 (3), verano de 2013, p. 452.

<sup>4</sup> Cedric Robinson, «A Critique of W. E. B. Du Bois' *Black Reconstruction*», *Black Scholar*, núm. 8, (7), 1977, p. 48.

<sup>5</sup> Véase, por ejemplo el artículo de Kim Moody, «Organize. Strike. Organize», en *Jacobin*, 22 de mayo de 2018. El título delata el juego programático con su renuncia a la actualidad histórica por el estilo imperativo, pero su enfoque es serio, cargado tanto de interés como de reflexiones; además le considero un camarada.

van sugiriendo periódicamente que estos sectores son en sí mismos parte de la producción, abandonando la distinción entre trabajo productivo y necesario e, intencionadamente o no, abandonando un marco marxista en el proceso; vale la pena repetir que si estos sectores crecientes fueran en general trabajo productivo, habríamos visto un crecimiento simultáneo de la acumulación que ha estado decisivamente ausente). La atención prestada a la logística y el transporte expresa un creciente sentido común entre esa parte de la izquierda obrera atenta a los cambios estructurales: frente a los mercados de trabajo postindustriales, en los últimos años hemos empezado a ver que se aboga por un desplazamiento de las luchas clásicas en el punto de producción hacia lo que podríamos denominar el «punto de circulación».

Estos argumentos respaldan fundamentalmente el análisis del libro, aceptando que el capital global, a finales del largo siglo XX, tras el desplome de los beneficios en la manufactura y la industria en torno a los años setenta, ha desplazado su centro de equilibrio hacia la circulación en busca de beneficios (teniendo como punto de apoyo la logística y el transporte, así como las finanzas). El empleo ha seguido al desplazamiento del capital hacia las estrategias de circulación.

Esta reducción de la circulación al sector de la logística y el transporte corre el riesgo de ocultar la naturaleza misma de la circulación que, al igual que la producción, es una categoría completamente heterogénea y diversa. Incluye la circulación formal (la transferencia de la propiedad); la circulación física de mercancías ya valorizadas en el proceso de producción en busca de la realización de ese valor como precio; el trabajo para estos fines; el mercado como espacio donde tienen lugar, así como el consumo de bienes y servicios. Por encima de todo, una explicación centrada en cómo el empleo formal ha acompañado a los desplazamientos del capital tiende a descuidar las formas en que la informalización y el desempleo han seguido a estos movimientos: las formas según las cuales el desplazamiento del capital hacia la circulación indica la *desacumulación* y el fin de un mercado laboral lo suficientemente expansivo, con capacidad para absorber en el sector servicios a aquellos expulsados de la manufactura y la industria, lo que a su vez garantiza un aumento de los que carecen de acceso formal al salario y han naufragado en la «ruidosa esfera de la circulación» de Marx, que es ante todo, al igual que la esfera de la producción a la que está vinculada, una relación social más que una actividad técnica.

## Programa y materialismo

Pero volvamos a la intuición obrerista según la cual es probable que la huelga se extienda a aquellos sectores en los que el capital busca cada vez

más beneficios, en lugar de desaparecer en favor de los disturbios. En este punto también hay acuerdo. Aunque el libro trata de mostrar el trabajo realizado mediante la contraposición de disturbio y huelga dentro de los marcos ideológicos y jurídicos —particularmente en lo que respecta a la consiguiente maraña de criminalización, racialización y exclusión de lo político en el caso del disturbio—, no establece una oposición entre sus dos términos principales. Traza el surgimiento de la huelga a partir del disturbio y la reciente inversión de esta relación, como resultado de las contradicciones en desarrollo en el largo arco del capital, más que como visiones estratégicas en competencia. De hecho, el libro llega prácticamente al mismo punto que los defensores de la huelga en el ámbito de la logística:

No hay ningún argumento en contra de este tipo de organización. La huelga de UPS de 1997 demuestra que es posible. Es inevitable que un porcentaje cada vez mayor de las escasas huelgas se produzcan en el ámbito de la circulación de mercancías y que, en la práctica, las acciones de los trabajadores se desplacen hacia las luchas del transporte. Considérese el ilustrativo cambio táctico por parte de los sindicatos franceses, por ejemplo, cuando las refinerías y los depósitos de petróleo franceses fueron bloqueados durante dos semanas en 2010.<sup>6</sup>

Me considero un gran admirador de la huelga como arma, especialmente cuando persigue objetivos emancipadores en lugar de gestionar el metabolismo del capital hacia un equilibrio orientado a su mantenimiento, lo cual viene ocurriendo desde los años sesenta en adelante en las naciones de industrialización temprana.

Entonces, si todos somos partidarios de la huelga, ¿qué es lo que está en juego en este desacuerdo? Una cuestión metodológica. La defensa de la huelga es, a veces de forma implícita pero con frecuencia abiertamente, programática. Insisten en que la huelga es algo que aún *podríamos* hacer y, finalmente, algo que *deberíamos* realizar. Además, tienden a aplicar su propio enfoque normativo a todo lo que encuentran, incluso a este libro, a pesar de su reserva inicial. Imaginando una reivindicación para llevar a cabo un disturbio, se oponen a ello insistiendo en que debemos hacer huelga, puesto que sigue siendo una palanca singularmente poderosa en el repertorio de lucha para decantar el poder hacia las necesidades del proletariado e incluso hacia el fin del proletariado, que continúa constituyendo el horizonte de la revolución.

Es posible que para muchos siga siendo un pensamiento inspirador. Sin embargo, difiere del enfoque del materialismo histórico, el cual se centra en las complejas relaciones que hemos explorado hasta ahora y en

---

<sup>6</sup> Véase página 124.

comprender cómo estas relaciones se han materializado al margen de nuestra voluntad. Todo lo cual quiere decir que cualquier explicación sobre el repertorio de luchas en el presente debe primero incluir una clara explicación de las transformaciones materiales que pueden explicar la actualidad: por qué la huelga ha disminuido de forma drástica en las últimas cuatro o cinco décadas mientras que los disturbios se han multiplicado en las últimas cinco o seis, una inversión histórica que se mueve al ritmo de la desindustrialización y la disminución de los beneficios en los sectores productivos, con la migración masiva a campos tecnológicamente estancados, donde la ausencia de incrementos en la productividad impide el aumento concomitante de la mano de obra, elementos ambos que formaron un doble movimiento durante la «edad de oro del capitalismo».<sup>7</sup> En resumen, ¿por qué las luchas relacionadas con la circulación —no solo los disturbios, sino las ocupaciones de tierras, plazas y edificios, y los bloqueos de carreteras, puertos y oleoductos, etc.— han pasado a primer plano, mientras que las luchas vinculadas a la producción han retrocedido? ¿Qué nos revela esto sobre el terreno político-económico que dialécticamente configura y es configurado por estas luchas?

Aquí debemos señalar que existen razones para ser optimistas, al menos sobre ciertas acciones sindicales. Considerando el caso de Estados Unidos, entre 2018 y principios de 2019, las huelgas de profesores demostraron ser exitosas y eficaces; en el sector de transporte aéreo, el cierre del gobierno en 2019 tras un bloqueo presupuestario terminó efectivamente con las protestas y las bajas voluntarias. Estas constituyen una excepción al declive prolongado. Desde 1947 (cuando comienzan los registros de la Oficina de Estadísticas Laborales de Estados Unidos) hasta 1981, se produjeron, de media, alrededor de trescientas diez acciones laborales a gran escala cada año, con no menos de ciento cuarenta y cinco anuales. La tendencia descendente comenzó en 1974. A partir de 1982, nunca se superó el umbral de cien acciones laborales a gran escala por año. En 2017, hubo solo siete. Durante el notable repunte de 2018, se registraron veinte, destacando las enérgicas huelgas en el sector público estatal, que en comparación es relativamente pequeño. Incluso bajo la perspectiva más optimista, nos enfrentamos a un declive a largo plazo de magnitud considerable. A contracorriente de la tendencia histórica, se necesitará una intensificación prolongada y masiva de las luchas obreras para revertir significativamente este panorama.

Esta transformación nos pide que refundemos un marxismo metodológico de modo que, en lugar de indexar la lucha de clases puramente a las

---

<sup>7</sup> Con respecto a este último aspecto, agradezco a Jason Smith su contribución al estudio de esta historia. He aprendido mucho de nuestros debates.

formas del movimiento obrero clásico, pueda comprender la categoría de manera más amplia y sinuosa. Sin embargo, yo creo que ya lo hace, y que más bien lo que está en juego aquí no es tanto la oposición entre huelga y disturbio como, por un lado, la reducción del marxismo a una concepción estrecha de la lucha de clases y la organización, o a la preferencia programática de una única táctica y a lo programático como tal; y, por otro lado, a una investigación de las «leyes del movimiento» del capitalismo atenta al cambio histórico.

Los datos anteriores no constituyen ningún argumento contra la huelga, ni contra cualquier otro tipo de confrontación frente a la contrarrevolución permanente del capitalismo. No es una receta. Todos los antagonismos serán necesarios y tendrán que estar vinculados entre sí; como sostiene Amanda Armstrong en un perspicaz ensayo, será vital estar atentos a luchas como el piquete de masas, que ella presenta convincentemente como una forma híbrida desarrollada en el siglo XIX, pero inspiradora para nuestro momento actual.<sup>8</sup>

Sin embargo, la tendencia real de la historia deja a los materialistas históricos con una tarea analítica. Se trata de una tarea que no se puede llevar a cabo, además, mediante la deferencia a la «voluntad política» en cualquiera de sus formas, a través de cualquier versión según la cual, en algún oscuro día de los años setenta, los capitalistas, ojeando sus informes trimestrales, simplemente empezaron a esforzarse más por imponer sus intereses o que los sindicatos de la misma época simplemente se aferraron a una mala creencia. Ese es el momento en el que el pensamiento político corre el riesgo de quedar atrapado bajo el mando del idealismo. Como señala el libro inmediatamente después de este pasaje: «En términos generales, los argumentos normativos sobre lo que *deberían* hacer las personas que luchan pasan por alto la verdad más básica: la gente luchará allí donde se encuentra», si las luchas se han movido, a fin de cuentas, dentro del elaborado campo social que es el circuito ampliado de la reproducción capitalista, transformando su naturaleza en el tránsito, esto plantea ante todo no un juicio, sino un programa de investigación.

## Migración, ecología, circulación

La contribución de este libro a dicha investigación, orientada hacia el futuro, radica en cómo vincula las formas de acción colectiva con los desarrollos político-económicos a lo largo de una trayectoria histórica. De este

---

<sup>8</sup> Amanda Armstrong, «Disarticulating the Mass Picket», *Viewpoint Magazine*, 16 de septiembre de 2016, [viewpointmag.com](http://viewpointmag.com).

modo, su enfoque puede considerarse más predictivo que prescriptivo. Resulta instructivo considerar las luchas concretas de los últimos tiempos por la forma en que afirman o desafían el marco del libro. Se podría sugerir que la repentina intensificación del conflicto social en torno a los aeropuertos y el transporte aéreo hace ambas cosas. Ejemplos de ello son los cierres de aeropuertos estadounidenses de 2017 para desafiar la «*Muslim ban*»<sup>9</sup> de la administración Trump; los cortes en las carreteras de acceso, los bloqueos de carreteras de acceso, de pistas de aterrizaje y del personal de servicio para impedir las deportaciones de inmigrantes, sobre todo, aunque no exclusivamente, en el Reino Unido; las amenazas reales de interrupción del trabajo, sobre todo por parte de los controladores aéreos y auxiliares de vuelo, ante la suspensión presupuestaria más larga de la historia de Estados Unidos. Este último ejemplo pone de manifiesto el persistente poder de las luchas obreras. Sin embargo, es importante señalar que este incidente se relacionaba con los salarios solo en cuanto en que los empleados federales afectados no estaban cobrando nada temporalmente. No hubo negociación salarial sobre las condiciones de trabajo, como tampoco se establecieron mejores condiciones para futuras negociaciones. Cabe destacar que esta acción fue repetidamente denominada como una incipiente «huelga general».

Al mismo tiempo, este conjunto de acciones señala el aeropuerto como un lugar clave de las luchas en el ámbito del transporte (recordemos aquí la huelga paralela de los taxistas durante las ocupaciones del aeropuerto en 2017). Más significativamente, estas acciones subrayan el aeropuerto como un símbolo de la circulación global. Un elemento común en estas acciones es la cuestión de la inmigración y los refugiados. Podríamos ver estas acciones en su conjunto como la apertura de un frente discontinuo contra la reconstrucción de los regímenes fronterizos que pretenden limitar la libre circulación de personas al tiempo que preservan la libre circulación de capital, un proyecto apenas nuevo, pero que ha llegado a dominar la estrategia estatal en el mundo superdesarrollado. El muro a lo largo de la frontera con México que obsesiona a Donald Trump es la representación paradigmática de un proyecto global, en otros lugares perseguido a través de regímenes jurídicos, prácticas de vigilancia, relaciones políticas con la Unión Europea y el espacio Schengen, y otras medidas: la propia lucha en la circulación por parte del Estado.

Lo podríamos relacionar con la lucha social más sostenida y ambiciosa que se ha producido desde la publicación inicial del libro en Estados Unidos: el campamento de *Standing Rock* contra el oleoducto Dakota

---

<sup>9</sup> Veto de ingreso al país de personas procedentes de cinco países de mayoría musulmana: Irán, Libia, Siria, Yemen y Somalia. [N. de la T.]

Access Pipeline (el llamado movimiento *NoDAPL*), una lucha en la circulación de una escala e intensidad extraordinarias que situaba su política en relación con la soberanía de la tierra y el expolio medioambiental, al tiempo que entendía que su poder táctico residía en la interrupción del desarrollo de infraestructuras, de los flujos de energía fósil y de los beneficios. El *NoDAPL* exige un tratamiento más detallado del que permite este epílogo; no obstante, será útil trazar brevemente su historia.

Un ejemplo destacado del despliegue de estrategias en la esfera de la circulación durante las últimas décadas fue la de los piqueteros en Argentina. Estos lograron desestabilizar múltiples gobiernos durante un periodo de sostenida inestabilidad político-económica, al mismo tiempo que se expandían en un amplio movimiento de desempleados (Movimientos de Trabajadores Desocupados). Los piqueteros siempre fueron los sujetos que dialécticamente señalaron con más fuerza el desplazamiento hacia el ámbito de la circulación. Dicho esto, una prehistoria fundamental de la actual lucha en la circulación radica en la resistencia indígena al proyecto colonial del poder, en el que los imperativos económicos para la extracción y distribución de recursos se convierten en la justificación para la imposición estatal de reivindicaciones de soberanía que serán necesarias para obtener más beneficios y así sucesivamente en un ciclo que dilucida la síntesis particular que Glen Sean Coulthard denomina «*settler capital*» [capitalismo de colonos].<sup>10</sup> Dentro de esta historia de economías extractivistas de colonialismo de asentamiento es algo más difícil hablar de un *cambio* hacia la circulación, ya que en general no han seguido el mismo camino de desarrollo hacia la desindustrialización que siguieron las naciones de industrialización temprana. Existe una prolongada tradición de bloqueos de infraestructuras, ocupaciones y acampadas en los territorios de las *First Nations* [Naciones originarias] que proporcionaría el marco para el *NoDAPL*.

El precursor más inmediato, el movimiento *Idle No More*, que alcanzó su punto álgido en 2012-2013, se originó con una huelga de hambre en protesta por el proyecto de ley general C-45. Esta ley facilitaba el desarrollo económico y la colonización de las tierras de las reservas, al mismo tiempo que disminuía las protecciones medioambientales. Poco después, como describe Coulthard, «las tácticas de *Idle No More* comenzaron a diversificarse para incluir el uso de bloqueos y cortes temporales en la circulación de trenes y vehículos, el más sonado de los cuales consistió en un bloqueo de dos semanas de la red ferroviaria».<sup>11</sup> Esto se inscribe en una tradición

---

<sup>10</sup> Glen Sean Coulthard, *Red Skin, White Masks: Rejecting the Colonial Politics of Recognition*, Mineápolis, University of Minnesota Press, 2014, p. 170.

<sup>11</sup> *Ibidem*, p. 161.

más amplía que trata de «impedir o bloquear el flujo de recursos que actualmente se transportan a los mercados internacionales desde los yacimientos de petróleo y gas, refinerías, aserraderos, explotaciones mineras e instalaciones hidroeléctricas situadas en las tierras desposeídas de las naciones indígenas, [para] provocar un impacto negativo en aquellas infraestructuras económicas fundamentales para la acumulación colonial de capital en economías políticas de colonos como la canadiense».<sup>12</sup> Coulthard entiende que estas formas de acción directa basadas en la tierra tienen una larga tradición, dado que conducen a la formación de lo que Naomi Klein describirá, en su libro sobre la crisis ecológica, como «blockadia». Al mismo tiempo, escribiendo en 2014, Coulthard especifica que dichas acciones, en las que los bloqueos ocupan un lugar destacado, han sido el eje de «todas las negociaciones sobre el alcance y el contenido de los derechos de los pueblos aborígenes en los últimos cuarenta años», remontándose hasta la década de 1970.<sup>13</sup> La relación es asombrosa.

Los bloqueos de oleoductos y aeropuertos insisten de manera conjunta en estas dos cuestiones: inmigración y ecología; esto es, los antagonismos en torno a las fronteras y las catástrofes climáticas. Estos proporcionan, junto con los aspectos clásicos y modernos del disturbio (es decir, de la era preindustrial y de la época de las poblaciones excedentarias racializadas), algo que se aproxima a una orientación completa hacia el futuro de las luchas en la circulación. Es en parte por esta razón que el movimiento de los *gilets jaunes* [chalecos amarillos] en Francia, atravesado por todas estas características y demostrando a su vez una contradictoria unidad (al reunir las todas en un único episodio prolongado), ofrece no solo inspiración según su volátil y ambiciosa impugnación, sino una perspectiva sobre lo que está por venir, una perspectiva cargada tanto de funestos presentimientos como de motivos para la esperanza.

## Disturbios en las rotondas

Se ha escrito mucho sobre el movimiento de los *gilets jaunes*, que comenzó a finales de 2018 y continúa en el momento de escribir estas líneas. Sobre su desarrollo, sus logros, sus conflictos internos y sus límites. No me detendré en ellos más que para llegar a una formulación concreta. El movimiento tomó su nombre de los chalecos reflectantes que el gobierno exige a todos los conductores. Surgió como protesta contra el aumento del precio de la gasolina (en particular del diesel, común en Francia) impuesta por el gobierno de centro-tecnocrático de Emmanuel Macron, un impuesto

<sup>12</sup> *Ibidem*, p. 170.

<sup>13</sup> *Ibidem*, p. 166.

sobre el carbono supuestamente destinado tanto a alejar a la gente del uso de combustibles fósiles como a financiar la descontaminación; esto último resultó particularmente poco convincente por los recortes paralelos de los impuestos. Sus primeros protagonistas coincidieron ampliamente en que este coste adicional por el consumo hacía imposible llegar a fin de mes. Las protestas se manifestaron en primer lugar en forma de cortes de tráfico en provincias; rápidamente se extendieron a las zonas urbanas, diversificando su forma y consolidándose en *actos* semanales cada sábado. Tres imágenes, por orden cronológico, empezaron a captar la amplitud de las actividades que caracterizaron al movimiento.

La primera imagen, publicada por el *New York Times*, presenta a dos personas con chalecos amarillos deteniendo un camión de reparto que se aproxima, con su contenedor intermodal curvado detrás de la cabina, antes del amanecer en la provincia de Guéret. Su significado no podría ser más claro: se necesita poca gente y una coordinación mínima para detener el transporte comercial. Basta con levantarse temprano, llamar a un amigo y dirigirse a una rotonda. O permanecer allí durante toda la noche, como era común en toda Francia, combinando la ocupación y el bloqueo. En este momento, junto con los orígenes del movimiento, podemos ver la persistencia genealógica del disturbio medieval de principios de la Edad Moderna, definido por las luchas por fijar el precio de los bienes de mercado. Unos participantes cuya unidad no proviene tanto por su condición laboral compartida como por la desposesión, situada en el contexto del consumo y caracterizados por la interrupción de la circulación comercial. Esta es la definición tradicional de disturbio que se ofrece al principio del libro; seguramente nadie en el movimiento necesitaba esta lectura para saber qué hacer a continuación para llevar a cabo un moderno disturbio por el pan. Si existía alguna duda sobre la persistencia y el resurgir de esta forma particular extraída del repertorio de las luchas populares, el alcance y la intensidad de estos disturbios nacionales, unos trescientos mil en su punto álgido, deberían quedar disipadas. Todo indica que este evento acercó a Francia a unas condiciones revolucionarias más próximas a las de 1968 o incluso a épocas anteriores. Al mismo tiempo, debemos aclarar que identificar este y otros movimientos futuros como descendientes directos del disturbio clásico cuya coreografía se ha extraído precisamente, aunque no conscientemente, de la historia de las luchas en la circulación, no es robarles sus posibilidades de improvisación y su potencial para las innovaciones tácticas y estratégicas. Se trata más bien de aclarar las condiciones en las que se hace la historia.

El segundo, un vídeo grabado en la ciudad de Narbona, nos muestra un espíritu emprendedor que, tras hacerse con un montacargas, eleva un coche en llamas y lo empotra contra un peaje. Las llamas evocan una

práctica global, pero peculiarmente francesa, conocida como *voiture brûlée* [coche incendiado], y traen a la memoria los disturbios de las *banlieues* de 2005, que estuvieron constantemente iluminados por tales incendios. Como he tratado de exponer, el disturbio racial y el disturbio por la fijación de precios no son tan distintos, y en estos momentos se puede ver su cercanía, pero también su no-identidad (y, de hecho, a pesar de los intentos, sigue siendo un proyecto que estos dos disturbios confluyan). La escena de Narbona se centra, entre otras cosas, en la circulación física con una pureza arcana, que no obstante representa todo el movimiento impuro. En todos lados, la circulación no es solo el terreno, sino también el enemigo: algo que debes dominar antes de que te domine, algo que debes desarticular de inmediato, tal y como comprendieron los ludditas de hace dos siglos a propósito de la introducción de maquinaria en el proceso de producción.

Esto nos lleva al tercer ejemplo, en realidad cualquier ejemplo extraído de miles de imágenes que muestran a una furiosa multitud parisina, que ya ha intentado asaltar la residencia de Macron en el Palacio del Elíseo, asediado el Arco del Triunfo mientras sus colegas saquean tiendas a lo largo de los relucientes Campos Elíseos. Aquí convergen el resto de características constitutivas de los disturbios: el saqueo, el dominio del *ágora* como mercado y espacio público, la confrontación directa con el Estado. Merece la pena recordar que la marcha de las mujeres sobre Versalles comenzó como un disturbio por los precios de los alimentos. El Arco del Triunfo, por otro lado, podría considerarse un símbolo del Estado del que se debe tomar posesión y decorar debidamente con pintadas. Además, no podemos pasar por alto las avenidas que irradian desde la histórica *Place de l'Étoile*, la rotonda en el corazón del mundo a la que debe aspirar la versión nacional de las luchas en la circulación.

## En el disturbio del presente

Ahora contamos con lo que podría considerarse un conjunto completo de elementos que nos llevan a aproximaciones más actuales. El movimiento, al pasar rápidamente de las demandas económicas a las políticas (con la dimisión de Macron, la más concreta de las demandas, inevitablemente a la cabeza), planteó casi inmediatamente la cuestión de la inmigración. La reivindicación se correspondía con la enfermedad que infecta la Fortaleza Europa, la enfermedad que hace que tanto la derecha como la izquierda (si es que aún existe en el espectro francés) sueñen con una economía nacional revitalizada que requeriría, entre otras cosas, un mayor control de la inmigración. Esta enfermedad viene acompañada de dos sueños febriles: en primer lugar, la utopía xenófoba de la fracción reaccionaria y, en

segundo lugar, el malentendido económico según el cual se puede volver a las condiciones generales de los *trentes glorieuses*. Este aspecto es motivo de preocupación en el seno del movimiento, sobre todo en el contexto de la deriva etnonacionalista de Europa. Al mismo tiempo, no hay motivos para sorprenderse. Todo movimiento de masas se caracteriza necesariamente por una lucha dentro de la lucha. El antagonismo en torno a la aplicación o abolición de los regímenes de inmigración y fronteras será parte integrante de muchos levantamientos en los próximos años, tanto externamente en respuesta a los nacionalismos como internamente a causa de reivindicaciones contrapuestas.

Asimismo, el movimiento de los *gilets jaunes* estuvo desde sus inicios impregnado de cuestiones ecológicas. Esto se debió a la coartada que Macron utilizó para lo que, por lo demás, era evidente que no era más que una política de austeridad directa, trasladando cada vez más costes de la reproducción social sobre las espaldas de los pobres. El combustible, especialmente en automóviles, autobuses, oleoductos y calderas, se ha convertido en el foco de una lucha social disputada violentamente y compuesta de dos perspectivas. Por un lado, el intento de pensar la crisis ecológica y capitalista como un único hecho nos dirige una y otra vez a los combustibles fósiles: las limitaciones y dependencias; las formas políticas del capitalismo de carbono, y las consecuencias catastróficas de los grandes incendios. El movimiento de los *gilets jaunes* lo captó al instante con su eslogan, *fin du monde, fin du mois* [fin del mundo, fin de mes] (a veces continuaba, *même coupables, même combat*) [los mismos culpables, la misma lucha]. No cabe duda de que será necesario un cambio de época en los regímenes energéticos si queremos que haya otra época en la que pueda comenzar plenamente la historia de la humanidad. O comunismo o *glub, glub, glub*. Por otra parte, el papel del combustible como elemento necesario para la reproducción del proletariado global garantiza que será objeto de disturbios por fijar los precios, tanto si se les proporciona una excusa ecológica como si no. Los *gilets jaunes* siguen directamente a la insurrección brasileña desencadenada por un aumento del precio de los billetes del transporte público en 2013; las protestas por el *gasolinazo* en México en 2017, centradas en cortes de carreteras contra un aumento del precio del combustible, y los disturbios en Haití por el aumento del coste del combustible en 2018, por citar solo algunos ejemplos.

Así pues, los proletarios se sitúan a ambos lados: la inmigración y la ecología. Pero de nuevo debemos reconocer que estos dos asuntos constituyen uno solo. Aunque los regímenes fronterizos seguirán proporcionando a la clase capitalista una forma de gestionar los mercados de trabajo, el flujo internacional de mano de obra ya está en proceso de converger con el aumento de los refugiados climáticos, una tendencia que la subida del

nivel del mar en las ciudades costeras no hará sino acelerar en un futuro próximo. Cuando este fenómeno se ve desde la contraposición, la aparente necesidad de gestionar unos «recursos naturales» cada vez más escasos proporciona una justificación perfecta para intensificar el control de las fronteras. Poco importa si se concibe el colapso climático como causa de los refugiados o a los refugiados como el origen de la presión sobre los recursos. En el mundo actual, la inmigración se ha convertido en un hecho ecológico, y la ecología en una cuestión de inmigración. Esto es algo simple y rotundo: *las batallas migratorias y el colapso climático comparten una misma base en lo que podríamos denominar «capitalismo de agotamiento»*, un capitalismo extenuado, cuyo motor expulsa mano de obra como vía de escape de la hiperproductividad, consumiendo de forma voraz los recursos necesarios para su supervivencia.

Podemos empezar a imaginar las formas políticas que esto adoptará. ¿Qué pasaría si el Estado estadounidense, adoptando el razonamiento y la retórica de los mismos antagonistas que con tanta diligencia se esforzó por aplastar en Standing Rock, declarara que un muro fronterizo previsto con México no tiene por objeto disuadir la amenaza de terroristas, bandas, traficantes y otros malhechores imaginarios, sino que más bien es un proyecto en la línea de los «defensores del agua» de *NoDAPL*, para preservar los recursos contra el consumo destructivo y el expolio indiscriminado? En este caso, el marco históricamente xenófobo de la teoría malthusiana de la «explosión demográfica» se ve fortalecido por la exigencia pseudoética de la preservación ecológica, respaldada por una solicitud práctica de recursos para la supervivencia. Desde la perspectiva de las naciones lo suficientemente ricas como para permitirse la puesta en pie de un mínimo bastión contra el colapso climático para una fracción privilegiada de su ciudadanía, las crecidas del nivel del mar y de los refugiados irán de la mano, ambas representadas como oleadas.

Esta distopía ya es una realidad. Las demandas contra la degradación de los niveles y oportunidades de vida, así como la desesperación económica a fin de mes de los *gilets jaunes*, ahora se entrelazan con la reivindicación ecológica por parte de Macron. Esta secuencia se revela como la historia temprana de los *disturbios climáticos*: levantamientos que, más allá de cualquier reivindicación específica, están condicionados por la amenaza del colapso climático y el pánico sombrío sobre el control de la población. Lo que ya es evidente, y sin duda lo será aún más en el futuro, es la voluntad del Estado de aprovechar esta situación en nombre del capital, así como para la consolidación de su propio poder. Se está incubando un nacionalismo verde que utiliza los regímenes de gestión del clima para imponer fronteras rígidas, violencia xenófoba, ciudadanía diferenciada, acuerdos laborales proteccionistas y una mayor intensificación de la militarización

y la vigilancia. Tanto en el mercado laboral como en la nación soberana, el eje de inclusión/exclusión definirá inicialmente las condiciones sociales. Ante las diversas imposiciones del empobrecimiento, es probable que los disturbios por el clima y sus parientes lejanos adquieran mayor relevancia, marcados por la contradicción y motivados por las necesidades inmediatas de supervivencia. La vía pública, la plaza pública, el oleoducto, el tren, el muelle, el aeropuerto, la frontera, esos serán nuestros lugares.

9 de febrero de 2019.









